COMPLACER

PASIONES SIN EDAD

UNA NOVELA DE

SILVIA PLAGER

Cuatro mujeres. Cuatro amores. Una familia.
El momento en que les cambió la vida

SUDAMERICANA

Silvia Plager

Complacer

Pasiones sin edad

Sudamericana

A mis amadas
Elsa Fraga Vidal y Carola Chaparro,
in memoriam

PRIMERA PARTE



1

“No se trata del pasado sino de los episodios de mi vida soñada, intemporal, que le arranco, página a página, a la desabrida vida cotidiana para proporcionarle algunas sombras y algunas luces.”

PATRICK MODIANO, *La hierba de las noches*

Era tan pálido que daba la sensación de estar enfermo. Ella le pidió el libro y vio crecer una mancha roja en su mejilla.

—¿Conoce el autor? —preguntó el joven mirándola por sobre los anteojos de marco negro, demasiado grandes para un rostro pequeño.

María José Ganz se encogió de hombros y sonrió sin sospechar la avalancha de acontecimientos que traería aparejada esa compra:

—Pensé que con el título era suficiente. Si ayuda, mi abuela es una persona romántica, de esas que se enamoran de los personajes y los evocan como si fueran personas de verdad. Si hasta le puso Rebeca a su hija por la novela.

—Nunca la escuché nombrar —hizo una mueca con la boca, los ojos clavados en la pantalla, incómodo por las miradas del supervisor y la posible compradora.

Cuando descubrió el título, exhaló aire y dijo:

—Lo tengo, es de Daphne du Maurier.

—Sí, claro; ahora que la nombraste, me acordé…

Recién al comunicar el hallazgo el vendedor vio el exceso de botones desabrochados en la camisa de seda negra. Pechos de dudosa perfección y un perfume excitante. Calculó: ¿treinta o más? Desde sus veintiún años, se le complicaba adivinar la edad de las mujeres hermosas. Tacones altos, pantalón ajustado, aros de argolla y una cadena con un pendiente de piedra roja. El cinturón, del mismo color que el colgante, obligaba a detenerse en la cintura breve.

El empleado se dirigió hacia el fondo del inmenso local. Quizá se agachaba para revisar los anaqueles de abajo o iba al depósito porque, a pesar de su metro ochenta y tantos, desapareció de la

visión de María José.

Ella comenzó a pasearse, impaciente, por entre las mesas que exhibían novedades y best sellers. Miraba títulos, contratapas, hojeaba algunos y se decía con cierta nostalgia que tiempo atrás compraba, por lo general, libros de sociología y novelas que tuvieran una trama y un tema que le interesaran. Pero últimamente había comenzado a acumular y leer salteado —sin terminar ninguno— ensayos de difusión popular relacionados con el funcionamiento del cerebro, las conductas de las personas y la incentivación de la creatividad. Sospechó que el cambio había coincidido con la entrada de Delfina a la adolescencia. Su única hija era tan complicada como ella a su misma edad. Pero María José Ganz de Antunes era incapaz de reconocerlo. En general sus amigos médicos se burlaban de los tratamientos simples sobre temas complejos que la gente consumía en formato libro o por Internet como si tratara de descubrir la fórmula de la felicidad, la fuente de juventud, la piedra filosofal… Los misterios de la mente eran la nueva Biblia. ¿Búsqueda de respuestas? ¿Deseo de desentrañar las conductas propias y las de los demás a través de síntesis que convirtieran en fácil lo difícil?

Los cambios sociales últimamente la inquietaban menos que los de ella misma, y se despreciaba por ese vuelco de su personalidad. Antes, faldas largas, sandalias o zapatillas. De repente, placer al exhibirse bella, distinguida, especie de calco rejuvenecido de su frívola madre.

Llamó su atención una tapa en la que una mujer, sentada en el piso sobre sus talones, la cabeza reclinada, parecía imaginar el amor por el dibujo de corazones que salían de su cabeza. Era una silueta desoladora con los brazos laxos y las manos juntas sobre la falda de un vestido verde cerrado hasta el cuello.

Abrió *Charlotte* de David Foenkinos. El acápite pertenecía a Kafka: “Quien está vivo y no puede con la vida necesita una mano que aparte un tanto la desesperación que le infunde su destino”. Estaba por llevarlo pero se arrepintió. ¿Otro más para acrecentar la pila en la mesa de luz?

¿Comprar *Rebeca*, novela anacrónica, confirmaba su deseo de diferenciarse de quien ella había sido? La ficción, salvo en el cine, no solía entusiasmarla, pero ansiaba entrar en ella y olvidar el

presente, tal como le sucedía a su abuela.

Haber puesto pie en la pegajosa multitud de avenida Corrientes para ir a la escribanía Fuentes era culpa de su padre, el ingeniero Kurt Ganz: “Es para tu bien, hija, lo mío será tuyo algún día”. Trámites, sólo trámites, y ni siquiera propios.

Resolver problemas con esquemas ajenos o viejos es desaconsejado por la mayoría de los autores que enseñan el modo correcto de utilizar la mente, pensó. ¿Pero cómo tirar abajo lo construido con bases que creímos sólidas?

María José odiaba pedir plata al ingeniero Ganz. De chica había trabajado en lo que le saliera al paso y prefirió la universidad estatal a la privada, tal vez para irritar a quienes pensaban que todo lo hacía por esnobismo. Al comienzo, pasantías con sueldo de miseria, pero de improviso la llamaron de una empresa y le otorgaron un cargo excesivo para su escasa experiencia. Aceptó con escondido beneplácito, por más que no lo demostrara. Si la característica del ser humano es la ambigüedad, María José sería un buen ejemplo. Renegaba por el abandono de su padre, pero terminaba haciéndole mandados del que saldría beneficiada la tipa que lo había trastornado, dejándola sola para soportar a su impredecible madre, que ahogaba furia y resentimiento en la única hija del que había aparentado ser un matrimonio ideal durante casi cuarenta años.

—Aquí lo tiene —dijo el vendedor, el libro en alto, gesto festivo.

La acompañó a la caja y le sugirió llenar un formulario para obtener descuentos en las próximas compras. Ella lo miró como quien escucha una promoción de viajes a la Luna. Y él se preguntó si alguna vez le tocaría una mujer así en la cama.

“El Gato Negro”, decía la inscripción en la vidriera.

Solía frecuentarlo, pero sus gustos viraron y ya no soportaba la corte de los milagros de una avenida que, en otras épocas, le resultaba fascinante por sus teatros, cines y librerías de puertas abiertas durante toda la noche.

Entró en el café porque le trajo gratas reminiscencias y porque iba a preparar pollo y no recordaba si aún le quedaba suficiente curry en el especiero. Su marido sólo comía aves deshuesadas,

cortadas en trozos y con especias.

Contempló los rótulos en los envases de diseño antiguo, los cajoncitos con estímulos para los sentidos, el cálido mostrador de despacho, las maderas de bar de otrora y la escasa presencia de parroquianos.

A pesar del olor a canela, pimienta, comino, azafrán, mezcla irritante para su dolor de cabeza, consideró un hallazgo haberse detenido allí y no en uno de los modernizados cafés que habían perdido hospitalidad por imitar a los nuevos.

Eligió una mesa. Había leído la causa por la que la mayoría de las personas eligen ubicarse en rincones o cerca de las ventanas y pocos en el centro, pero se le había borrado de la cabeza. ¿Resultado de vivir en estado de crispación? A su abuela le sucedía a menudo olvidarse de esto o lo otro, pero ella era demasiado joven como para que se le produjeran blancos en la memoria. Se prometió, como le pedía Delfina, "bajar un cambio".

Agradeció la buena luz.

Abrió *Rebeca* como quien frota la lámpara de Aladino. Pero no aguardaba al genio que le concediese un deseo, ya que no podía ser tan tonta como para desear algo tan simple como enterarse de por qué la abuela le había puesto Rebeca a su madre que, en cuanto creció, se hizo llamar Queca.

> "Anoche soñé que regresaba a Manderley, era de noche, la luna brillaba entre los árboles. El camino no me llevaba hasta la mansión, las flores lucían plateadas, todas iguales, en una infinita línea de aromas."

—Café cortado en jarrito —vaciló antes de agregar—: y una medialuna de manteca.

Echó un sobrecito de edulcorante, revolvió, probó y agregó otro más. Demasiado fuerte, después le dolería la boca del estómago. No había comido nada desde el magro desayuno —batido de frutas con una cucharada de cereales—, y ya era hora de merendar.

Envolvió un extremo de medialuna con la servilleta, cosa de no engrasar el libro que iba a regalar, junto a la consabida chalina, una

más para la colección de foulards, pañuelos, echarpes con los que Rebeca, ex de Ganz, disimulaba la piel del cuello que comenzaba a aflojarse.

Pensó: en una semana mamá cumple sesenta. Para entonces la terminaré de leer. Si en Manderley existieran personajes como los de *Los locos Adams*, a su hija la entusiasmaría. Delfi era fan de la serie, y se habían habituado a mirarla juntas. Pero, desde que ingresó en la secundaria, el cuarto de "la niña de sus ojos" se había convertido en una guarida a la que apenas si tenía acceso, una vez por semana, la mucama. Durante sus horas de insomnio, si encontraba a los simpáticos locos en la tele, bajaba el sonido para no despertar a Richard… qué locura llamarlo así sólo porque nació durante una estadía de sus padres en Washington. "¿Administración de empresas estudia tu novio?", había preguntado su padre con cierto desprecio. "Eso, en mi época, se aprendía solo."

Devoró la factura almibarada, bebió unos pocos sorbos y apartó el pocillo con la intención de dejar enfriar el resto. Le gustaba tibio.

> "Al ir acercándome pude ver los techos, se veían negros, fantasmales, un temor se apoderó de mí y entonces finalmente lo vi. Allí estaban las ruinas carbonizadas de la gran casa."

Se echó hacia atrás en el asiento. Lo que presumía: atmósfera romántica desde el inicio. Era probable que más adelante se fuera convirtiendo en una especie de novela gótica con sonidos fantasmales y alguna loca encerrada en un ala lejana del castillo… Si al finalizar la lectura seguía preguntándose por qué su madre odiaba llamarse Rebeca, leerla sería tiempo perdido.

Entraron dos muchachas. Creyó verse a sí misma, a los dieciocho, en la de cabellera enmarañada, piercing en la ceja. ¿Cuándo había cambiado tanto? ¿Cuándo pasó de jovencita desarreglada a mujer de blusa de seda y tacos altos?

El arranque de su metamorfosis se debió, tal vez, al zapping televisivo que la dejó clavada en un muestrario de mujeres mal vestidas, mal peinadas y de peor figura, que salían y entraban de probadores con diferente vestuario para que unas asesoras chillonas

asintieran o reprobaran a la postulante que llegaría a finalista en el programa *De Cenicienta a princesa*. Había apagado el televisor farfullando un insulto, y obtuvo el premio de que su marido despertara y la buscara para tener sexo, como si ella estuviera con ganas después de la discusión generada por el comportamiento de Delfi, a la que él, igual que otras veces, defendió.

Con la lectura detenida en "las ruinas carbonizadas de la gran casa", Majo se miró las uñas desparejas y llevó el dedo anular de la mano izquierda a la boca para morder la cutícula hasta lastimarse, gesto que evidenciaba su estado de ánimo.

Cayó una silla contra el mosaico y una voz masculina, enérgica, ordenó:

—Retírense ya mismo.

Majo, ensimismada, del sobresalto empujó el pocillo y volcó lo que restaba de café. Se apartó de la mesa para no mancharse y enseguida sacudió las páginas: faltaba que se mojaran aun más.

Pidió disculpas al camarero que levantaba el servicio y, paño en mano, le ofrecía, a cuenta de la casa, otro cortado.

Rechazó el ofrecimiento.

—La cuenta, por favor, y un vaso de agua.

Necesitaba tomar un analgésico. La ciudad, los zombis con celulares, el calvo escribano de modos pomposos y los malos recuerdos, obvios responsables de que le explotaran las sienes.

Las chicas que la habían retrotraído a su adolescencia ya no estaban.

Una señora gordita con el pelo duro de laca le siguió la mirada y, desde la mesa próxima, con un mohín chismoso, comentó:

—No es lugar para venir a besuquearse. Y no lo digo porque eran dos mujeres. El mozo tiene razón. ¿Usted qué opina?

Majo hizo un imperceptible movimiento con la mano y dio la bienvenida al vaso de agua que justificó su no respuesta.

La tarde, empastada en el vaho de sol porteño, la llevó a pensar en un sitio fresco y alejado de las grandes ciudades. Cualquiera le vendría bien: mar, montaña, campo…

El reloj de un cartel publicitario le recordó la hora: 17.30. Imposible regalar el que estaba sucio.

Camino a la librería recordó que había olvidado comprar curry. Quizá quedara algo en lo alto de la alacena.

El sonido del celular le indicó que había recibido mensajes. Se detuvo en el umbral de una tienda de ropa para leerlos porque temía los arrebatos callejeros.

Delfi se quedaba a dormir en lo de una amiga, a repasar matemáticas, y Richard iba a retrasarse: “Las cosas están poniéndose difíciles, querida, menos venta de autos, de inmuebles…”.

Ya sé, Ricardo Antunes, que es una pequeña sociedad familiar incapaz de competir con las grandes empresas aseguradoras. Ya sé. Guardó el teléfono en la cartera. Y abandonó su endeble refugio.

A Majo le habría gustado que su marido tuviera un trabajo independiente. Caviló que ella también estaba atada a un puesto que, en sus tiempos de facultad, le habría resultado una especie de tumba burocrática.

La bolsa de papel comenzaba a humedecerse. Después de secarlo y leerlo se lo pasaría a Delfi, devota de un culebrón turco en el que los hombres dominaban a las mujeres, los mayores a los jóvenes y los ricos a los pobres. ¿Qué encontraría su hija en esas historias con diálogos inverosímiles entre servidores, padres, hijos, abuelos…? Si alguien de la familia intentara comportarse de una manera similar, Delfi huiría con dirección desconocida.

Desafiante en su macilenta estampa, una anciana vendía sus poemas en la entrada del teatro San Martín. Dos pordioseros dormían abrazados a un perro, como protegiéndolo o protegiéndose. Cartoneros revisaban un contenedor, aumentando el desparramo de basura.

De estudiante iba del centro a la periferia para aprender, comprender, ayudar. *Príncipe y mendigo* había sido uno de sus libros predilectos de infancia. Y Dickens. Las grandes expectativas suelen malograrse, pensó.

Frenadas. Bocinazos. Colectivos que superan los demás ruidos con su estampida salvaje. Gente, demasiada. Olores a fritanga, a sudor. Y polvo que surge del asfalto caliente. Presagio de lluvia. En el cielo pocas nubes, todavía. Marquesinas y afiches en los que se destacan mujeres de ropa escasa, provocativa. ¿Me estaré pareciendo a ellas? La pregunta se la hizo a una María José Ganz de

diecinueve años que, con sus compañeros de estudio, visitaba casillas que crecían cerca de aguas estancadas, quemas de basura, vías férreas por las que ya no circulaban trenes… Tomaban mate con los vecinos, llenaban formularios para reclamar medicamentos y visitadoras sociales que les allanasen el acceso a magros beneficios. Creía que aquellos actos eran los de una revolucionaria, sin sospechar que su historia, en el futuro, repetiría la de sus padres. Complacer para complacerse. Ayudar para ayudarse. Igual que la Sociedad de Beneficencia del XIX, siglo predilecto de su abuela.

Temió haberse pasado de cuadra. Miró la numeración. No. Era la siguiente, del mismo lado que el edificio de la escribanía. Pensó que su padre debería haber enviado a su noviecita a hacer esos trámites, ya que convivían en un departamento, y él la tenía en la palma de la mano. De afuera, por su antigüedad, la nueva casa paterna no anunciaba la amplitud y el lujo del piso cuarto. “Hijita, no pongas esa cara, lo tenía de antes, alquilado. Tuve que reciclar…”, había dicho el ingeniero Kurt Ganz, vestido con pantalón blanco y una remera estilo marinero. “Te faltan la gorra y el barco, papá.”

“Lo vendí, cobran un disparate el amarre.”

Había sido una experiencia demoledora para Majo, instalada en la creencia de que el mundo estaba en su contra, entrar en territorio enemigo. La tarada de Guillermina metía incienso en cada rincón y fuentecitas y piedras, y hasta había convencido al viejo tonto de poner una inmensa pecera. “Armonía, el Feng Shui trae armonía, Majito”, le había explicado su sabelotodo padre. “Al Feng Shui le pasó la hora, igual que a vos”, le había respondido, agradecida de que Guillermina hubiese salido. “Te conozco, hijita, estás enojada porque tiene siete años menos…” “Nueve, papá, nueve menos que yo, y treinta y ocho menos que vos. ¿No podías buscarte una de cincuenta? Igual sería joven al lado tuyo. Da vergüenza verlos juntos. ¿No pensaste en tu nieta? Delfi se ríe porque le resulta gracioso el contraste. Eso me dijo: ‘El abuelo es muy gracioso’.”

No vio el semáforo ni al ciclista. Cuando lo tuvo al lado, dio un salto para esquivarlo y tropezó. Si no hubiese sido por la persona que la sostuvo, se habría estrellado contra la calzada. Se acordó del café derramado y de la suma de torpezas acumuladas en un par de horas.

“Día de mierda”, murmuró mientras entraba en la librería para comprar el mismo libro de Daphne du Maurier.

Su pálpito se confirmó. Había llevado el último. Por cansancio aceptó anotar sus datos. Buscarían en el depósito, en sucursales y, a más tardar el martes, lo tendría en su domicilio.

Mamá cumple el viernes que viene, pensó. Ni loca voy a seguirle la pista a una novela que trae mala suerte y aguantar a otro empleado parecido al que le cambiaba la bolsa manchada como si él fuese el causante del estropicio.

El asiento del taxi tenía migas de galletas. Iba a protestar, pero las empujó con la cartera. Se sentó con la idea de que la suciedad estaba relacionada con su pésimo humor.

Muchedumbre en los semáforos, veredas atestadas y la manija rota que impedía bajar la ventanilla la hicieron rememorar el ámbito de ensueño de la novela de Daphne du Maurier: “La luna brilla entre los árboles y las flores del jardín lucen plateadas, todas iguales”.

El campo se había vendido y, con él, el estanque, el sulky y el pan y la manteca caseros. ¿Por qué no soñar con un Manderley íntimo?

Sonó el teléfono.

—¿Lo conseguiste?

—Sí, abuela, lo conseguí. También voy a comprar la película.

Cortó después de prometerle una visita.

Suspiró y marcó el número del celular de Delfina.

No atendía. La maleducada no atendía.

Le envió un “whatsapp” con recomendaciones y advertencias.

El día libre por trámite resultó peor que la rutina en su oficina.

2

“Rosine se puso a escoger tarjetas de visita lanzadas en desorden a una copa de malaquita adornada con dragones chinos en bronce dorado.”

IRÈNE NÉMIROVSKY, *El baile*

Rebeca Segunda Ávila, ex de Ganz, de sobrenombre Queca, bebió agua mineral de la botella.

—Puaj, está tibia —le comentó a la que, a su lado, al igual que ella, simulaba trotar.

—Ya te dije, la bebida hay que traerla en envase térmico.

—Refrescó dos días después de la tormenta, y me ilusioné. Pasado mañana es mi cumpleaños y, si sigue este calor, no voy a dar abasto con la heladera.

—¿A quién se le ocurre invitar a todas las del grupo? Las conociste hace menos de un mes.

—Pero tenemos un objetivo en común.

—¿Cuál?

—Adelgazar.

—¡Por favor, Queca! Hace añares que somos amigas. Después de la clase de aeróbicos repartiste invitaciones igual que cuando estábamos en la primaria. Si te hubieses visto la cara de entusiasmo… ¿No me digas que te alegra cumplir sesenta?

—Los muertos no envejecen —sentenció, feliz de haber recordado esa frase escuchada o leída que le había servido de consuelo mientras contabilizaba lo poco que le faltaba para ser considerada vieja.

—No busco deprimirte, pero para qué todas estas chifladas en tu departamento. La flaca de labios de pato es insoportable. Y la rubia de las extensiones hasta la cintura, una ridícula que se cree Susana Giménez. ¿Y la gorda que llora cuando se pesa? De ésa mejor no hablar, la pobrecita vive pendiente de sus bajadas y subidas a la balanza.

—Esa chica tiene miedo de no lograrlo. Cuando no baja ni cien gramos, se deprime. ¿No la escuchaste hablar de su problema

familiar? Son todos obesos, y su hermana gemela ya no sale de la casa.

—Me revientan los autos de fe. Y encima la anoréxica coordinadora de grupo, puro hueso, predicándonos las maravillas de la flacura —dijo apantallándose primero con la mano y después subiendo su remera amplia para ventilarse la cintura, apretada por el elástico de la calza de su hija mayor, que le recomendó no comprarse una nueva ya que estaba en plan de adelgazamiento.

—¿Me querés decir para qué venís, Susi?

—Para acompañarte, Queca. Me sobran más frustraciones que kilos pero, por mi dolor de rodillas, me convendría perder peso, según el médico… un gordo petiso que debe de comer lo que se le antoja.

—Igual no van a venir todas —respondió, embrollada en las treinta y cinco tarjetas repartidas y en el servicio dietético que había encargado al concesionario del restaurante del Instituto. Era increíble que cobraran esa fortuna por gelatinas, refrescos a base de edulcorantes, bastones de apio y zanahoria, pastitas insulsas, infusiones descafeinadas, tartas de arroz y cereales…

—A vos te hablo, ¿en qué estás? ¿No era que te ponía nerviosa la cena con tu ex marido, tu madre, tu hija, tu yerno, tu nieta?

—Pero a la guacha de Guillermina no la invité. Pará, Susi —pidió llevándose una mano al pecho, agitada—. Diez minutos más de trote y me desmayo. ¿Otoño con treinta y cuatro grados? Peor que en diciembre. —Se detuvo para tomar aire y agregó, jadeante—: No quiero infartarme antes de los sesenta.

Susana señaló un banco a la sombra de dos árboles, frente al lago.

—Igual las otras están entrenadas y nos ganaron como dos cuadras. No hay que morir en el intento.

—Tal cual. Nosotras fuimos las últimas en sumarnos. ¿Acaso la nutricionista no nos dijo: “De a poco, con ilusión, sin exagerar”?

—La única normal del equipo —exclamó Queca, desplomándose en el asiento de madera. La botella de agua mineral resbaló de su mano laxa y rodó en dirección al lago. Susana corrió detrás para recogerla y tirarla en un cesto de residuos repleto de envases plásticos vacíos. Acalorada, bufando, con las mejillas enrojecidas y los ojos húmedos, regresó al banco.

—¿Me dijiste anormal a mí?

Queca respondió a las carcajadas, doblada en dos. Reía del deplorable aspecto de Susana, reflejo del propio y de la conversación de sordas, producto del irritable cansancio. Extendió el brazo, afectuosa, y le pidió que se sentara a su lado. No se había referido a ella sino a la nutricionista.

—Es la única normal, dije, Susi; no anormal. —Y le agradeció que hubiese recogido su botella.

—Con este calor debimos abrirnos hace rato. Salvo tres o cuatro de nuestra generación, el resto ronda los cuarenta.

—Y las más grandecitas son reincidentes y están acostumbradas. Bajan y suben: implosión y explosión, así desde hace cuatro años.

—¿Cómo te enteraste?

—Porque en las reuniones cuentan vida y milagro de cada una. Vale la pena escucharlas. Para mí, la mayoría tiene personalidad adictiva.

—Las confesiones me resultan insoportables. La última vez que entré a un confesionario estaba en la primaria.

—Pero ayuda, Susi, ayuda. Una ve la paja en el ojo ajeno. En muchas de sus historias sentí que era yo la protagonista: separadas, abandonadas, divorciadas, engañadas…

—Y taradas. Dale, Queca, seguí con la enumeración. ¿A vos te parece que ayuda ponerse a ventilar intimidades? Hay que cerrar el pico, mover el esqueleto y dejarse de joder.

—¿Para qué venís, entonces?

—Para estar juntas. Así de simple. —Le rodeó los hombros con el brazo y le aseguró que estar en un supuesto grupo de contención no significaba sentirse contenida, que ellas eran amigas desde la infancia y las demás boyaban en el lugar común de las que ambicionan ser lo que no son y que, como no se puede cambiar de hábitos de la noche a la mañana, intentan cambiar el cuerpo, la cara, el pelo…

—No seas negativa. A vos, con tres hijas grandes que no dan problemas y un marido bonachón, te resulta fácil.

—Ahí lo definiste: bonachón. Y las hijas, aunque buenas, exigen que no les lleves tus problemas a ellas. Soy una gran oreja cuando les resulta conveniente. ¿Te quejás? Vieja quejosa. ¿No podés hacerte cargo del nieto menor porque se te parte la espalda al

alzarlo? Quejosa y encima egoísta. Con los primeros nietos, a los cuarenta y cinco, me llevaba el mundo por delante.

—La que creía llevarse el mundo por delante era Majo. Y ahora se lamenta de que Delfi sea arrogante y desobediente.

—La ley del eterno retorno.

—A la que se le dio por retornar es a Segunda, una antepasada por vía materna. Pienso en ella desde que mamá contó que se le apareció en sueños y que era mi vivo retrato. A pesar de que nunca alcancé a ver ni un camafeo con su imagen, lo creí.

—¿Es la Segunda que inició la manía de ponerles Segunda a las segundas hijas de la familia?

—Quizás. O venía de más atrás… —mostró la palma de su diestra para detener la charla.

Sobre el empedrado que separaba, en ese sector, el lago del césped, echada hacia atrás, iba una dama altísima, de pelo blanco. Sujetaba por largas correas a dos galgos. El color del conjunto deportivo de la mujer era semejante al del pelaje de los imponentes perros que parecían salir de una novela de Sara Gallardo.

—¿Viste la película en la que Vanessa Redgrave en el final aparece muy arrugada y, arrepentida, reconoce que en su juventud traicionó a su hermana porque estaba enamorada de su novio?

—Sí. Pero a qué viene.

—¿No te diste cuenta de que la mina que pasó es idéntica a Vanessa Redgrave?

—Estaba distraída. Pensaba en la descripción que hiciste de Segunda, tu antepasada. No puedo seguirte, Queca. Vas de un tema a otro.

Susana se desperezó, tenía el flequillo pegado en la frente húmeda y lo peinó hacia atrás con los dedos.

—Ya sé que soy de irme por las ramas. Más cuando estoy ansiosa. Entro en una nueva década sin marido y sin posibilidades de reconstrucción.

—No seas chiquilina. Será otro cumpleaños más.

Harta de empollar sudor, Susana se puso de pie y miró a su alrededor:

—Te ves como recién salida de un baño de vapor. No te imagino cumpliendo el ritmo inhumano que nos proponen.

—Refrescará. Estamos en otoño…

Queca sugirió cruzar al bar del Golf y tomar un licuado de frutas sin azúcar y con mucho hielo.

—Rico, refrescante y pocas calorías.

Un hombre de la edad de ellas pasó empujando una silla de ruedas en la que iba un joven con la cabeza caída sobre el pecho como una enorme flor de tallo roto.

Se cruzaron miradas elocuentes.

Pensando en lo que acababan de ver o en nada, no se dieron cuenta de que estaba abierto y girando el regador.

Empapadas, cruzaron la calle y subieron las escaleras de la confitería. Susi recordó cuando de chicas salían del colegio muertas de hambre y sed y paraban en un quiosco a comprar alfajores y gaseosas.

—¿Y si pedimos unos rollitos de queso de máquina para acompañar el licuado? Lo que hay que evitar son las harinas.

Queca asintió, feliz por la iniciativa de Susana.

Las copas de los árboles formaban un toldo sobre las terrazas de listones de madera. El vértigo se transformó en placidez. Había un orden en la naturaleza. Sólo restaba dejarse llevar.

3

“Hay días en los que ya no sabe qué hacer con su tiempo.”

J. M. Coetzee, *Desgracia*

Doscientos diez metros cuadrados en los que el espacio vacío era ocupado solamente por mesas y sillas de alquiler.

Por las vidriadas puertas entreabiertas se filtraba viento fresco.

Balcón terraza en ele, largos maceteros de cemento gris con “alegrías del hogar” de tallo raquítico y diminutas flores. También habían desaparecido las cortinas que, en los últimos tiempos, disimulaban el deterioro de lo que alguna vez, por amplitud, habían utilizado como prolongación del living. Todavía persistían un banco de plaza y un sillón hamaca desvencijado. Rebeca Segunda Ávila, ex de Ganz, acostumbraba sentarse afuera y fumar; eran épocas en las que ella y Kurt aún no habían abandonado el cigarrillo.

Los jardines del Botánico y el cielo despejado apaciguaban la vista.

Queca había adornado el palier con dos docenas de rosas rojas en un florero alto que se había regalado a sí misma, para repetir un ritual de su ex marido para todos sus cumpleaños.

Cuando Susana, al salir del ascensor, vio el ramo, pensó, igual que su ahijada, veinte minutos después, en un acto masoquista. ¿No podría haber elegido otra flor?

Queca celebró la entrada de su única hija con los brazos abiertos y una exclamación:

—Pero miren todas quién acaba de entrar. Díganme si no es preciosa.

Majo se dejó abrazar y, en cuanto pudo liberarse, le entregó dos bolsas: en una, el libro de Daphne du Maurier; en la otra, una inmensa chalina de seda tornasolada.

—¿No me vas a dar un beso?

Apoyó sus labios sobre la maquillada mejilla materna, susurró feliz cumpleaños y volvió a preguntar, ansiosa, a qué se debía el

departamento sin muebles.

—Borrón y cuenta nueva, Majo.

—¿Así que ésa era la sorpresa anunciada? ¿De la noche a la mañana y sin siquiera levantar el teléfono para consultar o comunicar? Yo también vivía aquí, y tengo derecho a saber por qué.

Queca no le respondió. Todas las impugnaciones y los cuestionamientos de su hija desembocarían en la evocación de tiempos felices echados a perder por el egoísmo de su madre y de su padre.

Queca fue hacia sus invitadas, se envolvió en el foulard con gesto teatral y se jactó del buen gusto de su hija. Enseguida miró la tapa del libro, la exhibió y preguntó si alguna de ellas lo había leído. Una sola levantó la mano.

—Chicas, pueden creer que por esta novela mi madre me puso de nombre Rebeca. La leí de adolescente, ya no la recuerdo bien, pero me molestó que la tal Rebeca fuera una mujer malvada. Quizá deba releerlo para refrescar las causas de su maldad. Quizá, si no me equivoco, era la mirada de la segunda mujer de un millonario. No confío en la opinión de ladronas de maridos.

—Él era viudo, mamá, cuando conoció a la dama de compañía.

—Dama de compañía, cazafortunas, lo que fuera. Gracias, hija. Mi disco rígido ha recibido mucha información y confunde los personajes de ficción con energúmenos como tu padre.

Las amistades, relacionadas por el tema en común de restricción de alimentos, incentivación de ejercicios físicos y control diario del peso corporal, contemplaban las bandejas dispuestas con variedad de bocados sin harinas ni grasas ni azúcar con la típica voracidad de los que sufren hambre.

Susana le lanzó una mirada crítica a Queca y se arrimó, comprensiva, a su ahijada, a quien le puso una mano en el hombro.

Un velatorio, pensó Majo mientras fijaba la mirada en el entarugado con rastros de desplazamiento de objetos. También había raspones en las paredes. ¿Por qué su madre no había hecho el festejo en una confitería agradable, a tanto por persona, cierre con torta, brindis, happy birthday, y cada uno a su casa? ¿Habrá necesitado exhibir despojos de su antigua vida para que se compadecieran de ella? Tal vez su madre era de esa clase de personas que gozan al exhibir sus cicatrices. Si fuera así, había

equivocado el rumbo. Su timbre de voz, sus desplazamientos operísticos, su túnica negra y dorada que había traído de su inolvidable viaje a Marruecos y jamás había estrenado la convertían en el centro de atracción. Ella y Kurt Ganz, cortados por la misma teatralidad.

La luz de las cinco de la tarde delataba el deterioro de zócalos, marcos y puertas… Sin el auxilio de muebles y adornos, asomaba la verdad de un matrimonio que había sido armónico durante treinta años —con los altibajos típicos de una relación larga—, pero durante la última década, salvo para un arreglo imprescindible, ni Kurt ni Queca habían intentado mantener el buen estado del piso, como si ambos se hubiesen anticipado a la caída de la fortaleza matrimonial.

La sombra de un pasado cercano, sólo perceptible por la anfitriona, su hija y su amiga, paseaba por entre los intersticios de la memoria, estableciendo comparaciones entre lo que era y lo que es.

Susana recordaba un film de Tavernier en el que, al finalizar la guerra del 14, una mujer, envuelta en la soberbia de su clase social, va en busca del marido. Una vez que ha dejado el lujoso auto y en él la estola de pieles, comienza a internarse en la verdad: la pasión que la mueve a la búsqueda no es exactamente amor.

Majo, distante y crítica, como si no hubiese crecido y compartido frivolidades, volvió a construir en su imaginario un Manderley sin ama de llaves ni sirvientes, desde el cual se oye el sonido del mar y hay un hombre al que ama. El campo que rodea el chalet es igual al de los abuelos. Huele a pasto recién cortado y a mermelada casera. El contraste con el bochinche que rebotaba en el ambiente vacío la llevó a pensar en una excusa para retirarse de inmediato.

Si madurar era aprender a vivir con frustraciones, Majo aún no había madurado.

Susana, que le descubrió la intención en la mirada, se arrimó a su ahijada para decirle al oído que tuviera paciencia.

—¿En los cuartos es igual?

—No sé, mi querida, llegué antes que vos pero ya había gente y no pude hablar tranquila con tu madre.

—Tengo que ir al baño, tía, ¿me acompañás y de paso damos un

vistazo?

Majo, desde pequeña, prefirió llamar tía a su madrina. Pero tenía la certeza de que si su madre había elegido a Susana, era por su incondicionalidad.

La ex señora de Ganz, al verlas ir hacia los cuartos, tuvo la convicción de que habían ido a curiosear y que después ardería Troya. Mejor ir a la cocina a reclamar más bebida "light" y hielo. Para el final habría champán y una torta de frutos rojos sobre ricota magra prensada. El otro engañoso pecado: cremas heladas sin grasas ni azúcares.

En el dormitorio matrimonial —ocho metros por cuatro— sólo había una cama ortopédica, esquelética reemplazante de la mórbida "king size" importada de Italia. Como único rastro del ayer, el televisor de cincuenta pulgadas empotrado, el reproductor de películas, y un revistero.

En el otrora dormitorio de Majo encontraron, sobre la manchada moquette, cuatro cajas grandes y tres medianas.

Igual desnudez en lo que había sido biblioteca y lugar de trabajo del ingeniero Ganz. Majo añoró el escritorio que, al subir la tapa, liberaba secretos. Amaba abrir y cerrar aquellos cajoncitos. La ausencia de retratos familiares le produjo el efecto de una amputación. De la araña de Murano quedaba el cable, lengua burlona asomada al agujero en el cielo raso.

En el baño en suite persistía un fragmento de "Almuerzo en la hierba", de Manet.

Semejante cantidad de pinturas de valor, rematadas, regaladas, guardadas o vendidas, y su madre conservaba una lámina —probable compra en una tienda de museo— enmarcada en acrílico.

—¿Tendrá principio de Alzheimer? ¿A efecto de qué la cama ortopédica? —preguntó con voz apenas audible.

Susana la vio apoyarse en la pared, entrecerrar los ojos y llevarse las manos a la cara, como quien se avergüenza de sus lágrimas.

—No exageres, Majo. Tu mamá está atravesando una crisis. Comienzo de década. Reciente sentencia de divorcio. Próxima mudanza. Tratamiento para adelgazar, con lo que le gusta comer y beber —dijo enumerando con los dedos. Meditó unos segundos y agregó—: quizá le prestaron la cama ortopédica, o le quedó de

aquella vez que la atropelló un auto y estuvo postrada dos meses. Esperemos a que se vayan las visitas y le preguntamos.

—Dale. Pero no creo aguantar hasta el final.

Necesitaba averiguar adónde había ido a parar todo. Sólo la persistente ternura de Susana lograría atravesar la coraza de Rebeca Segunda Ávila, ex de Ganz.

—Cuando venga "Iaia", se va a desmayar.

—Tu abuela hoy no va a venir, Majo. Y ya estás grandecita para seguir usando el sobrenombre que le inventaste. Dijo que dos días seguidos de sarao la enfermarían. Que con la cena de mañana, cartón lleno.

—¿Mamá va a servir también aquí su cena familiar de cumpleaños? ¿Qué clase de festejo será cuando Delfi, Richard, mis suegros, abuela y yo entremos en este desierto? —En su cara demacrada por el disgusto se insinuó una sonrisa—. La que se va a divertir es Delfi. Para ella, las cosas de viejos son graciosas; no quiero ni pensar cuando me toque a mí ser la vieja. Capaz que, para entonces, en vez de gracioso le resulte espeluznante.

—Eh, si vos recién estás en la feliz treintena y tu madre acaba de cumplir sesenta, no noventa —corrigió, haciéndose la ofendida—, y yo cumplo los sesenta el mes que viene.

—En un año tendré cuarenta, tía. Para una adolescente como Delfi hasta yo soy una vieja.

—No exageres, Majo, y cambiá la cara. Queca tuvo sus motivos, y nos enteraremos. Ya está en edad de tomar decisiones sin hacer una encuesta familiar. Vamos —le dio golpecitos alentadores en la espalda—, nos atosigaremos con lo permitido por la nutricionista. Ya me duelen las mandíbulas de masticar apio y zanahorias.

—¿No se puede hacer dieta sin exagerar?

Susana se encogió de hombros.

—Creo que es la tónica del instituto al que vamos. Tu mamá fue la de la idea. Se le metió en la cabeza que si recuperara su silueta, recuperaría una nueva vida. Aunque diga que lo odia, sigue enamorada de tu padre.

El servicio de café y té fue recibido con aplausos y murmullos.

Los platos con carpetitas de papel acanalado exhibían masas de puré de manzanas y de duraznos. Las alabanzas se las llevaron los bombones de frutos secos y cereales, un hallazgo de sabores en

medio de lo insípido.

Queca, al ver la expresión de su hija, alzó las cejas, gesto característico de defensa, y lanzó su desafío:

—Antes del brindis —anunció— tengo sorpresas y juegos.

—¿Más? —preguntó Majo, arrancándose un borde de cutícula.

Susana se cruzó los labios con el índice, rogándole silencio. Majo, en vez de despacharse sin frenos, abrió al máximo las puertas del balcón, miró a la concurrencia y dijo:

—La homenajeada dice que habrá juegos. ¿Y si jugamos a tirarnos del noveno piso? La que llega viva a la vereda ganará un menú de cero calorías.

Majo recordó haber leído que debemos generar acciones, relaciones y asociaciones que podamos adaptar a… se le esfumó a qué podía adaptar la acción de apoyarse en la baranda como si fuera una persona a punto de tomar vuelo.

La anoréxica, que tomaba Coca-Cola Zero sin parar y ni se le había animado a un bocadito de arroz con atún al agua, le dijo a la de extensiones de pelo hasta la cintura que la dueña de casa y su hija eran raras.

Después de unas carcajadas histéricas, Queca dijo que Majo había heredado el humor alemán del padre.

—Las barandas son bajas, qué raro que no les hayas puesto una defensa. Yo tengo nietos y ni loca los dejaría salir a un balcón así —apuntó una señora de frente abombada y pelo sujeto en la nuca con una hebilla en forma de mariposa.

—Tranquila. Tengo una nieta pero ya es adolescente —golpeó un vaso con la cuchara de té—. Escúchenme a mí y no a mi hija, ella tiene una manera muy propia de divertirse y cree que somos aburridas.

—Pero si lo estamos pasando genial —apuntó la de enorme cara circular, consecuencia de corticoides y sedantes, que parecía haber despertado recién del letargo gastronómico que la había hecho masticar lo que encontrara a su alcance.

Susana salió al balcón que se asomaba al loco tránsito de la avenida Santa Fe en hora pico y tomó a Majo del brazo.

—No estropees los juegos de tu madre, que alocados o no son los de su cumpleaños.

Majo se preguntó cómo Susana y su madre, polos opuestos, se

habían hecho amigas.

—Hace una semana subí a saludarla y todo estaba en su lugar, tía. Una venta no se hace de la noche a la mañana. Tal vez la pactaron con papá en la división de bienes, o mamá enloqueció.

—Calma. Ya nos enteraremos.

La posible traición de sus padres condujo a Majo a una escena en que, emperifollados y alegres, Queca y Kurt Ganz anunciaban a su hija pequeña que se irían de viaje.

"Abuela se instalará aquí o irás a su casa. Pasarán los fines de semana en el campo. No te vas a dar cuenta de que no estamos." Y claro que no se daba cuenta. Le encantaban los cuentos de la abuela, las idas al gallinero y al establo.

Majo se sirvió un café doble que no endulzó: amargo combinaba con amargura. La taza no pertenecía al juego de porcelana. De alquiler, seguro. Ni una cucharita que pudiera relacionar con el hogar en el que había crecido.

—Que reinen la armonía y la felicidad —exclamó Queca al hacer su entrada triunfal con una pila de cajas. El mentón apoyado en la de más arriba y la expresión ansiosa le daban el aire de una vendedora de zapatería.

Depositó su carga con un comentario que fue tapado por la sirena de una ambulancia. Queca odiaba el sonido de esos augures de enfermedad y muerte.

—Uf, pesan un montón. Ayúdenme a hacer lugar en la mesa.

Una de las primeras en obedecer: la mujer de cejas esculpidas —dos acentos circunflejos— y alucinados ojos saltones.

Si existe el mal de ojo, pensó Susana, mejor esquivarle la mirada.

—*Voilà* —exclamó Queca cuando, ya alineadas, fue destapando las cajas que contenían toda su bijouterie.

Para Majo, eran cajas de Pandora que liberarían mayores males en la familia. Para Susana, un signo más del tembladeral provocado por el cambio de década. Para Queca, otra prueba de la falsedad de Kurt, vivito y "culeando" mientras ella debía esforzarse para renacer de las cenizas.

Queca hundió sus manos en lo que podría ser un arcón de pirata hollywoodense y elevó los brillos de fantasía con una sonrisa impostada.

La puesta en escena había sido creada para un espectador ausente, a pesar de haberse prometido —delante del espejo, en la ducha, en caminatas, en la cama— no pensar en él ni en nada que le causara daño. El duelo por la pérdida del reino compartido la estaba transformando en una especie de Lady Macbeth que vivía asesinando a Kurt Ganz y a su joven amante de mil maneras diferentes.

“Por dentro estará desangrándose”, se lamentó para sí Susana, quien también extrañaba las salidas en pareja. Habían intentado, con su marido (antes amigo de Kurtz), invitarla al cine o a comer, hasta que se dieron por vencidos. Queca sólo quería hablar de lo que ellos pretendían que no hablara.

—Las botellas de Chandon están en la cocina muriéndose de risa, hay que pedir que las descorchen —dijo Susana para cortar la repetida anécdota sobre el collar valioso que le habían robado, igualito al de Farah Diba, esposa del sha de Persia.

Algunas de las invitadas se miraban entre sí, perplejas.

La unánime aprobación hizo pensar a Queca que el alcohol aligeraría las tensiones y soltaría las lenguas de las invitadas, repentinamente enmudecidas.

La propuesta germinó, y enseguida comenzaron a repartir la bebida.

Majo, ansiosa por poner punto final al inesperado festejo, apuró la llegada de la torta iluminada por sesenta velitas.

Queca se tomó tiempo para sus deseos. Luces y sombras jugaban en su cara de pómulos altos, piel aceitunada, nariz recta y labios heredados de alguna antepasada mulata. Por fin la sacerdotisa tomó aire y apagó el fuego con una seguidilla de soplidos.

Susana levantó su copa y, cómplice de la simulación, brindó por la felicidad que se abría ante la ahora libre muchacha de seis décadas. No hacía un mes que se habían incorporado al grupo de adelgazamiento, pero también brindó por las amigas presentes y por su ahijada.

Faltaba, como fondo musical, el brindis de *La traviata*.

—Adiós, copas de cristal —murmuró Majo. Contempló la que tenía en mano, pensando en su abuela. Si ella se enterase de que su hija Rebeca se había desprendido del juego que le había regalado, quizá le causara un disgusto. Comenzaban a armarse pequeños

grupos de cuchicheos cuando Majo, con tono de hartazgo, preguntó:

—¿Cuándo comienza el remate, mamá? Susana dijo que contrataste al personal hasta las diecinueve.

—Hasta las veinte —la corrigió—. Hija, no te impacientes. Y no es un remate, ya que no pienso ponerles precio. A las amigas no se les vende, se les regala.

—Pero se le regala a la del cumpleaños —saltó Susana.

—Hoy es un día de renacimiento y quiero obsequiarles estos souvenirs en señal de gratitud.

Salvo Majo, Susana y esa muchacha obesa con facciones de muñeca, que engullía hasta las migas en el mantel, todas estaban pendientes de la anfitriona.

—La elección tiene que ser variada, nada de puros anillos o collares o pulseras —aclaró Queca a la de tatuaje en el antebrazo, primera en arrimarse a las cajas.

Las más tímidas se preguntaban si no sería un entretenimiento parecido al de leer la borra de café, tirar las cartas, contar chistes.

Una joven alta y plana, que pestañeaba sin cesar, preguntó si era imprescindible escoger de las tres cajas.

—Sí, una de cada. A las gateras, chicas, que se larga la carrera —bromeó Queca.

La del tatuaje, apenas depositaba en el mantel lo elegido, se arrepentía, lo regresaba a las cajas, y vuelta a empezar.

—¡Basta! —gritó la de pelo hasta la cintura—. Si seguimos así no terminaremos ni a la madrugada.

La de boca de pato apuntó que eran obsequios, que no estaban en un shopping.

Majo se preguntaba sobre el destino de las joyas reales y, si no hubiese sido por su madrina, habría tirado al suelo el contenido de las tres cajas.

Las participantes aguardaban sus respectivos turnos, menos la obesa que, sabiéndolas distraídas, engullía, a cucharadas, la torta que aún no habían repartido.

“Al fin”, corearon cuando la última se paró frente a las cajas y, cubriéndose los ojos con la mano izquierda, hizo su elección a ciegas.

Después diría que le encantaban las sorpresas y que estaba chocha con las fantasías que le habían tocado en suerte.

—Señora, por favor, venga —rogaba una camarera, frotándose las manos como si se las lavara.

Queca, que estaba mostrando a sus espectadoras una tiara de perlas que había usado en su fiesta de quince, anterior a su vida de casada y, por lo tanto, fuera del sorteo, no la escuchó.

Susana, para no interrumpir a la que parecía estar feliz en su papel de animadora, fue detrás de la mucama. “¿Qué podría ser tan urgente?”

La entrada de servicio estaba abierta.

Rubén, uno de los porteros del edificio, y un policía de cara cuadrada y ceño fruncido hablaban entre sí. Ambos daban la sensación de estar preocupados, en especial el portero.

—¿Algún problema? —preguntó Susana.

—Resulta que subieron muchas señoras y necesitamos saber si ustedes vieron salir a una de ellas al balcón.

—Yo salí al balcón —dijo María José Ganz, sobresaltando a Susana, que no la había visto entrar en la cocina.

—¿Sólo usted? —quiso saber el policía.

—También mi madrina.

—¿Hay algún problema con el balcón? ¿Hay que apuntalarlo? —preguntó Susana, alarmada por el gesto severo del policía.

El portero intervino para decir que si el doce estaba desocupado y en venta, los del once habían salido en sus horarios habituales y aún no habían regresado, y los del diez estaban mirando televisión, la que se tiró o la tiraron provenía del nueve, ya que un testigo la vio caer desde un piso alto.

—Van a perdonarme, pero no entiendo nada —dijo Susana.

—No puede ser —murmuró Majo, tocándose el pecho como quien jura.

Ya en el balcón, las flores aplastadas y una rajadura en el macetero indicaron que había sido utilizado para ganar altura y tomar impulso.

Un segundo hombre de uniforme entró en el living, se presentó y, con tono grave, preguntó:

—¿Quién es la dueña de casa?

Rebeca Segunda Ávila se aferró al borde de la mesa y se dio a conocer.

—Pamela. Falta Pamela —gritó, histérica, la del tatuaje.

Algunas quedaron en sus sitios, paralizadas.

Otras salieron al balcón, se asomaron al vacío, vieron una ambulancia, un auto policial, un grupo grande de personas en la vereda de enfrente, y se convencieron.

Ráfagas de viento otoñal cerraron una de las puertas vidrieras, y ese estrépito fue el punto de partida para las manifestaciones de dolor y asombro.

Majo, abrazada a Susana, se culpaba de la broma que había desencadenado la tragedia.

—Todas escuchamos lo mismo y estamos aquí —la consolaba Susana mientras le acariciaba la cabeza.

El oficial anunció que enseguida llegaría el subcomisario.

Nadie podía retirarse del lugar.

Susana reprimía su espanto y de soslayo miraba a Queca que, desmoronada en la silla antes ocupada por Pamela, observaba los restos desmenuzados de su torta de cumpleaños como si tuviera delante a quien, hasta hacía instantes, para ella, no tenía nombre.

4

“Los cajones comienzan a abrirse y cerrarse, y los recuerdos en ellos se conectan de manera azarosa. Y cuanto más relajados estamos, más se abren, se cierran y se interconectan.”

Estanislao Bachrach, *ÁgilMente*

Majo, que no terminaba de reponerse a pesar de las semanas transcurridas desde el suicidio de Pamela y la opinión de su psicóloga, intentaba encontrar en alguno de sus libros “abrecerebros”, como los llamaba despectivamente Richard, una respuesta a sus interrogantes.

¿Pamela sabía, en sentido figurado, que esa comida sería su “última cena”? ¿Temía entrar en el quirófano para hacerse el ya anunciado cinturón gástrico?

El sufrimiento en el piso vacío de su madre y el terrible fin de fiesta le habían hecho olvidar detalles de los interrogatorios. Le quedó fijo, eso sí, el momento en que les permitieron volver a sus casas.

El cadáver estaba nueve pisos abajo pero llenaba cada espacio del departamento.

Ruidos de bocinazos. Corte de calle. Curiosos en la vereda. Protesta de la vida por la impertinencia de la muerte.

A Majo su instinto vital la había rescatado siempre de los pésimos estados de ánimo. Pero, después de la tragedia que convirtió en inolvidable el sesenta aniversario de la ex esposa del ingeniero Kurt Ganz —admirador de la aeronáutica y estudioso del Zeppelin—, Majo se deprimió. No era el tipo de depresión que quita las ganas de vivir sino de las que te tiran en la cama. Durante esos días de quietud no cesó de preguntarse qué habría sucedido si ella, en vez de ser la mujer que cumple con sus obligaciones aunque le resulten insoportables, le hubiera dicho a su madre que sólo asistiría a la cena familiar. La sensación de impotencia producida

por sus estériles suposiciones era una especie de carcoma que le oxidaba el entusiasmo desde que ella dejó de ser imprescindible para su beba, su hija, su verdadero y único amor de verdad.

La insólita preocupación de Delfina por la salud de su mamá fue la soga a la que Majo se sujetó en aquellos días de zozobra.

Las averiguaciones de Susana también lograron arrancarla del reiterativo latiguillo de la culpa ya que Pamela, en la adolescencia, había intentado quitarse la vida en dos oportunidades.

Richard temía que su mujer abandonara el trabajo… los ingresos de ella, en algunos períodos, eran superiores a los de él.

Delfina, con el propósito de recuperar la saludable rutina que le facilitaba las rebeldías, dejó de lado sus excusas para faltar al colegio y en los recreos llamaba por teléfono para asegurarse de que todo estuviese en orden. Además respondía los mensajes: ¡milagroso!

Por fortuna hubo un efecto rebote y Majo también pudo restablecer un vínculo menos crítico con su madre, que ya estaba instalada en su departamento de setenta metros cuadrados, especie de búnker en el que se había refugiado y al que había bautizado con escasa originalidad “la ratonera”.

Pero Herminia Pavese, viuda de Carlos Ávila, no perdonaba la excusa tonta que habían utilizado para justificar la cancelación de la comida familiar por el sesenta aniversario de Rebeca y, cuando se enteró de lo del suicidio de Pamela por la televisión, no quiso hablar más con ninguno de los “mentirosos” que la trataban, por su edad, como a una débil mental.

Gracias a los buenos oficios de Delfina, Herminia permitió reanudar las visitas pero con la condición de que no le cayeran sin avisar. El hecho de saberla en casa no significaba que estuviera disponible. También ordenó que no la llamaran por teléfono varias veces al día como si quisieran asegurarse de que no estaba senil, enferma o muerta. “El tiempo escaso de los viejos es más valioso que el de los jóvenes, y no hay que desperdiciarlo en zonceras”, solía decir si la importunaban cuando estaba leyendo o viendo una película o descansando. Desde que se había comprado una computadora para estar vinculada con parte de la familia que había emigrado a Canadá y con su antigua compañera de escuela, que ahora era madre superiora en un convento de España, las horas

volaban.

Fuera de sus paredes, Herminia sólo hallaba obstáculos: veredas rotas, automovilistas asesinos, transeúntes maleducados… ¿Acaso eran más felices yendo de aquí para allá como si los corriesen?

Aseguraba que a las visitas de cumplido les olía el apuro y el malhumor en cuanto ponían el pie, y que sólo a pocos se les iba después del café con algo rico. Cuando joven, en un mundo que había desaparecido, se hablaba de arte y de valores espirituales. En un libro que relataba la vida cotidiana en la época de Jesús, Herminia había leído que si un mensajero arribaba con una buena nueva, el bendecido por la noticia hacía correr la voz de que había sido rozado por el ala de un ángel. Y la gente comprendía. Comparaba entonces la sutileza de esa imagen con la fealdad del lenguaje actual. "Déjenla sola, solita y sola, que la quiero ver saltar, reír y bailar…", era un canto que recordaba, o tal vez no era exactamente así la letra. Lástima que sus piernas ya no le permitiesen saltar la soga al compás de esa lejana canción. Ensimismada en pensamientos y recuerdos, no había escuchado el sonido del teléfono.

Nerina, mucama y asistente, lo atendió, congratulándose de que fuera María José.

Deprisa acercó el inalámbrico a Herminia, que sonrió, animada.

"El sábado paso a buscarte, decime que sí, Iaia", rogaba Majo del otro lado de la línea. "Prometiste que comeríamos juntas en el restaurante de la esquina."

Finalmente, haciéndose rogar, como era su costumbre, aceptó la invitación de su nieta, con una condición: que fuera puntual.

En La Tahona, único restaurante que Herminia consideraba una extensión de su propia cocina, no había televisor ni música de fondo ni bullicio ni precios abusivos. Caminar menos de una cuadra y tomar aire sería beneficioso para sus huesos doloridos, pensó gratificándose con la idea de ver a su nieta. Y de escucharla. Esa muchacha no era feliz y necesitaba decírselo a alguien. ¿Pero cómo ponerlo en palabras? Seguramente emitía señales engañosas para que nadie, ni ella misma, se enterara. Una anciana no puede hablar de igual a igual con un persona joven, y menos si es la hija de su hija. Recordó sus urgencias de muchacha recién casada. Y las de cuarentona que espera el final del día para acercarse en la cama al

hombre que ama, tan distante en la atalaya de su consultorio médico como ella en su compactadora doméstica que convertía en papilla muchos de sus proyectos.

La brecha generacional no era una invención, existía. A las escasas amigas de su generación que aún estaban vivas las oía como un sonido ininteligible que llega desde otra orilla, tal vez para no sumar achaques ajenos a los propios, o por egoísmo. Quien no cultiva cierta cuota de egoísmo, difícil que llegue a viejo. Deseaba poseer la valentía de ser ella misma, pero la decrepitud y la cercanía de la muerte la hermanaban con las de su edad. Recordó *La casa de las bellas durmientes*, de Yasunari Kawabata, uno de sus autores predilectos. La historia transcurría en una posada en las afueras de Tokio a la que acuden ancianos que, por un precio convenido, están autorizados a acostarse junto a muchachas dormidas que tienen prohibido tocar. A ellos también se les administra un somnífero. ¿Y si existieran paraísos similares para mujeres? A Herminia el olvidado sol del sexo le encendió las arrugadas mejillas.

5

“Ahora tengo la impresión de que inventamos personajes para nuestros hijos.”

ALICE MUNRO, *El progreso del amor*

El afecto demostrado por sus colegas en la empresa de recursos humanos la llevó a pensar que tal vez no era aburrida e inútil su tarea, que la sociología no siempre está emparentada con un servicio social directo, y hasta se alegró de reintegrarse a su trabajo.

Pero el equilibrio fue alterado cuando, al entrar con firmeza en su oficina, el reflejo del sol en la ventana ocultó el andamio, el arnés, la actitud y, en vez de ver al encargado de limpiar los vidrios del rascacielos, vio a la infortunada muchacha del salto mortal y pegó un aullido que atrajo a quienes la sentaron, le alcanzaron un vaso con agua y quisieron pedir un médico. No resultó sencillo convencerlos de que sólo se trataba de una alteración visual que le hizo revivir una experiencia dolorosa.

Cada media hora alguien golpeaba a su puerta para ofrecerle algo de beber o comer. Esa suma de atenciones la fastidió tanto como a su abuela la preocupación excesiva de la familia por su salud.

—¿Es que nunca te lo vas a sacar de la cabeza? ¿Cuándo entenderás que la gorda le tenía terror al cinturón gástrico que estaban por hacerle? ¿No te contaron que la madre, el padre y la hermana son obesos? —le preguntaba Richard, fuera de sí.

—No exageres, para qué te lo habré contado. Ya no voy a volver a deprimirme. Estoy perfecta.

—Sí, claro, por eso te puso loca la visión en la ventana. El que se va a suicidar soy yo.

—Perdón, ¿escuché bien o me estás provocando justo cuando te digo que me siento bien y te cocino un plato especial?

—Sorda no estás. Dije que si la empresa se funde y tu vieja sigue

haciendo mierda tu herencia con sus disparates continuos, también nosotros vamos a tener que vender nuestro departamento. Y tu viejo, metido hasta el cuello con esa putita de cuarta, no me hace caso cuando le digo que las grandes cadenas de gimnasios se lo están tragando y que venda antes de que los acreedores se lleven la mayor parte. La última vez que pasé por Cronos, en el salón de aparatos había dos extraterrestres haciendo fierros, y en la clase de aeróbicos, media docena de minas y un par de tipos que, por el aspecto, no deben de tener un peso. Nadie en el vestuario de hombres ni en la pileta. Y la recepcionista, cuando le pregunté cómo andaban de gente, siguió mirando un programa de chismes. Volví a formularle la misma pregunta: muda. Esa piba sabe que tiene los días contados en un negocio que se funde. Y también sabe que al viejo verde del dueño lo único que le interesa es seguir cogiendo con Guillermina.

—Se enfría la comida.

—Tenemos microondas.

—Recalentada no es lo mismo.

—Nada va a ser lo mismo si la compañía de seguros sigue perdiendo clientes y mi hermano sigue divorciándose y sacando cada vez más guita para sus ex, los tres hijos y el cuarto que va a parir la yegua de mi tercera cuñada.

Majo tiró el repasador sobre la fuente como un árbitro de boxeo la toalla de rendición.

Ya fuera de control, gritó:

—¿Resulta que mamá hizo mal en vender y papá en no vender? Te la agarrás conmigo porque nunca tuviste huevos para independizarte.

—Claro, para vos es fácil. No te falta nada. Pero, si yo me independizo —bebió el vino que había servido en su copa y se tomó tiempo para continuar—, vamos a tener que vivir de tu sueldo, Majo. ¿Tenés idea de lo que pagamos de expensas, impuestos, seguros de los autos, patentes…?

—Sí. —Majo llenó su copa y se sentó a la mesa. Levantó el repasador y se sirvió una porción, dispuesta a comer aunque se le atragantara el guiso.

Él se preparó para la explosión que venía gestando ella en su mirada.

—Por si no te enteraste, querido, los últimos seis meses pagué con mi sueldo las expensas y me hice cargo de otros gastos. —Al no obtener respuesta, preguntó, irónica—: ¿Te quedaste colgado como la recepcionista de Cronos?

—No puedo seguir tus razonamientos, Majo —dijo alisando la servilleta sin usar—. Me preocupa el futuro de nuestra hija. Heredaste el útero de tu madre y te pasó lo mismo que a ella en el parto.

—¿Y a qué viene recordármelo? Tengo muy presente que me volaron el útero.

—Que es única hija y quiero darle todo, pero si seguimos así el todo cada vez va a ser menos.

—No metas a Delfi en nuestra pelea. Ella me apoya.

—Te apoya porque vive en su burbuja, igual que vos. ¿No te diste cuenta de que anda con un tipo que la tiene dada vuelta?

—¿Qué me estás ocultando? —apartó el plato y dio por terminada una cena que nunca se inició.

—La descubrí a los besos con un flaco. Debe de ser el que la tiene en el teléfono hasta la madrugada. Vos, con tus somníferos, no la oís, pero yo, que no pego un ojo, cada vez que paso por su pieza está a las risitas.

—¿Decís que lo hace pasar cuando nos vamos a la cama?

—se puso de pie y se enderezó para no demostrar flaquezas.

—No digo nada, no digo nada —se retractó él al ver la expresión espantada de su mujer.

Majo salió de la ducha, turbante de toalla y bata, dispuesta a iniciar la sesión de pasarse crema —mientras estuvo deprimida, bañarse fue su única concesión al cuidado personal— cuando oyó un ruido. Seguro que es Delfi, pensó con una mezcla de alivio y bronca. No era huérfana, y sus padres tenían derecho de saber en qué andaba, y que no le viniera con frases hechas: ella las había agotado a su misma edad. Faltaba que dijera “cuando vas, yo vuelvo”, y se habría convertido en un calco de Queca. Recordó haber apuntado en su libreta que “la memoria emocional es la manera de adquirir, almacenar y recuperar información relacionada con la emoción” para no odiarse cada vez que se escuchaba decir

cosas que, de chica, le resultaban detestables. ¿Haberlo reflexionado a partir de un libro la hacía más sabia?, se preguntaba yendo al cuarto de Delfi.

Puerta cerrada. Ningún sonido. Dos tímidos golpecitos a la puerta. Nada. Bajó el picaporte como quien va a cometer un robo y se asomó. Sobre la cama sin tender, la campera de cuero negra con tachas.

Decidida a una inspección ocular, descalza y en puntas de pie, anduvo por el territorio vedado. Una tentación las puertas abiertas del placard. En la parte baja, aplastando zapatillas, dos cajas, una sobre la otra. Levantó la primera tapa y se encontró con las imitaciones de joyas que su madre había decidido obsequiar o rifar entre sus compañeras de adelgazamiento y se preguntó desde cuándo estaban ahí, y le brotó la misma bronca que a su abuela después de enterarse de la tragedia en la fiesta de cumpleaños de la que fuera excluida o de la que se autoexcluyó, para el caso era lo mismo. “Conspiraban a sus espaldas.” Rebeca Segunda Ávila, ex de Ganz, había considerado innecesario incluir a su hija en la cesión de bienes de fantasía y, aunque fueran una imitación con escaso o nulo valor de venta, Majo se sintió traicionada. “Están rifando tu herencia”, había dicho Richard. El brillo falso de las falsas joyas parecía darle la razón a su marido. Delfina tal vez las llegase a usar como complemento de un vestuario “retro” o de un disfraz. O tal vez le resultaran fascinantes en su inutilidad.

Majo se sentó en el borde de la cama y se puso a llorar.

Así la encontró Delfina.

—Mamá, ¿qué pasó esta vez? —preguntó entre compadecida y molesta: “¿No pudo encontrar otro sitio donde ponerse a llorar?”.

El llanto se convirtió en sollozos.

Cuando su hija se acomodó a su lado y la abrazó, le confesó que estaba muy angustiada.

—¿Por qué?

—Porque —se detuvo para tomar aire y calmarse, pero repitió —: porque no confiás en mí.

—¿Qué?

De repente se encontró reprochándole que la tuviera al margen. Las cajas con esas antiguallas le estaban dando la razón: nada de lo que viniese de mano de ella era conservado y respetado. ¿Cuántas

veces le había comprado cosas que tuvo que cambiar o nunca se puso para demostrarle que sus gustos eran opuestos? Hablaba a borbotones, perdiéndose en detalles tontos referidos a la niñez de Delfi, época en que nada era más importante que estar juntas: en los juegos de plaza, mirando dibujos animados, haciendo rompecabezas, comiendo hamburguesas y todas las basuras que a su nena le encantaban. Cajitas tan felices como ella, trompita sucia de ketchup, ojos encendidos cuando le entregaba el juguete sorpresa armado. Y en unos años todo eso había sido reemplazado por la indiferencia, la arrogancia, la falta de consideración.

Sonó el celular de Delfi con el habitual concierto de ladridos, modo de desquitarse por el perro que ella había recogido de la calle y tuvo que dejar en el campo de unos primos.

El turbante de toalla cayó al piso, al lado de los botines que Delfi se había quitado en medio de la avalancha verbal de su madre como una forma de marcar territorio.

Pelos mojados, cara enrojecida, bata abierta, Majo se enderezó en actitud de alerta: "El intruso llamaba".

Hubiese querido borrar la cantinela anacrónica con la que intentó recuperar a su hija. Su nostálgico discurso no logró conmoverla. Pero sí el olor a champú y crema de enjuague que invadía la habitación, tal vez por ese perfume afín se había quedado en silencio, soportándole la histeria.

Delfi pidió una tregua, se disculpó y fue a encerrarse en el baño, seguro que para charlar con el flaco.

Cuando de regreso al cuarto vio a su mamá envuelta en la bata, acostada en actitud fetal, no supo qué hacer. Un impulso la llevó a acostarse a su lado, la cara hundida en la benévola cabellera húmeda, y murmurar: "Decime la verdad, ma, ¿qué pasa?".

Majo abrió las compuertas de sus miedos y le confesó que se había enterado de que andaba con un muchacho, que todavía era muy chica y no soportaría que le pasara como a otras de su edad y terminara embarazada o metida en la droga, que no sabía cómo ser madre de una adolescente en rebeldía ni ser hija de una sesentona egocéntrica y de un donjuán trasnochado ni ser esposa de un hombre que sólo hablaba de economía y le echaba en cara que no defendiera el patrimonio familiar que dos viejos locos estaban derrochando…

Delfina la abrazó y se puso a reír, a ella no le molestaba que sus abuelos se divirtiesen y no estuvieran metidos en un geriátrico como esos pobrecitos que se murieron hacía poco en un incendio.

—Nadie piensa meterlos en un geriátrico. ¿Acaso Iaia no vive en su departamento y hace lo que quiere? Ojalá tu abuela, Delfi querida, fuera como la mía.

—Son divinas y divertidas, igual que el abuelo. Y papá habla igual que todos los papás, supongo, en especial el de Lola.

—Hace mucho que Lola no viene. Es una buena chica, la que más me gusta de todas tus compañeras…

—Prefiere que vaya yo. Se siente sola desde que la mamá, repodrida de todo, se fue. Es lo que me contó. Creo que se van a divorciar. Imagino que ustedes no estarán pensando en lo mismo… Soy una de las pocas del grupo que no tienen que cumplir visitas pautadas con uno o con otro.

—Para nada —la interrumpió Majo, desde hacía rato sentada, la espalda contra el respaldo de la cama, los pies cruzados, los párpados entrecerrados, como si intentara meditar al mismo tiempo que conversar.

—¿Tanto lío entonces porque ando con Gastón? Es sólo un amigo, por ahora.

—¿Así que ése es su nombre? ¿Estudia? ¿Dónde lo conociste? —las preguntas y los párpados se alzaron en la calma aparente, igual que soldado dando la voz de alerta ante el enemigo próximo.

—Estudia y trabaja, ma. Nada raro.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintiuno.

—¿Veintiuno? Es muy grande para vos, hijita, ¿de dónde lo sacaste? Tus amigos no pasan de los diecisiete, dieciocho…

—De una librería, es el que vino a traerte *Rebeca*, el libro que le regalaste a la abuela para su cumple. ¿Te acordás de que ibas a pasarme el que está manchado? ¿Por qué no terminás de leerlo en vez de saltar de uno a otro de esos que quieren arreglarte el cerebro?

—¿El flaco cara de nada? —gritó como preguntándoselo a sí misma, culpándose de haber entrado ahí a comprar *Rebeca* y de dejar su domicilio para que le hicieran llegar el segundo ejemplar.

—Me gustan los flacos, ma. Vos y papá siempre dicen que los

jóvenes de ahora son unos vagos. Y Gastón trabaja y estudia…

—No sé lo que dijimos. Ahora se trata de un adulto que anda con una nena.

—¿Nena? ¿Me miraste bien, ma?

Un metro setenta, corpiño número noventa, piernas largas de muslos fuertes, ojazos color miel y una boca arrepollada que todos ponderaban desde que nació. Cuando se sacaba el uniforme escolar y se vestía para alguna fiesta, era frecuente que preguntaran: "¿Son hermanas?".

Miró la muñeca frágil de su "nena", ajustada por una cinta roja, y recordó lo rolliza que era de chiquita. Le encantaba besarla entera. Quién le habría puesto esa cinta contra el mal de ojo. Ambas se burlaban de las supersticiones de la abuela, sí, seguro que fue ella la de la ocurrencia. Para ir adónde iba a ponerse Delfi esas pulseras de dijes y pedrería que guardaba la caja, si nunca aceptó otro adorno que chucherías artesanales de soga y cuero. Contempló, en los tiernos lóbulos rosados, aros apenas más grandes que los abridores de bebés, y se estremeció.

Pidió perdón por su desborde emocional y le preguntó a Delfi si había comido en lo de Lola, aunque sospechaba que su llegada tarde era por el flaco de la maldita librería.

—¿Hiciste algo rico?

—Guiso de lentejas.

—Buenísimo. ¿Quedó algo?

—Sí —respondió, acordándose de la fuente intacta—. Voy a la cocina y te caliento una porción.

La insípida cotidianidad se iluminó con la expresión golosa, despreocupada, de su única hija. Envidiable capacidad de recuperación juvenil.

A ella la esperaba el insomnio.

6

"No hay nada que no esté comprendido, captado, experimentado y reconocido en el arcano tembloroso de la memoria; ninguna experiencia ha sido demasiado pequeña, y el más pequeño acontecer se despliega como un destino…"

RAINER MARIA RILKE, *Cartas a un joven poeta*

Grande, oscuro. Perfume a cera y a desodorante de ambientes.

Las cortinas de telas pesadas creaban atardeceres perpetuos aun en los mediodías de sol. A quien entrara en ese ámbito se le aquietaba la respiración, intento de acomodarse, tal vez, a la parsimonia opaca de una vida que ya no era y otra, inmortal, oculta en los libros de una biblioteca con puertas vidrieras por las que titilaba algún lomo encuadernado en cuero rojo y letras doradas. En la biblioteca de estantes a la vista, libros y adornos se hacían mutua compañía.

El comedor, antaño luminoso, en escasas ocasiones ofrecía la lujosa experiencia de encender todas las luces de su enorme araña de caireles, y sólo habilitaba el tuerto plafond del recibidor y una lámpara con pie de bronce y pantalla plisada a la que, de pequeña, Majo contemplaba imaginándose el tutú de una bailarina.

Muebles de estilo francés en cuyas tapas de mármol descansaban, solemnes, antiguos jarrones chinos que les fueron obsequiados a la señorita Herminia Pavese y al doctor Carlos Ávila con motivo de su boda en la catedral de San Isidro y recepción en la casona ribereña de don Giuseppe Pavese, Pepe para sus paisanos e íntimos, devenido en prócer por haber pasado de campesino en la Liguria a dueño de almacenes de campo en dos pueblos de la pampa. Fortuna. Hijos obedientes y estudiosos, esposa criolla, piadosa, abnegada, qué más podía pedirle a la tierra que lo había acogido. Y, como si fuese poco, la niña mimada después de dos varones se casaba con un doctor.

El cristalero atesoraba una colección de figuras de Murano y una decena de tallas de Swarovski, que la hija mayor del matrimonio Ávila traía de sus viajes hasta que doña Herminia rechazó la última

con la excusa de que no le quedaba un solo espacio libre, pero, a decir verdad, le fastidiaba la falta de imaginación de su primogénita: repetidora de souvenirs y de sentencias bíblicas aprendidas en una iglesia evangélica que le había sorbido el seso.

El imponente espejo de marco dorado que reflejaba la luz del exterior fue para la nieta el ojo de un faro en el grave oleaje nocturno de la sala, y se contempló en él para corroborar que aún era una joven mujer atractiva.

Nerina, acompañante y servidora de su abuela desde hacía décadas, la había hecho pasar con plácemes cordiales que disimulaban el leve reproche por las aisladas visitas, como si desconociera que su señora era la que imponía límites a ellas.

—Nos estuvimos endomingando desde temprano, aunque no vayamos a misa nunca. Hoy estamos muy contentas. Es bueno que se acuerden de las viejas —dijo, arrastrando sus alpargatas gamuzadas con suela de goma sobre el piso de parquet que denunciaba, en sus marcas y grietas, las muchas idas y venidas sobre la madera—. La humedad nos tuvo a mal traer. Los primeros fríos entran en los huesos y las articulaciones. Que Dios nos proteja cuando llegue agosto.

El tiempo y la soledad compartida habían hecho creer a Nerina que sus acciones eran un calco de las de doña Herminia, y se incluía en los comentarios con blanda autoridad, estimulada por su patrona, a quien le complacía tener una especie de doble que, en más de una ocasión, hacía de vocera ante la familia.

A Majo le causaba gracia la utilización del plural, y con cierta malicia respondió:

—Se nota, Nerina, están muy lindas.

La anciana se tocó el rodete áspero, sostenido por una batería de hebillas, hizo un vergonzoso mohín y la invitó a pasar al escritorio.

Donde antes funcionaron el consultorio oftalmológico y la sala de espera del fallecido doctor Ávila, Herminia había construido su palacio, como insistía en considerarlo a pesar de sus pequeñas proporciones si se lo comparaba con los metros cuadrados del resto del piso, que se utilizaban en ocasiones excepcionales.

Majo recordó que su abuela se había animado a desmantelar el territorio de su marido recién al cumplirse el decimoquinto aniversario de su muerte, hecho que su madre le trajo al presente

cuando ella le recriminó el apuro por deshacerse del departamento y de todo lo que había pertenecido a su existencia matrimonial.

"¿Pretendés que espere quince años, como tu bendita Iaia?"

"¿Esperar qué cosa y para qué, mamá?"

"Para ella, que desapareciera el fantasma del abuelo Carlos, que en paz descanse, y, en mi caso, el de tu padre."

"Pero papá no murió."

"Peor el fantasma del vivo que el fantasma del muerto."

"¿Volviste a beber?"

"No se vuelve a lo que nunca se dejó, Majo. Preguntáselo a Iaia, ella es una maestra de la continuidad. A su nieta preferida le va a responder cualquier pregunta, por más íntima que sea. Con mi hermana y conmigo siempre fue parca, como si la hubiésemos decepcionado. Ballet, piano, pintura, idiomas… Fuimos alumnas correctas, sólo para complacer a nuestros padres. Creo que habría deseado que nos entusiasmara alguna disciplina artística. Yo abandoné el profesorado de geografía cuando el rey vikingo me declaró su amor, y tu tía comenzó a cursar Ciencias Económicas sin éxito. Pobre Iaia, tan metida en sus libros y en su música. Seguro que imaginaba un futuro de grandeza para sus muchachas."

Le resultó raro que su madre llamara Iaia a la abuela, ya que de chica solía corregirla cuando le decía "ia, ia" en vez del impronunciable Herminia. Uno de sus primos la quiso imitar y le salió "iaia". Desde aquel entonces, para los más chicos de la familia fue "Iaia". Y doña Herminia, encantada con el bautizo de sus nietos, no se empeñó en corregirlos.

La luz de quinqué del escritorio, aureola amarillenta sobre la cabeza blanca, fue una imagen espectral que, sumada a la rememorada charla con Rebeca Segunda Ávila, turbó a Majo. El sempiterno perfume dulzón, impregnado en su abuela desde que Majo tuviera uso de razón, tocó su olfato y sus sentimientos, copia de los que experimentaba de niña en el regazo de la gran contadora de cuentos, la mayoría inventados por ella.

Se acercó en puntillas y posó la mano sobre el hombro abultado por una de las infaltables hombreras. Sus blusas, vestidos y abrigos eran de los años setenta. Por aquel entonces la moda dictaba espaldas de arrogante altura y amplitud, retorno a la época dorada del cine de Hollywood, y también vigente en la lejana juventud de

Herminia, cuyo refinamiento tal vez siguiera alimentándola.

“Tengo ropa hasta que me muera”, se defendía cuando le proponían salir de compras y renovar su vestuario.

En el vetusto “combinado” sonaba un vals. Y aún persistía, cubierto por un mantón, derroche de flores y flecos, el piano que ella solía tocar y sus niñas martillar bajo las órdenes de una profesora impaciente y fea. Los dedos artríticos impedían a Herminia aquel y otros placeres, derrotados por la muerte de su marido. La ceremonia nocturna de verlo en su sillón, la pipa encendida, los párpados entornados, escuchándola ejecutar piezas de los clásicos del romanticismo se había clausurado aquella tarde del infarto de su único novio, su único hombre.

—¿Llevamos abrigo? El otoño es traicionero, doña Herminia. Las gripes vienen peligrosas, ¿no es así, María José? —Era la única que la llamaba con sus dos nombres, en honrosa asociación con los padres de Cristo, a los que Nerina rezaba diariamente.

—Con un chal creo que será suficiente. Es un otoño atípico. Hoy anuncian treinta grados de máxima. Míreme a mí, estoy de verano.

La servidora movió la cabeza a los lados, incapaz de rebatir los argumentos de la que se había venido de falda corta y sandalias. A quién se le ocurría andar así en mayo.

El ascensor —puertas enrejadas, lenta parsimonia— se tomó su tiempo para descender los cinco pisos del edificio centenario sobre la avenida Córdoba. En la entrada, junto al timbre, aún permanecía la placa. El portero, gracias a las propinas de la viuda del doctor Carlos Ávila, mantenía el bronce con el furioso brillo de otrora. Y más de una vez tuvo que salir, tragando insultos por los insistentes timbrazos en la portería, para aclarar que el médico estaba muerto. “Muerto”, enfatizaba, odiándose por seguirle el juego a la vieja chiflada del quinto.

Doña Herminia iba aferrada al brazo que le ofrecía la nieta. Desde que sufriera la fractura de una pierna, atemorizada por las veredas intransitables del barrio, a quien estuviera caminando con ella le repetía el episodio de su caída en ese mismo sitio, justo cuando el taxi que no se arrimó al cordón, culpa del colectivo… Y Majo, como todos los allegados y familiares, interrumpió la minuciosa repetición del accidente para llevarla a un tema más grato.

El dueño del restaurante, sesentón calvo y panzón, pletórica nariz de bebedor, dejó su puesto en la caja para ir al encuentro de su distinguida clienta y conducirla a la mesa, primera contra la pared del lado derecho, la preferida del finado, Dios lo tenga en su gloria. Ponderó la sobria elegancia y la espalda erguida de la abuela y la belleza de la señora nieta, más juvenil cada día, quién iba a decir que ya tenía una hija señorita.

A Majo le divertían los acartonados modales y expresiones, y no pudo evitar reírse con la palabra “señorita”.

Herminia detuvo con un gesto principesco la perorata y le preguntó por lo bajo si tenían callos a la madrileña.

—Abuela, no es día —opinó Majo, apantallándose con la mano.

—¿Para qué?

—Para una comida pesada.

—Pues aquí todo lo hacen liviano.

—No nos quedó —dijo el hombre con un guiño dirigido a Majo —. Ya mismo mando al mozo con el menú.

Un pase de torero con el repasador y una inclinación de cabeza antes de regresar a su sitio de vigía junto a una antigua caja registradora, reliquia que conservaba por haber sido con la que su padre, un gallego trabajador y severo, había inaugurado el restaurante.

El mozo, de anacrónico moñito y camisa blanca con chaleco negro, descorchó el Bianchi Chablis frío y ofreció a doña Herminia el privilegio de degustarlo.

Un chasquido leve de la lengua y un asentimiento mudo aprobaron el vino. El gorgoteo del líquido en la copa trajo gratas reminiscencias a la que pareció rejuvenecer. Su nieta contemplaba la botella ya en el balde, preguntándose si debería beber en exceso, aunque le disgustara, con tal de que “Iaia” no se enfermara con su manía de que platos y botellas debían vaciarse. Ante el anticipo del banquete poco aconsejable para una mujer de su edad, que comenzaba con empanadas fritas y berenjenas en escabeche, atención de la casa, se le cruzó la última recomendación de Nerina al despedirlas: “Cuidémonos con la comida, nada mejor que un purecito y un pollito a la parrilla”.

Doña Herminia pidió hielo, con la intención de diluir la bebida alcohólica, una travesura que de tanto en tanto se permitía, mintió,

desde que había leído un mail de su amiga, madre superiora, en el que recomendaba una diaria de tinto para bajar el colesterol, palabra santa. Pero en verano ella prefería el blanco, golosina irresistible.

—Estamos en otoño, abuela, y el tinto se bebe más lento.

—El ritmo se lo pone una a todo, mi querida niña, sea comida, bebida, amor… —suspiró, levantando la copa por el tallo y mirando su fondo como quien consulta la esfera de cristal.

A Majo la desconcertaban las contradicciones de quien, a pesar de su apego a objetos y rituales del pasado, había insistido en aprender computación para seguir comunicada con su ex compañera en el internado de monjas y su hija mayor, instalada en Canadá con marido, hijos y nietos.

"¿A que no saben la última salvajada de Isis?", preguntaba cuando la llamaban por teléfono para interrogarla sobre su salud. Y ahí arremetía con sus críticas a la política internacional y el avance del fanatismo islámico para estacionarse en la problemática nacional y en la de los países limítrofes con tal de que no siguieran haciéndole recomendaciones relacionadas con lo que ellos consideraban su bienestar.

Durante la comida habló del precio de los medicamentos, de las magras jubilaciones, de la corrupción y de los achaques de Nerina, que a sus setenta y seis estaba peor que ella, diez años mayor. De dos veces por semana iba a tener que subir a tres los servicios de limpieza. Eso sí, que la empleada no tocara el living ni sus adornos ni placares, que para eso estaban Nerina y ella. A ninguna de las dos les gustaba que anduvieran husmeando en sus cosas.

Herminia disfrutaba de sus canelones a la Rossini, a los que había rociado con abundante parmesano rallado, mientras que Majo luchaba con un churrasco de cuadril excedido de punto. Un consuelo la ensalada verde con aliño de aceite de oliva y mostaza de Dijon.

Cuando dio cuenta del plato, Herminia apoyó la espalda en el respaldo del asiento y preguntó con expresión distendida, pícara:

—¿Qué me necesitabas contar?

Consternada, Majo apretó el puño contra la mesa y dijo que tenía deseos de verla, motivo suficiente.

—Eres transparente, querida mía —la abuela había aprendido a

hablar de tú en su educación escolar y lo había adoptado, causando sorpresa en sus interlocutores, hasta que, habituadas a sus modos y decires, a veces sus hijas evitaban el voceo cuando se dirigían a ella, manera de rendirle pleitesía a quien contaba, con orgullo, que a sus padres ella y sus finados hermanos mayores los trataron siempre de usted.

—Delfina. Necesitaba charlar sobre ella. Las adolescentes son complicadas —dijo, pestañeando.

—Lo presumía. Y de paso, de tus padres, que te tienen de disgusto en disgusto desde la separación y el divorcio, ¿verdad?

—¿Hablaste con mamá?

—Sí. Me preocupa su desánimo. Pero ya está grandecita como para escuchar torpes consejos de su madre vieja. La pobre se queja del injusto comportamiento de Kurt. Y razones le sobran. Pero no tantas como ella querría.

—Seguro que se quejó de mí.

—De ti y de todos. Es normal. Ahora debe ocuparse de sí misma, y no sabe por dónde comenzar. Entonces endilga culpas a tontas y locas. Una suerte que la tenga a Susana, paciente y buena amiga. No debería haberse enojado con su cuñada, tu tía Ilse no es responsable del mal proceder de tu papá. Cuanto más cariño la rodee, menos sola se sentirá, opina la mayoría. Pero yo me digo que en el dolor sólo caben unos pocos. La dicha es otra cosa: alberga a una multitud.

—¿Y Delfi? ¿Y yo? Mamá no está desamparada.

—Lo está, Majo. Lo está. Aún no logras darte cuenta de lo complicado que es tener sesenta años en épocas en las que actrices de esa misma edad hablan de sexo y los hombres viejos andan pavoneándose con chiquillas. Ya no existen el pudor ni la vida privada. Las personas creen que envejecer es una enfermedad que se puede curar con cirugías plásticas, dietas, amantes y drogas. Ahora desfachatadas señoras maduras se exhiben con efebos cazafortunas… En mis sesenta vestíamos de negro, gris, estampado con pintas o flores minúsculas, y nos adornaban perlas, alguna cadena con relicario, medalla con iniciales y ornamentos habituales como el camafeo. Recibir a un nieto significaba el peldaño de entrada a la ancianidad. Y tu madre está entre dos aguas: juventud tardía y vejez prematura. La viudez a veces pesa menos que el

abandono, en especial a las celosas.

—A mi edad es lo mismo —replicó Majo—. O peor. Si imaginaras la desesperación de las que se aproximan a los cuarenta, te asombrarías. Deben competir con chicas de veinte que se comen con los ojos a los cincuentones.

—Problemas con Richard, ¿verdad? Ahí está el carozo del asunto. Y te empeñas en ocultarlo.

—¿Qué te hace suponer?

—Basta con mirarte, mi querida. Has dado una vuelta de campana… —le señaló el escote— .Y no es crítica, por el contrario. Me da gusto verte femenina, adornada. No me engañaban tus disfraces de gitana ni tu carita de recién levantada de la cama ni tu melena nido de caranchos. Cuando eras estudiante, vaya y pase. Pero aparentar pobreza y desaliño son zonceras. Mi madre, tu bisabuela, provenía de un pueblo perdido, y mi padre, inmigrante con bolsillos vacíos, brazos fuertes y voluntad inquebrantable, desconfiaba de los mal entrazados.

—El abuelo y vos eran el uno para el otro, dijo mamá.

La abuela terminó de beber lo que restaba en su copa y asintió con la cabeza antes de agregar que lo de ellos tuvo que ver con la época. Que tal vez, en otro contexto y en la actualidad, el matrimonio no habría durado lo que duró. Aunque la duración la impuso la muerte de Carlos y después, el letargo.

—¿Letargo?

—No sé si es la palabra adecuada, pero algo parecido me impidió mover nada que fuera testigo de mi vida anterior. No me arrepiento de mi parálisis, letargo o como prefieras llamarlo. Arrepentirse no sirve de nada. A estas alturas, menos. Para serte sincera, últimamente mi vida se ha vuelto más interesante.

—¿Libros?

—En parte. Últimamente la novela histórica. De ahí salió la tatarabuela o algo así de mi madre, que a medianoche se me aparece en el dormitorio, ¿te lo había comentado?

—Sí. Y cómo es esa señora —preguntó entre curiosa y preocupada.

—Atildada, que me he tenido que comprar camisones nuevos para no causarle mala impresión. ¡Y no sabes lo que nos entretenemos juntas! —Se cubrió los labios con el índice antes de

agregar—: A Nerina no le cuentes nada porque va a querer inmiscuirse en nuestros asuntos. Y no son temas para una mujer que —bajó la voz y se acercó a Majo— se conservó virgen.

Las facciones afiladas de Herminia se redondearon. Las mejillas, rojas por el exceso de abrigo, el alcohol, la pasta caliente, los condimentos y la charla, preocuparon a Majo menos que lo que acababa de escuchar. Algo había leído al respecto en sus libros. En cuanto llegase a su casa consultaría los capítulos dedicados a senilidad. ¿Alzheimer? ¿Soledad? ¿Tristeza?

Decidió conservar para sí la charla con la abuela. Capaz que su madre, su tía y otros parientes se confabularían para encerrarla en un geriátrico, justo cuando "Iaia" confesaba estar pasando por un gran momento.

Por suerte, Nerina estaba a la espera y acogió a su patrona como una madre a su hija traviesa.

—Por supuesto que vamos a tomarnos una linda siesta y descansaremos como Dios manda.

Majo caminó hasta el estacionamiento recriminándose su falta de prudencia. Dejar comer y beber a la abuela fuera de su dieta era una muestra más de su permisividad, en especial con su hija. La charla sobre Delfina y otros temas que habría querido abordar se clausuraron con la nueva aparición de Segunda Josefa, espectro de enlutado velo y mantilla de blondas.

Herminia ya no dejaba más la bata nochera sobre el sillón hamaca porque ése era el lugar elegido por su antepasada para contarle las desventuras y los placeres de sus amigas, mujeres de militares siempre en campaña, lejos de las exigencias y los cariños de esposas, hijos y parientes. Un relato desquiciado que Majo prometió no tomar en cuenta pero que comenzaba a repicar en ella con un dejo de piadosa envidia.

La ejercitación que recomendaban para estimular la creatividad era cumplida por "Iaia" aunque ella no lo hubiese leído ni pensara hacerlo.

Con la constante lectura de cuentos, novelas e historias la abuela, desde hacía décadas, exploraba significados y obtenía una interpretación no lineal de los textos.

Mientras María José, hija de Rebeca Segunda, nieta de Herminia Josefa, madre de Delfina, acumulaba información y consejos de científicos abocados a la divulgación popular de lo complejo, la matriarca de la familia se internaba en los misterios de los mundos paralelos desde su cama de respaldo alto y duro.

7

> "Las mujeres son seres dignos de compasión, ¿no te parece, Otoko? Un joven jamás se enamoraría de una mujer de sesenta años; pero a veces muchachas adolescentes se enamoran de hombres cincuentones o sesentones. No sólo porque piensen en obtener algo de ellos… ¿no estoy en lo cierto?"
>
> YASUNARI KAWABATA, *Lo bello y lo triste*

La decisión de modificar sus hábitos la enfrentó al espejo de sus actos últimos, repeticiones de encierros, comidas congeladas que el microondas o el pequeño horno eléctrico convertían en apetitosas gracias al vino que ayudaba a digerirlas y olvidarlas hasta la mañana siguiente en la que reaparecían en forma de migraña, acidez y otros malestares digestivos y musculares, culpa de sus horas cautivas frente al televisor de pantalla enorme en relación con el dormitorio de dimensiones reducidas, que era ventilado sólo cuando ella bajaba a la farmacia o al supermercado de la otra cuadra.

Queca se hacía enviar semanalmente docenas de películas por la dueña del local de una galería vecina con la que había entablado amistosa relación telefónica por sus gustos fílmicos afines. A veces invitaba a Susana a ver algún clásico con Ingrid Bergman de protagonista, su actriz fetiche, o policiales en blanco y negro como *El halcón maltés* u otros que el paso del tiempo había ido borrando y les proporcionaban felicidad desde el lugar de la nostalgia. Luego vendrían las comparaciones con las actuales escenas de violencia y sexo, muestra evidente de la decadencia de costumbres. Era la parte que más temía Susana, porque Queca se encendía en la discusión y descargaba su bronca sobre las malas actrices que habían alcanzado fama solamente por su desnudo descaro juvenil, y pasaba a las "minitas" del gimnasio, prostitutas que le hacían caer la baba al repugnante vejestorio de su marido. Con un trago de más, Kurt Ganz seguía siendo aquel marido atento que, apenas llegado del trabajo, servía dos whiskies con hielo y una picada de almendras y queso brie para comentar los acontecimientos del día. Quizás ese

ritual era el más añorado. Sin su Tristán, ella era una Isolda deshilachada, una bebedora solitaria, una piltrafa.

El olvido, inalcanzable don para una mujer resentida, no iba a conquistarlo en su departamento de dos ambientes a estrenar al que le había hecho la concesión de una king size con respaldo de cuero mullido, la reproducción del “Almuerzo en la hierba” de Édouard Manet, un sillón cama en el living, una mesa rectangular con seis sillas y una lámpara de pie, descarte de la oficina del marido de Susana.

Y almohadones. Muchos. Para apilar en el piso y convertirlo en asiento y distribuirlos y apoyar la espalda y levantar los pies. Mórbidos almohadones de forma cuadrada, redonda. Dóciles almohadones para abrazar, llorar y arrojar lejos, todo lo posible en su cotidiana estrechez y después, a oscuras, patearlos en sus idas al baño y maldecirlos por obstruirle el camino hacia un destino igualito al final de *Casablanca*. Erguida, de traje sastre, subiría la escalinata del avión con su heroico marido y renunciaría al seductor Rick. Pero un maldito almohadón podría hacerla caer y el avión partiría sin ella. Una caída era lo que le faltaba para sentirse aun más tonta y desgraciada, se dijo mientras ahuecaba sus almohadas inteligentes que, al igual que el inteligente colchón, se les daba por rebelarse; no así los almohadones, que le consentían cualquier maltrato. Por eso, cada vez que salía a la calle compraba uno más. Antes de irse a dormir solía poner en fila, del lado derecho de su gran cama, los almohadones más amables y sedosos. Gracias a esos centinelas con relleno, entraba en el sopor de los sedantes.

La sed provocada por la pizza con chorizo colorado y aceitunas negras, transformada en una galleta salitrosa por haberla puesto en el hornito mientras terminaba de ver por segunda vez *Los puentes de Madison* (amaba a Clint Eastwood), le hizo tomar la decisión de derrumbar el cerco de pánico y salir a la vida.

Contra la mesada de la cocina bebía agua con hielo para refrescar el paladar arenoso y las cenagosas cavilaciones, proponiéndose toda clase de revanchas.

Su hija, su nieta y Susana se habían hartado de llamarla por teléfono, tocarle el timbre y proponerle idas al teatro, al parque, a

la confitería, al cine, a exposiciones, al shopping… Lo que menos deseaba Queca era hablar de sí misma y del padre y abuelo de las chicas, y menos de esa Guillermina que sedujo a Kurt con artes prostibularias que ya había puesto en práctica previamente con dos musculosos profesores del gimnasio.

Cuando la vieron entrar en el salón de belleza del que había sido clienta hasta la antesala del fin de su matrimonio, no la reconocieron. La mujer que administraba el lugar —cabellos platinados recogidos en la nuca, pestañas postizas— tuvo una revelación al verla hacer un gesto, entonces fue a darle la bienvenida.

—Qué gusto tenerla con nosotros, señora Ganz. ¿Estuvo de viaje?

—Sí. Y necesito hacerme a nuevo.

Iba a agregar: "Ávila, desde ahora soy la señora Ávila", pero le habría significado el esfuerzo de narrar el porqué del cambio.

—Gracias por volver a elegirnos. Estamos a su disposición.

Le hicieron sacar la blusa y le pusieron una bata, antes de invitarla a pasar al perfumado gabinete de la cosmetóloga. Sonidos de trinos y fuentes de agua intentaron relajar a la que se acostó en la camilla como si fuera a entrar en el quirófano para someterse a una cirugía.

La piel de su cara, que no recibía atenciones desde la mudanza, ansiaba ser humectada. Y se sometió, obediente, a la manipulación de la profesional que susurraba recomendaciones como si formara parte de la apaciguadora música de fondo.

Tintura. Corte. Peinado. Belleza de pies y manos. Y una imagen que, sumada a las ponderaciones del personal, lograron convencerla, al principio, de que se veía diez años más joven que en el momento de ingresar. Una de las clientas, vedette de fama, adhirió a las alabanzas. Queca pensó: "Si con esa cara hecha a cachetazos no puede autoevaluarse, cómo va a evaluar a otras".

Pagó con la tarjeta de crédito de una cuenta conjunta que Kurt todavía no había dado de baja. Que cargara él con esa cifra que se le antojaba descomunal después del largo período de penitencia con gastos de clausura.

Entró en el primer bar que encontró en la cuadra y pidió un sándwich de jamón crudo y una Heineken.

Desde la vidriera veía pasar a la gente con entusiasmo de turista que acaba de conocer París y se le agolpan romances en escenarios fabulosos sin sospechar que la realidad es tramposa. Nada de Woody Allen y la bohemia del siglo XIX. Nada de orgías con pintores, literatos, músicos: ese film ya lo había visto.

Rebeca Segunda Ávila, ex de Ganz, alisando una servilleta de papel con sus elegantes dedos, miró sus uñas verdes, color de moda, y lanzó una carcajada. Que pensaran lo que quisieran. Si se le antojaba reír sola, reiría sola. ¿Acaso no estuvo llorando sola sin espantar a nadie? Muy distinto, diría Susana, reír en tu casa que afuera. El afuera, decidió, desde ese día sería su casa.

Se fijó en la hora y se preguntó por dónde continuar. ¿Al cine? Ni loca. Se había empachado de películas. Pensó en algo que la entusiasmara y la distrajera. ¡Eureka, el casino! Recordó que su auto estaba en el taller. Mejor, así evitaría otro choque.

"Se terminó considerarme una lacra."

Se terminó.

Después de pasar por el baño para descargar su vejiga de la diurética cerveza y de retocarse el maquillaje, se despidió de la mesera como si fuera su sobrina. La muchacha, habituada a las quejas y agradecida por la propina, le trajo una tarjeta del local en el que la clienta aseguraba haber comido el mejor sándwich de Buenos Aires.

El chofer del taxi, otro amoroso que la entretuvo de Las Cañitas a Puerto Madero con una charla interesantísima sobre la corrupción en los diferentes clubes de fútbol —deporte que solía odiar—, también le dio un imán con los datos de la empresa.

El mundo se había convertido en un parque gigantesco y ella en una adolescente curiosa y temeraria.

Habían estado con Kurt en Mónaco hacía añares, pero nada que ver con el Casino Flotante que la recibía como a una hija pródiga. Además en Mónaco habían accidentado a Grace Kelly, seguro que por orden del gordo Rainiero. Su mujer —actriz predilecta del genio del suspenso— fue la verdadera princesa de ese principado de

juguete. Había vuelto a ver *La ventana indiscreta* en sus festivales privados de cine retro con Susana, y había reafirmado su convicción: la elegancia y la belleza de Grace eran superiores a las de Joan Fontaine, a quien su madre idolatraba por haber protagonizado *Rebeca, una mujer inolvidable*. Y por esa rubia deslucida le había endilgado aquel *first name* que ella sufría aún como tatuaje fallido que se desea ocultar.

Innegable el buen gusto de Majo, pensó mientras cruzaba la amplia chalina tornasolada sobre el hombro derecho y se contemplaba en uno de los cristales. Ahí recordó que todavía estaba en la bolsa el libro que su hija le había regalado junto con el foulard que combinaba a la perfección con su conjunto de pantalón y chaqueta color tabaco. Obsequiar dos cosas significa considerar insuficiente uno de los obsequios, pensó.

"Martes no te cases ni te embarques", decía el refrán. Pero ella no iba a casarse, y nadie se embarca en nave que no abandona puerto…

Un placer la alfombra. Sobre ella flotaban sus botas de tacos altos. A pesar de ser una mujer de estatura conveniente, por Kurt y su metro noventa —achicado a ochenta y cinco, por la edad— había adoptado los incómodos tacones que a los veinte vaya y pase, pero a los sesenta… Prometió comprarse un par de chatitas similares a las de Delfi. La invadió el orgullo al evocar a su nieta, tan linda y juiciosa, a la que Majo, siempre mirándose el ombligo, no comprendía.

¿Punto y banca o ruleta?

El pálpito estaba en los números. Iba a apostar unos cuantos plenos y después descansaría un rato en las tintineantes maquinitas anestésicas.

En los templos que convierten el dinero en fichas y a los ocasionales compañeros en acólitos de una misma religión, el presente es rey. Arremetería sin planteos morales. Que Kurt dilapidara la plata en putitas, y ella en lo que la alegrase. Recordó los viajes a la costa atlántica con un grupo de amigos para tentar fortuna en el Provincial o el Hermitage y la noche aquella, sin viento ni luna, que bajaron las tres parejas a la playa. A ella no le hacía gracia caminar por la orilla, sandalias en mano. Decidió sentarse en una roca para aguardar el regreso de los que, quizá,

seguían la estela de espuma en la oscuridad sin notar su ausencia. Creyó que era un extraño quien la tomaba de atrás, y pegó un grito. Por suerte los otros estaban lejos. El primo de Kurt la apretó contra su cuerpo. Se besaron y lamieron a los apurones y ella, si no fuese porque la aterraban los escándalos, habría aceptado regresar con él al hotel y meterse en cualquier cuarto para hacer el amor o ahí mismo, en la boca rugiente del balneario desierto. Desde entonces se reprochaba sus remilgos. Qué no daría por resucitar al posible amante —fulminado por un aneurisma— con el que había coqueteado durante décadas, sin animarse a realizar su deseo. Finalmente se había desquitado en Cuba, con uno de esos fortachones bruñidos que ofrecen servicio sexual a las turistas. Había hecho ese viaje con su hermana, lectora de la Biblia, que cenaba en el hotel y se zambullía en la cama. ¿Puede ser considerado traición un desfogue de cincuentona melancólica? Gajes del oficio para el mulato que la abordó a la salida de la Bodeguita del Medio. Y para ella, un souvenir que no tendría lugar en ningún estante…

El juego, entretenimiento para los medidos y perdición para el resto de los mortales, pensó Queca, contemplando los semblantes tensos de los que deambulaban por el casino. El pobre busca salir de pobre y el rico afila el vicio como quien prepara la flecha para salir de caza y termina cazado por la posible presa. Su *alter ego* repetía el sonsonete de Majo, que odiaba los casinos y a los bebedores y a los fumadores y a los dilapidadores y a los ricachones egoístas… Y quizá se odiaba a sí misma por no haber nacido pobre y huérfana.

Iba bien al principio. Y no se trataba de suerte de principiante.

Con fichas de cien coronaba sus números favoritos alentada por un fugaz scotch en las rocas que una camarera, figurita de *Playboy*, le renovó a pedido de un caballero que, al igual que ella, apostaba fuerte y sin darse respiro. También él está fuerte, se dijo, asombrada de haber aceptado el convite que recompensó con sonrisa social y leve inclinación de cabeza.

Se desafiaban, excitados, mirones, al tiempo que acrecentaban las apuestas. Dentro de Queca bullía una historia de amor cuyo valor, al igual que el dinero, podía ser barrido por la realidad.

El desconocido le señaló una pila de fichas, se tocó el pecho con el índice y realizó un gesto inequívoco: se las estaba ofreciendo.

Lo contempló desafiante, erguida: en esa pose volvió a ser joven y desprejuiciada.

Una sabiduría antigua le hizo desistir la oferta con elocuente mirada de quien conoce el tire y afloje de la seducción. ¿Cómo terminaría el flirteo si ella iba más allá de un modo de matar el tiempo mientras la bola giraba en la ruleta?

Queca hizo un ademán de espera al cincuentón de ojos voraces y nariz romana antes de marchar a la caja tal como había visto avanzar a la gerente del salón de belleza que prometió quitarle canas, arrugas y desidia.

Una mujer de vestido rojo, fanática del azar y de los brazaletes, le guardaría la silla. “Por suerte es fea y vulgar”, se dijo, con el temor de que él sólo se fijara en el descomunal escote de la que coronaba números como si decorara una torta con merengue.

Entregó los billetes al robot que atendía la caja. Necesitaba combustible para seguir cabeza a cabeza con el de espalda amplia y ambo de buen corte que volvió a asociar con el mulato de terciopelo en playas del Caribe.

Las luces del cielo raso del casino eran estrellas habaneras y ella, una ávida hembra que anhelaba ser servida por el mejor de los padrillos. Su luna interior aún vagaba, altanera, sobre el mar caliente de sus deseos, y aunque esa mesa le resultara adversa, no se movería de ahí porque quien le había mandado el trago tampoco abandonaría su puesto. Tuvo esa certeza. La confirmó al regresar y verlo imperturbable mientras barrían todas sus fichas.

A Queca le dio un vuelco el corazón, ¿y si por la mala racha se viera obligado a irse? Pero no. Impertérrito, él respondió a la voz de “hagan juego, señores” apostando al número dos.

Queca ya no espiaba el desfile de mujeres jóvenes y provocativas. Su amasijo de rencores fue ahogado con el segundo trago invitación… del anterior quedaba un cubito de hielo.

Alguien la consideraba. Alguien que no pasaba los cincuenta. Alguien.

Siguió prendida al tapete y al vértigo de la ruleta que se empeñaba en defraudarla. Con el acierto del medio pleno fue durando hasta que no le quedó resto.

Revisó a tientas su cartera. Tocó tarjetas y monedas. Se le esfumaron las personas y las ganas de continuar el absurdo romance

lúdico.

Abatimiento. Mareos. Dolor de espalda. Los pies protestaban dentro de las botas de caña alta. Un espejismo el romance. Un espejismo la sensualidad. Anheló su cama y la amplia pantalla por la que entraba como aquella ingenua pueblerina de *La rosa púrpura de El Cairo*.

Lo real era la fecha en su partida de nacimiento. Las arcas a punto de colapsar. Y la obsesiva venganza que se le venía en contra cada vez que la olfateaba.

Sin despegar los ojos del piso se dirigió a la salida. No mirarlo. Desconocer su reacción al verla partir. Desconocerlo. Desconocerse.

Agradeció el aire fresco nocturno y el viento reparador.

Imposible subir a un taxi con la billetera en cero.

La única alternativa, ponerse en la fila del transporte que el casino ofrece a los clientes que tocan fondo.

Arrebujada su desolación en la inmensa chalina, no lo vio hasta que oyó la bocina y él bajó la ventanilla del auto.

—¿Adónde vas? —Y, sin esperar respuesta, agregó—: Te llevo adonde quieras. ¿Subís?

Queca se deslizó por la puerta del acompañante sin pensar que podría llegar a ser una más de las tantas mujeres ultrajadas y asesinadas. Tampoco pensó en la soltura de él, propia de quien sabe cómo atrapar a la que ha echado el ojo.

Tiesa en el asiento, agradeció que la hubiese salvado.

Él se rió.

—No te salvé de nada. Solamente te seguí. Me resultó muy grato el duelo con una dama que, recién a lo último, perdió el control. Comprensible. A quién no le sucede.

—Es verdad —se disculpó—. Fue un error no corroborar cuánto dinero me quedaba. Quise seguir tu ritmo, una torpeza cuando las reservas se terminan.

—No es solamente una cuestión económica. El casino suele convertirse en un monótono solitario con barajas si se entra en la rutina. Pero, cuando cada estocada del contrincante es la del alma gemela, ganar o perder pasa a ser irrelevante.

—¿Una burla?

—¿Por qué a la defensiva? En cuanto diste vuelta el hielo con tu dedo, me sentí tentado. Y más me tentaron tus ojos huidizos. Sólo logré que los fijaras en mí cuando te envié un whisky, después de averiguar con la camarera cuál habías pedido. No soy de imponer mis gustos. Y menos a una mujer de mundo.

—¿De dónde esa deducción?

—No soy un adolescente. Y sé reconocer a quien se me asemeja.

—Almas gemelas. Semejanzas. ¿Un vistazo y ya? Ni siquiera sabés quién soy.

—Perdón. Damián Tucci —giró la cabeza hacia ella, aminoró aun más la lenta marcha y silabeó—: encantado de conocerte.

—Rebeca Ávila —dijo como si recién la bautizaran y sin asociar su nombre a nada que no fuera ese instante.

Queca admitió para sí que el detestable apodo o diminutivo no era digno de ser pronunciado. Cuando conoció a Kurt carecía de identidad y de reflejos que no fueran una copia de lo que el canon social marcaba. De repente se le reveló que su madre había acertado al elegir a un personaje de novela para dotarla de un destino quizá tan insignificante como cualquiera, pero con el elocuente bordado de la ficción.

Cerca de plaza Freud el Peugeot negro ingresó por el portón de estacionamiento de un edificio de pocos pisos.

Incapaz de emitir palabra después de los elogios de Damián, se quiso convencer de que sólo era una parada para brindar por el encuentro y charlar sin el entorpecimiento de semáforos y automovilistas. Después la dejaría sana y salva —según él— donde ella dispusiese.

—Suelo alquilarlo a turistas —dijo al encenderse automáticamente las luces del palier.

Abrió el departamento excusándose, tal vez oliera a encierro y pintura. Le había hecho algunas reformas.

Casado, pensó.

A cuántas habrá traído aquí, pensó.

¿Será de los que te duermen y te roban?, se preguntó.

Si no te queda un billete en la cartera, estúpida, se respondió a sí misma.

—No dijiste ni una palabra desde que entraste.

Él fingió no escuchar el comentario pueril de una mujer de su edad que, por indumentaria y modales, aparentaba haber experimentado docenas de amores y frustraciones.

Ella se acercó a una reproducción de Van Gogh, único cuadro del living, para hacer un innecesario comentario acerca del impresionismo.

Damián encendió el acondicionador de aire para refrescar el ambiente "viciado" y le ofreció asiento en un sillón Chesterfield de cuero. Esa acción cotidiana espantó las interrogativas y respuestas autoinfligidas. Entonces Rebeca se dispuso a gozar.

—Ya vuelvo. Estás en tu casa.

Entrecerró los ojos y recordó un consejo de la cosmetóloga: "Distenderse para que las facciones se ablanden y rejuvenezcan".

Deseó liberarse de las botas y estirar los dedos comprimidos porque los pies, quién no lo sabe, duelen en la cara.

Escuchó: Vivaldi.

Las inhibiciones sexuales cedieron y se pasó la mano por el pelo con la idea de que era de él la cabeza. Sintió que su cabellera estaba viva.

Dos copas de champán en una mano, y en la otra, la botella.

—Me encanta que estés descalza.

A Rebeca le vino a la mente Ava Gardner en *La condesa descalza*. Pero ella no era Ava Gardner ni condesa.

Damián apoyó las copas y el Chandon en una mesa de arrimo. Acercó una silla, se sujetó en el respaldo y con un zapato empujó el otro. Lanzó un suspiro de alivio exagerado que resonó en la habitación como un comienzo de orgasmo.

Rebeca aprobó su gesto, su sonrisa y la exclamación de desahogo preliminar.

Sus prevenciones se derrumbaron del todo cuando él se sentó a su lado y le propuso brindar por el número dos, el de la revancha en el casino.

—Y por nosotros dos, también una revancha.

Acercaron los cristales. Bebieron.

—Perdí. Casi siempre pierdo. Si gano, arriesgo. Y vuelta a perder —dijo, ansiosa por el beso que se estaba gestando en la mirada de él.

Aferraba la copa por el tallo cuando las bocas de ambos comenzaron un desafío similar al de la mesa de juego. Cada vez más alta la apuesta. Lengua. Dientes. Saliva. Pequeños mordiscos.

Laxos, los dedos dejaron que la copa se derramara y cayera sobre la alfombra. Y los brazos, ya hartos de no intervenir, al igual que las manos, buscaron el cuerpo del otro.

No podía adjudicarle al alcohol ese desesperado anhelo por quien la llevaba al dormitorio de la cintura, flanco a flanco.

—Sin luz —impuso ella.

—Sólo la que entra por la ventana —dijo él.

La ayudó a desnudarse de manera tan hábil y tierna que ella clausuró su rígido calendario invernal y pisó la pulpa crujiente del otoño como si caminara por la desnudez hambrienta de todos los veranos de su vida.

Clausurar el cenagoso territorio de la duda.

Clausurar el rencor.

Ella levantó los párpados, contempló la luz que se filtraba de la iluminación callejera y pensó que si se separaran él obtendría la distancia necesaria para contemplar la desmigada plenitud de quien estaba en su cama, y podría arrepentirse. Ella no se arrepentía.

¿Acaso sirve de algo el arrepentimiento?

Él apoyó su palma sobre la grupa de su amazona, la recorrió con mansa excitación y murmuró:

—Hermosa.

Ella se cubrió la cara con la almohada. Y, como si quisiera esconderse de sí misma, dijo:

—Soy feliz.

8

> "Daos prisa, más bien, a imaginaros lo que no digo de la voluptuosidad y belleza de las mujeres que nacen bajo un cielo de fuego, y que desfallecidas van, a la siesta, a reclinarse muellemente bajo la sombra de los mirtos y laureles, a dormirse embriagadas por las esencias que ahogan al que no está habituado a aquella atmósfera."
>
> DOMINGO F. SARMIENTO, *Facundo*

—No andamos bien, María José, quién lo andaría —había comentado Nerina con voz que ella supuso baja y que sonó a silbato soplado por un enfermo de los pulmones—. Acordamos que le llevaría el desayuno a la cama, pasadas las diez, para que después no se nos atrasase mucho el almuerzo, y a esas horas todavía remoloneaba. Pensar que antes, siete en punto, arriba, y a las ocho, limpias, contentas y cambiadas, tomábamos café con leche, tostadas, queso y mermelada casera de ciruelas, esa que a usted le gusta tanto y que preparo cuando es la época de la ciruela remolacha.

Después de escuchar por centésima vez la receta del dulce, que la familia debería seguir disfrutando cuando ellas ya no estuvieran, se quedó pensando si no eran fantasías de Nerina que, con su mal hábito de hablar en plural, mimetizándose con su patrona, confundía incluso a sus interlocutores más avezados.

Fue entonces que recordó aquella charla en el restaurante en el que la abuela, mejillas y mirada estimuladas por el vino blanco, le había contado que había vuelto a recibir la visita de Segunda Josefa, antepasada por la que todas las niñas de la familia que nacían en segundo término eran bautizadas, entre otros, con ese nombre. Quizá su fantasiosa abuela confundía lo real con lo leído y soñado. ¿Acaso los niños no tienen un amigo invisible? ¿Acaso no dicen que los viejos vuelven a ser niños? Pero también se habla de la sabiduría de la vejez, de la acumulación de conocimiento, de la renovación de las células, de la capacidad de estimular lo cognitivo a través de prácticas tecnológicas, artísticas, etcétera. Y su abuela, cuando no estaba conectada con el convento español, enviaba mails

a su hija mayor y a sus nietos residentes en Canadá o entraba a hacerse de amigos en Facebook o escuchaba música o se enfrascaba en lecturas de toda clase o miraba películas…

Majo fue a su dormitorio cavilando sobre sus propias fugas temporales, menos viajeras pero más rotundas, tal vez.

En la mesa de luz se apilaban, junto a un par de novelas, los sumisos gurús de la mente.

Agotada de leer en una incómoda butaca próxima a la cama varios capítulos que se referían a los cerebros de las personas ancianas, su mirada descansó en la portada de *Rebeca*, que aún no había ido a parar a un estante de la biblioteca sino que estaba ahí, velándola noche a noche, igual que Segunda Josefa a su descendiente. Igual que la siniestra ama de llaves de Manderley a la nueva mujer del amo. Tal vez, en El Gato Negro, ella había descubierto que era una mujer romántica, tanto o más que las mayores de la familia. Incluso había traducido el inicio de *Rebeca* para escuchar el sonido original de las palabras, sonoridad voluptuosa engendrada por Daphne du Maurier.

> "Last night I dreamt I went to Manderley again. It seemed to me I stood by the iron gate leading to the..."

Su memoria falló y Majo regresó a una realidad distante de la mansión en la que una joven inexperta centra su vida en la aprobación de Maxim de Winter, el viudo que la ha desposado.

Pensó en la Riviera francesa. Pensó en guantes y en sombreros. Pensó en vestidos de satén negro y collares de perlas. Pensó en besos desiguales: hombre mayor, adinerado; muchacha pobre y sin experiencia. Igual que en telenovela de la tarde. ¿Qué diferencia había entre aquellas insulsas damas de compañía y su labor de socióloga en la sección de estadísticas?

En una sociedad desigual, reflexionó, el acercamiento entre desiguales es infrecuente. Los poderosos se buscan entre ellos, y si salen de su medio es para buscar a alguien de fama y entrar, entonces, en la ridícula lista de ricos y famosos. "Socióloga, ¿qué estupidez es ésta, hija mía?" Su padre, aunque ella había accedido a un puesto alto y su sueldo era bueno, aún le hacía bromas acerca de

su trabajo y sus puntos de vista sobre los comportamientos sociales.

No le gustó olvidar el tema central de su preocupación: los delirios de la abuela.

No le gustó ver la cama todavía sin hacer.

No le gustó acordarse de que la santiagueña bonachona —lo opuesto al ama de llaves de Manderley— ahora venía a hacer la limpieza dos veces por semana.

No le gustó que el reloj anunciara las siete de la tarde, de un momento a otro iban a llegar Ricardo y Delfi… si es que su hija ya no estaba encerrada en su cuarto.

Ella había salido a la oficina sin desayunar, culpa del despertador que olvidó poner en hora, y se estaba haciendo un mundo por las excursiones nocturnas de una anciana en vez de preocuparse por sí misma, que no había logrado recordar que los miércoles nadie dejaría preparada la cena ni pondría orden en la casa.

Estiró las sábanas, la colcha, y acomodó almohadas y almohadones. Guardó el blister de sedantes y los analgésicos en el cajón de la mesa de luz. Levantó diarios y revistas… Ricardo los dejaba en el piso antes de dormirse maldiciendo la economía.

El vaso con agua de anoche tenía burbujas, ¿significaba algo bueno o malo? Tenía claro que algo maligno bullía en su engañosa transparencia y que ella sólo la utilizaba para regar la planta que encontrara camino a la cocina.

Se despojó de los tacones, abandonó sobre una butaca su falda recta, su blusa, su cinturón, y contempló esas prendas como si fueran su *alter ego* provocativo.

Con jogging y zapatillas fue al baño.

Tiró aros, cadenas y anillos sobre la mesada de la pileta, se sujetó el pelo sin mirarse en el espejo, se lavó las manos como para despellejarlas y se dispuso a enfrentar los misterios del freezer, la heladera y las alacenas, con la esperanza de obtener una respuesta salvadora. Si no la hallaba, apelaría, como otras veces, al delivery de pizzas y empanadas.

Tomates. Tallarines. Queso de rallar. Ajo. Aceite de oliva. Albahaca.

Qué placer armar una comida rápida mientras se le da unos sorbos al tinto y se le echa un chorro a la salsa. Acciones sanadoras, si las hay, se dijo, amable consigo misma y con el mundo.

No encendería la radio, hábito indispensable durante la acción de picar, rallar, condimentar, guisar, freír, hornear… Haría de cuenta que ella, como la abuela, tenía a alguien imaginario con quien revisar y recrear su vida. Se dio cuenta de que, al tomar la copa por el tallo, se le representaron una figura masculina, una mesa pequeña en un rincón oscuro de un pequeño restaurante, mantel a cuadros, vela encendida en el centro y dos manos, la de ella y la de él, un él sin cara, como la de algunos cuadros en los que se podían inventar verdades absolutas.

Estúpida, se dijo, por poco se le quemaba el tuco.

A tiempo, murmuró, al agregar más tomates triturados y un toque de oliva y pimienta negra.

—Qué rico olorcito. ¿Alguna novedad? —Beso en la mejilla, comentario sobre el día de mierda en la compañía, suerte de estar ya en casa, ducharse, y a la mesa.

Majo sonrió al responder:

—Nada en especial. —Comentar cualquier hecho provocaría una discusión, una explicación, una analogía.

Siempre algún anuncio inquietaba a Majo, o tal vez la inquietud provenía de la persistente ausencia de lo nuevo. Llegado a ese punto de equívoca explicación, se ponía a la defensiva y recordaba una muletilla de su marido: "¿Con los problemas graves que tengo vamos a arruinar una buena comida con una charla desagradable?".

—¿Y Delfi?

—Debe de estar en su encierro. ¿La llamás, por favor? Golpeé hace un rato y escuché música. Cada día más hosca nuestra muñeca.

Odiaba que se ablandara la pasta. Fue retirándola del hervor de la olla, bien *al dente*, para pasarla a la sartén honda en la que borboteaba, ansiosa, la salsa.

El proceso de concretar uno de sus platos preferidos le provocaba escozor sexual. Se imaginó con el camisolín que aún no había estrenado y a Ricardo que, sin consultar las páginas

económicas ni encender su programa político nocturno en televisión, comenzaba a hacerle el amor como antes de convertirse en un autómata de la frustración.

Figurarse a su hija con el chico de la librería y a su madre con "un señor de lo más galante, ya te voy a contar", la sublevó. Si hasta su abuela escuchaba historias de mujeres que se freían en un guiso de siestas ardientes.

La licenciada María José Ganz, metida en áreas virtuales de estadísticas difundidas, desmentidas, alabadas y atacadas, fría operadora de un sistema de números falibles, se merecía una reparación carnal y afectiva, pensó enrollando fideos en un tenedor.

—No está. ¿Llamó, por lo menos?

—Me fijo. —Tomó su celular, revisó las llamadas recibidas y mordió su respuesta—: Desde que sale con ese flaco cara de nada…

Ricardo levantó el teléfono de línea. Tres mensajes en el contestador, ninguno de Delfina.

—Llamala.

—Llamala vos. Con su papito es menos agresiva.

—¿Y si cenamos primero? Ahora estamos tranquilos. Si viene tarde, que ponga su porción en el microondas y listo. ¿No era que la mocosa quería privacidad?

Antes de ir a la mesa, mientras ella echaba albahaca fresca en la salsa, Richard la tomó de la cintura, se frotó contra sus nalgas, y las alabó.

La complació el comentario sobre necesarias escapadas al campo, al mar, a la montaña.

Ricardo levantaba los platos y ella enjuagaba lo que iría al lavavajillas. El Malbec y el sardo rallado grueso los habían incitado a terminar la botella de vino. Mareo excitante. Excitante compaginación de acciones para finalizar la tarea doméstica, ir al dormitorio y recuperar algo de lo que creían adormecido.

Lamentó haberse puesto el gastado conjunto deportivo, resabio de la Majo de otrora.

Bañada y perfumada, consciente de su cuerpo bello y demandante, dejó de lamentarse.

Exhibió su desnudez sobre las sábanas para alertarlo. No

permitiría dilaciones gráficas ni televisivas porque sabía cómo terminaban: un rapidito, beso, que descanses, hasta mañana.

Ver expuesto el reclamo de su mujer lo envalentonó.

—Dejá que te vea un rato.

—Así —imitó la pose de “La maja desnuda”.

—Perfecta.

Iba a decirle desde cuándo me ves perfecta si últimamente sólo hablamos de nuestros defectos. Pero calló.

—De costado. También del otro costado.

Giró mordiéndose las ganas de gritarle que ya se había hartado de modelar para él. Enseguida pensó que quizá necesitaba darle tiempo. Muchos años de casados. Muchas frustraciones…

—Y ahora boca abajo. No hay nada como la curva de tu culo redondo, duro.

Se acostó sobre ella. Le apartó el pelo de la nuca y se la besó.

Conocían la manera de moverse de cada uno, el encastre justo para el clímax, la tensión en la parte interior de los muslos. Y esa escondida zona que guarda sedosidad de infancia y temblor de adolescencia masturbatoria.

Si era tan sencillo el entendimiento de los cuerpos, por qué solo se encontraban de tanto en tanto y como disculpándose de los memoriosos olvidos habituales. -

Recuerda que no ha tomado el inductor del sueño y que Ricardo logra dormir sin pastillas a pesar de sus preocupaciones.

Abre el cajón de la mesa de luz a oscuras, para no despertarlo. Tantea y reconoce el formato, saca una y muerde la mitad.

Oye ruidos familiares.

Delfi, felizmente, ya en casa.

9

"Nos sentaremos y contemplaremos cómo las nubes pasan por el cielo, oiremos cómo el agua acaricia las piedras y bordaremos y cantaremos juntas."

LISA SEE, *El abanico de seda*

—¿Delfi está enamorada y me lo decís con cara de velorio? Quién tuviera su edad. Yo que vos me alegraría. Mejor tener uno fijo que acostarse con varios y terminar violada en un boliche. ¿O vivís en otro mundo, Majo? —preguntó Rebeca que, desde la aparición de Damián, esgrimía su nombre como un blasón o tatuaje identitario.

—La que vive en otro mundo es la abuela —respondió con la intención de herir a su madre— ¿y vos ni te enteraste? ¿Te gustaría que de vieja te abandonáramos en manos de una delirante que habla en plural y acumula frascos de mermelada?

—La abuela dice que las visitas son inoportunas porque sus noches son cortas y sus siestas largas.

—¿Le preguntaste por qué son cortas?

—Los viejos duermen poco —se encogió de hombros—. Yo hace rato entré en la categoría de las insomnes, a la edad de la abuela no pienso llegar, así que demos gracias a Dios de que ella esté en su mundo y no fastidie como la madre de Susana, a la que todos los días hay que acompañar al médico por una u otra cosa.

—Tía Susana la cuida porque sabe que la necesita, que está realmente enferma, y no es egoísta como vos.

—¿Estás celosa de que tenga un amigo y me ocupe de mí? ¿Te gustaba más cuando estaba recluida, hecha un esperpento? —Se puso de pie para ir al baño y no flaquear delante de su implacable hija.

De chica Majo había reprimido sus emociones para evitar enfrentamientos. Difícil ser hija única. Y para colmo se había

convertido en madre de hija única. Tres generaciones de mujeres, sin contar a la abuela, que parecía haber retrocedido a una época distante para no aceptar, quizá, que irremediablemente somos hijos de nuestro tiempo.

Vio reaparecer a su madre con los ojos brillosos y el maquillaje retocado. Y le dio pena. Sin embargo le dijo, ceño fruncido, tono informativo:

—La abuela habla con una muerta.

—Hija, los muertos son como los maridos que te abandonan: no regresan.

—Vos en el centro de la escena, ¡qué raro!

—¿Ahora yo tengo la culpa de que la pobre vieja tenga alucinaciones? Te cuesta entender, hija, que tu "Iaia" comienza a evidenciar signos de senilidad —le echó una mirada de soslayo a la mesa bar, deseosa de un trago consolador.

—¿Gerontóloga? ¿Desde cuándo?

—Para vos tu abuela siempre fue un oráculo infalible. Y ahora sus tonterías te desorientan. Si tu psicóloga no lo resuelve, me ofrezco como confidente. Todavía no estoy senil.

—Tener novio no te hace más sabia, mamá. ¿Olvidaste tu loco cumpleaños que terminó con una mina reventada en la vereda? ¿Y tu loco y largo encierro en el departamento del que saliste para enganchar al primero que se te cruzó? Papá y vos se disfrazaron de pareja ideal mientras la abuela se ocupaba de nutrirme en todos los sentidos. Quisiera saber quién es el tipo para el que te producís. Siempre los hombres. Antes, según tu versión, ibas a Europa para complacer a papá —ensayó una voz quejosa para decir, imitando a su madre, treinta años atrás—: "No llores, Majito, dos meses pasan volando, si fuera por mí no iría". ¿A quién se le ocurre creerle a un jugador? Y encima subir a su auto porque no tenías ni para tomar un taxi…

Bajó los párpados para huir de su rencoroso discurso y de la imagen de su madre, desnuda, haciendo el amor. Cuando los abrió, la vio de pie, frente al ventanal, hombros y brazos echados hacia atrás, las manos unidas, tal vez para brindarle a su hija una espalda dispuesta a no claudicar.

Le habló a la que miraba la calle, o a ella misma, con inusual tono amable:

—Voy a hacer café. ¿O preferís té?

—Lo que hagas.

—Café, entonces. Cortado con leche fría, como te gusta.

—Si no te enoja, en vez de leche, lo cortaré con unas gotas de coñac.

—Perdón. Estuve mal.

Majo la oyó responder por lo bajo algo que no sonaba a reproche. Indudable, tener un amor la había favorecido. Vista desde atrás podría pasar por una mujer joven.

Con sus celos apretándole las sienes, fue a la cocina.

Los hábitos cotidianos le trajeron el recuerdo del día en que pudo filtrarse, detrás de Susana, en la guarida irrespirable de su madre para vaciar el cesto de residuos colmado de botellas y cajas de pizza y lavar la vajilla amontonada. Susana había puesto una película para que Rebeca no oyera los ruidos, pero en un momento desaparecieron las voces en inglés y escuchó la de Susana reprochándole a su madre la falta de voluntad. "¿Acaso yo no tengo conflictos en mi familia? En la sala de espera del ginecólogo una vez me confesaste que te alegrabas de que a Kurt uno de los nuevos remedios le impidiera la erección, así se le quitaban las ganas de florearse con las chicas del gimnasio."

Con el eco de aquellas palabras, Majo preparó la bandeja con el café. Ambas merecían una tregua de café, chocolates y galletitas.

La encontró sentada, hablando por teléfono. Imaginó con quién por la manera rápida en que se despidió.

Cuando Rebeca se levantó para ir en busca de la botella le surgió la convicción de que ella se había casado con Richard para fastidiar a su padre. "Es un carilindo fanfarrón, ¿de qué empresa me estás hablando, hija? Los que roncan ahí son el abuelo, el padre y el hermano mayor."

La verborragia materna en la que entraban moda, bótox y lifting la llevó a pensar en su abuela abriéndole la intimidad de su cuarto a una dama del siglo XIX. "Segunda Josefa me ha contado con lujo de detalles lo que padecieron las hermanas solteras del general y su sufrida esposa por las noticias que llegaban a oídos de la sociedad porteña. En las reuniones no se hablaba de otra cosa que de una española, amante del general Necochea." ¿Qué no daría Majo por vivir una pasión semejante?

Segunda parte



10

"Cómo fue, cómo sucedió… Quién lo sabe, nadie sabe la historia real…"

ÁLVARO ABÓS, *La búsqueda del tesoro*

Herminia esa tarde no hizo siesta. Estaba impaciente por releer lo que había escrito después de consultar por Internet temas relacionados con el general Mariano Necochea, hombre del que se estaba enamorando sin saberlo.

En su larga vigilia, que acababa con el alba a causa de las apasionantes historias que su antepasada bordaba con voz suave, cantarina, venida de otro mundo, ella comenzó a pensar en quien la difunta Segunda Josefa llamaba, con admiración despectiva, "la española". Y se preguntó, en el instante de esa revelación, si estaría traicionando a su marido con un muerto. Ambos hombres, aunque en diferentes épocas, fueron sepultados y llorados. Con honras diversas, pero honras al fin. Y al encenderse ella por los huesos de uno u otro, los igualaba y convertía en rivales. Se lo contaría a Majo, había comprobado que en los ojos de su nieta se encendían fuegos similares a los de Segunda Josefa, fantasma de su sangre que había decidido abandonar la calma de la eternidad para entretener a una vieja con su sabrosa verba.

A Herminia no le importaba tener las carnes colgando de los huesos, ni el rostro arrugado, ni el impertinente reuma que se empeñaba en lacerarle las articulaciones y el humor. Total, de joven ella había sido bella y respetable. Pero venía a darse cuenta, en sus ochenta y tantos llevados a su aire, y gracias a la visitante nocturna de blondas y camafeo, que el exceso de respetabilidad —visto desde su larga experiencia— era cobardía pura.

Cavilando sobre virtudes y pecados se le cerraron los ojos.

Estaba cabeceando un dulce sueñito de patios y pajareras cuando Nerina, a pesar de verla dormitar, le anunció que estaba lista la merienda.

Alzó la cabeza, sobresaltada, y calló su enojo: las dos estaban

viejas, pero peor Nerina, que no cesaba con su cantinela de volver al ritmo anterior.

—Ya voy, mujer —dijo, reprimiendo un bostezo—. Hoy la tomaremos en la cocina.

—Pero si tenemos todo dispuesto en el comedor de diario.

—Hoy se me ha antojado en la cocina.

A Nerina le preocupaban esas conductas extrañas de quien solía calcar un día del otro. Ahora, vuelta a levantar lo que dispusiera con esmero cotidiano: mantel y vajilla de recibir. Mejor gastarlo o romperlo, aseguraba doña Herminia desde la vez que, después de enviudar, quiso repartir entre sus hijas gran parte de su ajuar de bodas y ninguna de las dos aceptó los juegos de té de noventa y seis piezas ni las sábanas de hilo vainilladas por las monjas ni las ollas y sartenes de hierro, herencia campestre, ni los cubiertos de alpaca en sus cajas forradas en seda ni las copas talladas de pie alto y delgado que, por usarlas, se iban rompiendo. Seis de un saque cuando se cayeron como naipes sobre la bandeja que portaba Nerina, y cuatro cuando ya en la mesada de la cocina ella misma se dispuso a lavarlas, culpa de sus dedos artríticos que sostenían sin sostener y chas, polvo de estrellas que en el mosaico hacían crac, crac, debajo de sus pies, y por un instante imaginó que ése era el ruido de ruedas rodando por la tierra reseca del carruaje en el que iba Pepita Sagra. Ella habría podido ser como la audaz española que no se anduvo con remilgos de señora casada y tuvo en su cuerpo al hombre que llamaban con admiración, envidia o desprecio “el general romántico”. A decir de Segunda Josefa, ancestro espectral, cuando llegó a oídos del marido de Pepita que su mujer lo engañaba mandó encerrarla en un convento. Y que Mariano Necochea intentó una noche trepar sus muros con tan mala suerte que cayó sobre arma enemiga. Quizá su éxito con las mujeres tejió la historia de que había resbalado de culo antes de alcanzar el cielo de la entrepierna femenina.

Herminia se dijo que ocultaría sus papeles en un cajón del escritorio y guardaría la llave en el bolsillo de su bata, no fuera a ser que Nerina, maniática del orden, los pusiera en cualquier sitio y ambas les perdieran el rastro. Con sonrisa resignada pensó que los objetos, más rápidos que una, juegan a las escondidas. A ella le fastidiaba esa claudicación de la memoria, pero tenía su desquite en

noches de remembranzas y proyectos.

Leyó para sí los papeles copiados de Internet antes de ponerlos a resguardo de Nerina:

Al general Mariano Necochea, lugarteniente de San Martín, héroe de la Independencia, Gran Mariscal del Perú, la lentitud del correo le marcó el destino.

Cuando llegó la carta en la que su madre y su padrastro le hacían conocer su voluntad, Mariano ya había embarcado rumbo a Buenos Aires. El tutor, preocupado por la proximidad de la guerra con Francia, y sin noticias de Buenos Aires, había decidido poner a salvo a su pupilo. En la carta que llegó tarde, a Mariano se le ordenaba alistarse en el ejército del rey, ejército contra el que, poco después, lucharía.

Hijo de familia próspera, relacionada con la mejor sociedad, Necochea tuvo acceso a todos los salones. Seducía con su porte y charla; pudo haber elegido el ocio de una vida mundana, pero abrazó la causa americanista y siguió a San Martín.

Se casó por poder con María Dolores Puente; la relación de ellos sería más epistolar que física, pues las ausencias de Necochea eran de años y no de meses.

La vez que San Martín, por haber recibido una herida en el brazo, no pudo escribir, Necochea escribió por él el famoso parte del combate de San Lorenzo.

En su vida accidentada, y por su propensión a la galantería, se le adjudicaron aun más romances de los que tuvo. Fue en Chile —después de triunfar en Chacabuco— y en medio de la batalla el encuentro con Josefa Sagra.

Ella había ido a visitar a su marido, el jefe realista, y fue sorprendida por unos bandoleros: Necochea la defiende. Ambos sospechan, a partir de aquel momento, que se volverán a encontrar.

Cuando Morgado se entera de la infidelidad de Pepita, la recluye en un convento. Necochea escala los muros. En una de esas visitas nocturnas, los secuaces del coronel español lo hieren y, a causa de sus heridas, Necochea se ve impedido de intervenir en la batalla de Maipú. Tiempo después, sin rencores, Necochea salvará a Morgado de morir en una emboscada.

Pepita Sagra llega a raptar a la pequeña hija que el general Necochea añoraba, con el fin de hacerlo feliz. Pero él le ordena devolverla a la madre. Cuatro veces Pepita cruza la cordillera a lomo de burro. Para ella, como para su Mariano, el peligro no representa un obstáculo.

Necochea, cuando tuvo que enfrentarse a Bolívar, lo hizo, y finalmente el Perú lo reconoció como a uno de sus grandes hombres y le rindió honras fúnebres de presidente. Sarmiento, allá en Chile, al enterarse de la pérdida, dijo: “Su mérito como guerrero fue tan grande que sólo San Martín y Bolívar pudieron ser superiores en el campo de batalla. Los laureles que dan sombra a su tumba son los de Chacabuco y Junín; el nombre de Necochea es digno de inscribirse dentro del círculo inmortal que comienza y termina con tales nombres”.

Las cartas de su hija lo hicieron abuelo, no el contacto amoroso. Y una carta lo hizo viudo, al morir María Dolores Puente.

Supo que en su patria lejana lo ponderaban, ponderaciones de la letra escrita, halagos epistolares. Pero otros documentos iban y venían: reclamos, herencias, reproches…

El té de tilo que le dejaba Nerina, al igual que otras tisanas, le hacían ir al baño más veces que las habituales, y corría el riesgo de

espantar al fantasma de su difunta antepasada. Si se acordaba, Herminia lo vertía en el inodoro, mejor no enojar a su servidora. Pero prefería sus refunfuños antes que ser desatenta con quien se tomaba la molestia de ventilar noticias vetustas con gracia actual.

Esa noche estaba más excitada que de costumbre. Después de memorizar las páginas impresas y subrayadas tendría la oportunidad de hacerle preguntas a Segunda Josefa. Quizás hubiera algo maligno en la dama de luto hirviente que le posibilitaba cruzar la cordillera de los Andes con renovadas piernas firmes. Mucho debió de añorar su general a ese único fruto, engendrado en una Puente. ¿Delito raptar a una criatura? Ella, al igual que Pepita Sagra, conocerá el filo de las cornisas, los acechos de la intemperie, los intersticios de la pasión prohibida. Y arribará a la certeza de que no existen certezas. En los senderos de las batallas nadie es uno solo y cualquiera puede ser declarado culpable por sus antiguos compañeros de armas. ¿Quién dijo que es mejor lo fácil? Herminia, en la epopeya de la vejez, agradecía que Segunda Josefa le hubiese otorgado el don de vivir en el cuerpo de Pepita, mujer que en lecho con baldaquino o en catre de campaña pide que él la monte, la muerda, la alivie y la aproxime a sí misma como jamás Morgado se atrevería. Es su doncella y su amante, su hija y su madre, su puta y su macho… Ella, en la plaza interna de su españolidad, despojada de jinetes, caballos, banderas y compatriotas, danza desnuda para el general Mariano Necochea.

El sueño, esa exacta sexta parte de la muerte, según los rabís, fue llegando en puntas de pie.

Nerina se asomó. La blanca cabeza de doña Herminia reposaba en dos almohadas de pluma, las correctas para sus pulmones débiles. Vio las sábanas quietas hasta el cuello y la figura yaciente de su señora que, por fin, descansaba.

Se retiró rezando por lo bajo, no fuese a despertar otra vez con la costumbre patas arriba. A esas alturas no era conveniente andar de la ceca a la meca sin reposo.

No hay tiempo para dejarse estar en la molicie del sueño, cavila Herminia, cuando sólo faltan las leguas finales del descenso y dejar atrás la pared montañosa y subirse al puntual carruaje. Cabeceará en el traqueteo mientras avanza hacia el primer destino. Allí se lavará, cambiará las ropas derrotadas por el polvo del camino y

comerá: actos cotidianos que se engrandecen en la carencia. Añora un plato de buen guiso y un jarro de vino. Tampoco le haría ascos al aguardiente que arde y estremece como su Mariano en ella. Ay, cuánto pagaría por ser sólo de él y no del marido que su familia le impuso.

Segunda Josefa, voluminoso espectro en la reposera del dormitorio de su descendiente, hermanada por la sangre que ya no es y la que todavía es, relata antiguas peripecias del viajero que depende de las bestias para trasladarse. Por su parlanchina boca de dama patricia desfilan bueyes, mulas, burros, caballos y las benditas ruedas que, como la vida, si detienen su girar, indican una tregua en el camino o el final de la ruta… Herminia, ya en la piel de Pepita, no la escucha. A poco de arribar a la posada toma la jofaina y sin temerle al frío se entrega al bienhechor contacto del agua que corre por sus pechos y llega hasta los labios de ahí abajo, donde él sabe besarla como si la besara en la boca.

La última vez que Ramiro de las Casas visitó mi lecho, era noche de luna llena, le confiaba Segunda Josefa. Noche clara que inspiraba confianza y disipaba sombras y temores, diferente de la de chirridos de faroles que presagiaban desgracias. En plena tormenta oyó el galope de la cabalgadura. Se dijo que era una figuración enferma de sus deseos pero, cuando se asomó a la ventana y vio a su arrojado jinete, corrió descalza hacia la galería y salió a la intemperie. Ráfagas de agua la empaparon para igualarla a él, que tiritaba. Aquella noche de luna llena, luego de hacer el amor mirándole la cara, él se despidió para siempre. Un año después se enteraría de que había contraído matrimonio con una joven de familia adinerada. ¿Para qué iba a querer a una que ya tuvo marido y en años de matrimonio no trajo al mundo varón ni hembra?

¿Escuchas, Herminia? ¿Me escuchas? Y si no la escucha mejor, se dice Segunda Josefa, que ha rescatado de los arcones del siglo XIX a su único amor, que bastante fue recibir la admonición del sacerdote en el confesionario, a quién si no le iba a contar que el viudo calvo y obeso que la había desposado cuando recién se hinchaban sus pezones la sometía a un sexo vil que jamás daría frutos en su vientre. Huérfana de padre y madre, fue criada por una abuela severa que la dio en temprano matrimonio a un viejo que, si ella no amansaba el ojo apretado por las nalgas, la molía a

rebencazos. Así pasó su juventud, arrodillada en el lecho matrimonial, clamando la piadosa muerte. Recién a los nueve años de haber jurado fidelidad a quien la triplicaba en edad, se le iluminaron el rencor y la venganza. Pidió entonces volver a la heredad abandonada a su suerte. Añoranza por la casona de la abuela, se justificó cuando su marido le preguntó a qué ir. Pero, como en el último ataque sexual Segunda se había entregado sin quejas ni llantos, él decidió premiarla. Sólo ella y los peones de otrora conocían el pozo en la linde con el campo vecino. Apenas pusieron pie en tierra ella comenzó a correr como niña traviesa y a gritar, ven, ven. Se había embellecido para el paseo y él, halagado por los ademanes incitantes de su esposa, la seguía bufando. Faltaba aún para arribar al sitio en el que de pequeña había visto hundirse a un ternero cuando don bola de sebo, su odiado señor de levita de paño grueso en pleno sol de verano, llevó ambas manos al pecho y se desplomó. Para Segunda Josefa esa muerte a cielo abierto fue un crimen, ¿acaso no había planeado abandonarlo en el pozo hasta que diera el último suspiro? Vagar por los tiempos era un modo de expiar su pecado.

¿Me escuchas, Herminia?

Sí, la escucha, sólo de a ratos. Ella, por la ventana del coche que la conduce a la ciudad en la que mora la esposa de su Mariano, contempla el cielo que comienza a mancharse de rosa. El hambre le causa dolor en las tripas, pero ese dolor se calma con las galletas que lleva en su bolso. No así el de la lejanía del hombre que pertenece a otra. Olvida en ese instante que ella también, ante Dios y la gente, comete adulterio. Ah, las palabras, qué ridículas suenan si se las compara con la devoción del amante. Una figura camina por el campo en dirección al poblado que se avista a la distancia pero en el que no se detendrán porque llevan prisa. El abrigo del caminante se hincha en la espalda a causa del viento. ¿Y si esa móvil criatura fuera Pepita Morgado? Herminia compadece a la española, ardua tarea la de robar a una niña pequeña. Y compadece a Segunda Josefa, condenada a errar por un asesinato del pensamiento que nunca se concretó. Herminia, hundida en su duermevela, a veces se convierte en Pepita Sagra, pero, si la mente esquiva ese ensueño, ella sólo es una mujer que, ávida por huir del lastre de su humanidad enferma de vejez, aguarda a la que

deambula por la eternidad desde su cumpleaños cuarenta y cinco. Hasta eso tienen en común, ya que a esa edad Herminia había enviudado del médico que le enseñó los malabares del amor conyugal, porque otro tipo de amor no había conocido, salvo al encarnar en la piel de la española o en el de otras heroínas ardorosas, momentos luminosos que la transformaban en una mujer audaz. A partir de la primera visita de su antepasada, el arduo tránsito de arribar al día siguiente con idénticos achaques se fue acortando. Al igual que el miedo.

De miriñaque y de mantilla, Segunda Josefa se balancea apenas en el sillón hamaca del dormitorio. En ciertas ocasiones ese ir y venir de la dama adormece a Herminia que, como Alicia en el País de las Maravillas, se desliza hacia otra existencia. Noches atrás tuvo la oportunidad de conocer un reñidero de gallos, sitio del que le hablara Segunda Josefa con audacia vergonzosa. Sangre y bullicio. Las miradas rojas de los apostadores delatan que han bebido y ansían convertirse en gallos peleadores. ¿Quién puede conformarse con una sola vida? Ni antes ni ahora. La prueba está en Herminia, que ha vuelto a sentir lo que tal vez jamás había sentido cuando abrió un libro de William Blake y leyó: “Ningún pájaro vuela demasiado alto si lo hace con sus propias alas”. ¿Y por qué habría de pensar ella que las alas son sólo patrimonio de los jóvenes?

11

“¿Era la vida otra cosa que un querer irse, y
lamentarse luego por no haberse quedado, y volver a partir
y añorar nuevamente lo que se dejaba atrás?”

María Rosa Lojo, *Árbol de familia*

—No porque sea tu hija, mamá, pero ¿te miraste en el espejo? Tal vez te resistas a envejecer porque la vejez, si tomamos de ejemplo a la abuela, es quedarse quieta, soñar y contemplar cómo los demás viven. Ya sé que ella a su manera vive y mejor que nosotras, quizá. La edad por la que estás transitando rechaza el vértigo en el que te metiste desde que tenés novio. Decir “novio” me suena raro, y no me vengas con la vara que usan los jóvenes porque ya no soy tan joven como para no aceptar tus exóticos sesenta años y creer que mido tu conducta a partir de mi edad. Sé que te enferma que te asocie con la neurótica de tu hermana, un compendio de fármacos que por suerte emigró a otro país. Pero vos como ella no aceptan su realidad. ¿Cómo que cuál es tu realidad? Antes, desconectar el teléfono fijo y no atender el celular para jugar a la muerta. Y ahora, chequear a cada rato la pantalla del Samsung flamante para ver si el tipo ese te dejó mensaje o una fotito del desayuno o magnífico almuerzo que te perdiste por no pasar el día entero con él. Hasta tía Susana, que te apuntaló en todas, me dejó entender que la tenías abandonada. Ella no lo merece. Delfina no lo merece. La Iaia no lo merece. Yo no lo merezco —enfatizó, clavándose el dedo índice y el medio entre los dos pechos—. Si papá te abandonó, yo también sufrí su abandono, ¿o creés que me divierte que se haya convertido en un viejo baboso? Antes vos eras la reina y yo la princesa, y de repente puede pasarse semanas sin verme. Él se figura que esa manipuladora lo ama y le devuelve la juventud, pero podría jurar que funciona a Viagra y en cualquier momento se le va a disparar la presión y ahí tendrá el panorama total de su fracaso. Y vos no estás muy lejos de convertirte en una caricatura de señora mayor disfrazada de vampiresa. Vamos, mamá,

no pongas esa cara porque me niego a que traigas a tu novio a cenar a casa. También a papá le dije que viniera solo, que también había invitado a la abuela y que pretendía disfrutar de una reunión familiar con los que tengo lazos de sangre. Ya sé que Richard tampoco es de mi sangre, pero es mi marido y el padre de mi hija. No te vayas, por favor. Comprendo que el cuerpo todavía te pida un hombre, cómo no lo voy a comprender yo —tomó aire y razonó que derivaría en su propia sexualidad—, y también que busques refregárselo en la cara a papá y que papá se desquite exhibiendo a la loca que anda con minifaldas y shorts que le dejan medio culo al aire. ¿Tengo derecho a sentar a mi mesa a quienes amo y no a quienes son sólo una calentura pasajera?

Majo se detuvo en la pregunta cuando su madre le mostró la palma derecha como si frenara un coche que la está por atropellar: ademán con el que durante la infancia le paraba las rabietas. La actitud enérgica de la que hasta ese momento la había soportado dejó al desnudo la verdadera cara de su catarsis: estaba celosa. Sus viejos y su hija, enamorados. Y hasta su abuela hablaba en sueños con un tal Mariano Necochea.

La fuga psicológica y temporal la llamó al orden y, arrepentida por su explosión, le salió a Rebeca con un absurdo pedido:

—Mamá, ¿podrías anotarme tu receta de *lemon pie*, o la querés hacer en tu casa y traérmela esta noche?

Rebeca hizo como si no la hubiese escuchado y se fue al baño.

Majo sospechó que su diatriba la asemejaba a su madre: verdades carcomidas por el despecho eran verdades a medias. Recordó la manía materna de asociar acontecimientos felices y desgraciados de una historia cualquiera con su propia experiencia y afirmar, como epílogo, que no hay nada nuevo bajo el sol. ¿Y lo había acaso? Bastaba con leer los diarios para confirmar que la tecnología y la ciencia habían avanzado mientras que la esencia del ser humano continuaba atada a tabús ancestrales. Banalidad del mal. Maldad en busca de un supuesto bien. Política de barricada para mantener controlados a los más pobres. Iniciaciones perversas cuyo código implica inmolarse después de sembrar muertes. Guerras de religiones que remiten a cacerías del medioevo mientras naves espaciales exploran los misterios del universo. De su apasionada lectura sobre temas sociales había pasado a un

escepticismo que la llevó a leer sintéticas apreciaciones sobre la mente: cuentas de un collar roto que, por la pérdida de piezas, no lograba reconstruir en cuanto cerraba el libro. Tampoco podía, a fuerza de debilidades, rearmar vínculos familiares anteriores a la ruptura de sus padres. Sólo Delfina y su bisabuela parecían acomodarse a los arribos de una realidad estrambótica. Ni el germanófilo Ganz ni su rearmada ex mujer ni la caviladora hija de ambos ni su disconforme marido podían adherir los fragmentos de aquella familia que supieron ser, liturgias deterioradas en un presente sin altar ni oficiante que Majo se empeñaba en recuperar.

La tarde que mostraba el ventanal era como la inútil sábana con la que uno se cubre para ocultar las visiones internas. Crepúsculo gris por fuera y por dentro. Y una ilusión de sol tan ingenua como aquellos dibujos escolares de mamá, papá y los hijitos, volátiles diseños en el plano de una hoja de cuaderno. En este caso, dos hijas únicas en dos generaciones: Majo y Delfina. Casita con chimenea, árboles a los costados y un camino abierto. Aprendizaje de soles, nubes, pájaros, plantas, flores… y desconsuelo por las puntas rotas de los lápices de colores y haber perdido el sacapuntas.

Las cavilaciones de Majo mientras revisaba alacenas, recovecos de heladera y freezer con la intención de no olvidar nada que le hiciese falta para una cena perfecta eran tan delirantes como las de su madre que, delante del espejo del baño, se alegraba de haber perdido años y kilos gracias al buen sexo con su amante.

Retocándose el trazo corrido del delineador de párpados, Rebeca se dijo que tal vez Majo estuviera pasando, como ella en sus cuarenta, por una menopausia precoz y el tonto de Ricardo, con su empresa a punto de quiebra eterna, no la comprendiese. Etapa nefasta el cese de la menstruación cuando se la transita con hipocresías: el ingeniero Ganz quería y ella fingía querer. Más adelante, al revés. Y, por último, la alternancia de excusas y el sentimiento de que la indiferencia mutua era algo pasajero. Con Susana se habían hartado de confidencias. Rutina sexual era despertar después de una guerra y negarse a ver que sólo quedaban escombros. Un amor apasionado, a sus sesenta, entusiasma e intimida.

Rebeca Segunda Ávila, ex de Ganz, aprobó para sí que Majo no invitara a los amantes de sus padres a la cena. En algún momento surgiría la disputa. “Soy una persona íntegra”, decía Kurt Ganz. Y ella le respondía: “Los que lo creen suelen ser unos hijos de puta”. Y si encima el íntegro ingeniero le plantase en la comida a esa ramera todas las convenciones se derrumbarían.

¿Sonido del celular?

Buscó en la cartera, segura de que era Damián. Pero no.

Oyó la voz de Delfina, que hablaba como si alguien la estuviera persiguiendo.

Después de advertirle: “Por favor, a mamá ni una palabra del accidente”, le mandó un beso y cortó.

Preocupada, Rebeca bajó la tapa del inodoro para sentarse y pensar.

¿En la morgue con el novio o por el novio? Temió estar pareciéndose a su madre. Lo único que le faltaba, sentirse senil, como si no le hubiese llevado años recuperar la autoestima. Inspiró y exhaló tres veces, para apaciguarse. Si estaba mejor que nunca. Fue escuchar a Delfina alterada y alterarse.

Encima no le podía contar nada a Majo.

Decidió enviarle un mensaje a su nieta por Whatsapp.

A los pocos segundos, la respuesta: “Murió la mamá de Gastón, abuela. La atropellaron. Voy a poner silencioso, ¿me escuchaste, abu? La mamá está muerta. No pienso atender. No me esperen para cenar. Inventales cualquier cosa, que voy al cine, a bailar… Te quiero, abu”.

Sintió un gusto a metal como si estuvieran arreglándole una muela. De repente le dolía toda la boca. Y la cintura. Y los pies. Y la cabeza. Y el estómago.

Cómo darle a su hija la noticia de que Delfi tal vez no regresaría a dormir porque su novio estaba desesperado. No. Mejor comenzar diciéndole que había muerto la madre de… ¿cómo se llamaba el flaquito ese? Pero si Delfi le había prohibido contar la verdad.

Golpes en la puerta y una pregunta:

—¿Estás bien?

Se puso de pie. Descargó el agua del inodoro y contestó:

—Tengo el colon irritable. Y cuando me disgusto, peor.

Majo estaba por decirle que no se hiciera la víctima, pero le

propuso ir juntas al supermercado y a la fiambrería.

—Conocés como nadie los gustos de papá.

Rebeca Segunda pensó: voy a aguarle la cena si le cuento o no le cuento. Pero si le cuento traiciono la confianza de Delfi. Y si no le cuento, Majo me mata. Lo ideal sería decirle, antes de pasar a la mesa, que Delfi no se animó a avisarle que iba a llegar tarde. ¿Qué tiene de malo que me avise a mí? ¿Acaso no es sabido que las adolescentes rivalizan con las madres pero no con las abuelas?

“Las mentiras piadosas no son mentiras”, pensó al tiempo que salía del baño con expresión conciliadora.

Antes de que Majo hablara miró el reloj y comentó que le habría encantado acompañarla a hacer compras, una lástima, pero había pedido turno con la pedicura. La uña encarnada no puede esperar, hijita. En realidad, Rebeca rechazaba la idea de elegir embutidos, quesos, salmón ahumado, frutos rojos… cualquier manjar predilecto del traidor. Ojalá Majo complaciese a Richard, devoto de las pastas y los postres con dulce de leche, platos que su ex detestaba.

Ya en el ascensor, con mirada distraída le dijo a Majo:

—Con una ensalada de verdes estoy hecha.

—Siempre hay en la heladera, mamá. No hace falta que me lo recuerdes. Pero los demás existimos, aunque te cueste aceptarlo.

En el piso dos entró una mujer con un perro.

—Qué divino y educado —dijo Rebeca por decir algo grato. Su hija la sacaba de quicio.

Majo se sentó al volante.

Rebeca le agradeció que la acercara. Con un suspiro placentero se dijo que no le vendría mal un cambio de esmalte. Ahora tenía para quién arreglarse de pies a cabeza.

12

> “Están todos de acuerdo. Y eso no es lo peor. Están todos de acuerdo en la mentira. Y tampoco eso es lo peor. Todos están bien de acuerdo y bien en la mentira y además lo saben.”
>
> MARTA NOS, *A solas o casi*

Si algo había aprendido Majo de su madre, era poner una mesa como Dios manda. Copas para vino, para agua y, en la mesa de arrimo, las esbeltas con tallo apto para giros burbujeantes.

Hasta la mayor de la familia aceptó el trago de bienvenida.

—Prefiero la moda actual del champán para abrir el apetito que la costumbre antigua de ofrecerlo a los postres, cuando ya el paladar se hartó de gustos diversos —dijo Herminia con expresión vivaz.

Hubo comentarios breves acerca de los hábitos gastronómicos en los que intervino, doctoral, el ex marido de la ex doliente mujer abandonada que no había cesado de nombrar sitios en los que recibían y despedían al comensal con espumantes. La opinión del ingeniero Kurt Ganz, una autoridad en materia etílica, cerró el debate insustancial y abrió el encuentro.

—Brindemos por la salud de los presentes —impuso, levantando su copa en la misma dirección que su mirada.

Herminia notó la maniobra del que aún consideraba yerno, ya que su hija no le había presentado a otro y porque una vez que nacían hijos, según su parecer, los divorcios resultaban incompletos. Entonces ella propuso, con tono firme:

—Y brindemos también por los ausentes que están en nuestra memoria y en nuestro corazón.

Los hombres pensaron que se refería al marido muerto y a la hija, yerno y nietos que se habían establecido desde tiempo atrás en Canadá.

Las mujeres sospecharon que se trataba de la imaginaria amiga nocturna y sus otros visitantes oníricos. Pero no estaban seguras porque nadie está nunca seguro de nada, salvo los locos, los tiranos,

los fanáticos y los malos políticos.

Canapés de salmón. Brochetas de ciruela y queso. Empanaditas de carne, dos para cada uno, había calculado Majo porque si no quién iba a comer todo lo que había preparado con entusiasta esfuerzo. Hasta el arrollado de masa fila le había salido tal cual la receta de Susana, a la que hubiera querido invitar pero las dos parejas no se habían vuelto a reunir desde el divorcio de sus padres.

Durante la tirante charla referida a la situación política y al mal tiempo a causa de la corriente del Niño, que hasta había hecho suspender un partido de fútbol en la cancha de River, a Richard se le ocurrió decir que se anunciaba otra tormenta para esa misma noche y que le preocupaba que Delfina detestase usar paraguas o cubrirse la cabeza.

—No es de azúcar —replicó Herminia mientras danzaba en su memoria la escena de una vieja película en la que un actor muy buen mozo saltaba charcos y se empapaba de lo más contento.

—Caprichos de adolescente —dijo Rebeca—, a Delfina le gusta ir en contra de la corriente. Todos los chicos usan buzos con capuchas y se las suben hasta cuando hace calor. No sé qué le ven de lindo a andar de incógnito como los delincuentes para después fotografiarse desnudos y compartir esas fotos con cualquiera.

—¿Te acordás de que a Majo le encantaban las alpargatas y vos protestabas porque no quería usar zapatos? —le preguntó Kurt a Rebeca como si nunca se hubiesen separado, odiado, divorciado y amenazado. En su mirada, enrojecida un poco por el alcohol y otro poco por sus sensibles ojos claros, podía descubrirse algo parecido a la ternura.

A Herminia, pendiente de cada detalle, se le despertó la esperanza de que volvieran a vivir juntos.

—Cierto —dijo Rebeca entornando los párpados como si estuviera con antiguos amigos que le recordasen episodios de su vida, revalorizándolos.

—¿De dónde sacaste que va a llover? En el noticiero dijeron buen tiempo hasta el domingo —saltó Majo.

—Sí, tenés razón, siempre se equivocan —corrigió Ricardo. Conocía el pánico que asaltaba a su mujer si Delfina estaba fuera de casa, en especial de noche.

—Cuando se habla del tiempo es porque no hay nada interesante

de que hablar, solía decir papá, ¿te acuerdas, Queca? —preguntó Herminia.

—Cierto, mamá. No hay nada más tedioso —respondió, levantándose para tomar su tercera empanada, riquísima.

—Tenemos una cena de tres platos —la frenó Majo antes de que se la llevara a la boca—. Y no me vengas después con tu ensalada de verdes porque mi menú no es dietético.

Rebeca soportó la grosería.

—Sí, mejor guardarme para lo que viene.

A Majo la disgustaba no haberse vestido con ropa cómoda, sabiendo que la empleada no podría venir a ayudarla. Hasta esa ausencia formaba parte de una conjura en su contra y, por más que alargase la recepción, llegaría el momento de servir la comida sin Delfina. Y lo que planificara como disfrute se convertiría en tortura. ¿Dónde diablos estaba su hija? Imperdonable conducta.

¿Y si le hubiese sucedido algo malo?

Kurt Ganz, que al llegar había posado sus labios sobre la mejilla indiferente de su ex mujer, no le sacaba los ojos de encima. Algo le sucedía a Queca. No era cuestión de cambio de peinado o vestido audaz. Años, ya no recordaba cuántos, que no la veía moverse de esa manera sensual y a la vez refinada. La situación viró hacia aguas turbulentas cuando su ex hizo un ademán de colegiala en vacaciones para contar anécdotas divertidas sobre su actual vida de soltera. Escaso espacio para limpiar. Cero plantas para regar. Viandas de comida con pocas calorías. Falta de horarios. Escapadas de fin de semana, películas a toda hora…

Cuando Kurt la oyó reír y bromear sobre los beneficios de la soledad, su temple se vino abajo.

—Si lo pasás tan bien sola, para qué hiciste drama cuando nos separamos.

—¿Perdón? ¿Me hablabas a mí?

—¿A quién, si no?

Ricardo, que seguía los movimientos y muecas de sus suegros y de Majo —que había comentado como al pasar que, si Delfina no daba señales de vida, le iba a dar un ataque—, se acercó a su suegra y le preguntó una tontería relacionada con las expensas del departamento al que se había mudado y así cortar el ida y vuelta de preguntas que amenazaban subir de tono. Lo único que le faltaba,

una pelea entre esos viejos desubicados y despilfarradores.

Herminia bebía de a sorbos cortos, paladeando el alcohol y la empanada, reminiscencia de nobles sabores antiguos. En ese instante se preguntó qué comería Pepita Sagra en su excursión por la cordillera de los Andes. Carne seca y galleta, pensó. Y vino de bota, porque no es cuestión de finuras cuando se va a lomo de burro para raptar a una niña pequeña. También ella se habría arriesgado por el general Mariano Necochea, militar romántico al que no le importaron las críticas de su tropa cuando cayó del muro que pretendía escalar para huir con Pepita. Nada que ver la española con geishas sujetas a la mínima movilidad por sus pies vendados ni con damas de exagerado miriñaque y peinetón que por las calles de la colonia no podían transitar de a dos sin chocarse. ¿Cómo Pepita Sagra mantendría a raya a sus guías con vestuario que, de seguro, debió adaptar a la aventura?

Lástima que Kurt interrumpió su viaje con una ponderación banal:

—Majo es tan buena anfitriona como su madre y su abuela.

—Gracias, papá. Lástima que nos visitás poco.

—Es verdad —respondió él como hablando para sí.

Rebeca Segunda, ex de Kurt Ganz, gozaba espiando a quien la miraba. Sentía sus ojos en las caderas y en las piernas que ella cruzaba y descruzaba.

El divertimento cesó en el preciso momento en que Majo los invitó a pasar a la mesa sin esperar a la maleducada que no se dignó disculparse ni con un mensaje.

La reacción de Rebeca, pasada de bebida, fue espontánea. Levantó el brazo como quien pide la palabra, se puso de pie, carraspeó y, con tono de directora de escuela, dijo:

—No es ninguna maleducada. Delfi no está aquí porque murió la mamá del novio y le está haciendo compañía. Es de buena persona solidarizarse con el dolor del prójimo.

El ingeniero Ganz escuchaba a su hija discutir con la madre por haberle ocultado algo grave, encima sin preguntarle a Delfi dónde diablos estaba, hospital, morgue, lo que fuese igual de dramático para una chica de su edad que nunca había ido al cementerio. Al evaluar la situación, Kurt se sirvió un whisky sin perderle pisada a Queca, vestida con una funda negra que le marcaba las recuperadas

curvas. Entonado, dijo en voz alta lo que estaba pensando.

—No veo la hora de sacarme de encima a Guillermina.

—¿Qué mina? —preguntó Ricardo estirando un dedo de la mano izquierda con la derecha hasta hacerlo sonar y pensando en su día terrible en la oficina y en Delfi, tan como la mamá y la abuela en eso de no ir al grano. Y ahí se le reveló que el sádico de su hermano, voz cantante en la empresa, siempre lo acusaba de lo mismo: “No andes con vueltas, Richard”.

Indignada, Majo continuaba con el teléfono celular en la mano. Insistía a pesar de que Rebeca le había anticipado que Delfi no respondería a las llamadas de los padres porque ya les había avisado por su intermedio.

—Eso fue lo que me dijo —recalcaba. Y repetía la especie de monólogo de su nieta.

Herminia, sentada en un sillón angosto con apoyabrazos, observaba la escena, especialmente a su nieta, alienada porque Delfi no vendría a cenar. ¿Qué adolescente iba a preferir una cena con gente grande en vez de estar con sus pares, divirtiéndose? Se apenó por Queca, a quien de repente vio en espejo con Majo, y ambas le resultaron infantiles, si las habrá visto pelear por cualquier tontería. Le habían quedado sólo dos palabras de la reciente discusión: la ensordecían los malentendidos. Si hubiese ido a la comida con Nerina, en cuanto se fastidiara habría tenido la excusa de su vejez y su salud para pedir un coche y mandarse a mudar. Para colmo de males, si Segunda Josefa se anticipara en su noctámbula visita, quizá se ofendiese: las buenas maneras indican no hacer esperar a la invitada. Viajar a una época distante y tener un amor, amor purificado por la imposible proximidad física, no era pecado. Imposible copular con un hombre en dimensiones diferentes. La ruborizó su razonamiento, lástima que su hija lo interrumpiese con una pregunta.

—Mamá, ¿trajiste tu celular?

Herminia, sorprendida, no respondió enseguida.

Rebeca se le acercó para hacerse oír.

—¿Escuchaste lo que te pregunté?

—Sí.

—¿Trajiste celular?

—¿No anda el tuyo?

—Eso no importa. Necesito que se lo prestes a Majo.

Herminia sospechó que le estaban ocultando algo serio y pidió que le alcanzaran la cartera que había dejado en el recibidor.

En cuanto Majo lo recibió de mano de Queca, con un temblor en la barbilla que anticipaba llanto o reprimendas, rogó, acariciándole la cabeza canosa a su Iaia, que llamase a Delfina y le dijera que deseaban ir y ayudar, que sentían mucho la muerte de la mamá de…

—¿Quién murió? No voy a llamar si no me dicen qué está sucediendo —protestó Herminia.

—La mamá del novio de Delfina murió en un accidente, Iaia. Si la llamo desde mi teléfono no va a atender.

—Pobre muchacho. Delfi me contó que no ve a su padre y que lo único que tiene es a su madre.

—Llamá de una buena vez —exigió Queca, harta de que Majo le echara en cara su conducta.

—Y lo sabías desde la mañana, mamá —reiteró Majo fuera de sí.

—Me equivoqué. No quise traicionar a Delfi.

—¿Por qué traicionarme a mí, entonces? —volvió a preguntar Herminia, en medio de nombres y acusaciones que se entremezclaban.

—Porque Delfina me avisó a mí y me pidió que no se lo contara a Majo ni a Richard.

—Hija, nunca supiste guardar un secreto —sentenció al colocar la última parte del rompecabezas y ver la figura entera.

—Basta, denme el teléfono a mí —ordenó Ricardo, que recién se enteraba de la causa por la que su hija no había llegado y no resistía un minuto más ese cuento de nunca acabar.

—Es mi celular y yo hablaré con mi bisnieta —se empecinó Herminia con gesto adusto—. Ella ya dijo que no deseaba hablar con sus padres. Y hay que respetar su voluntad.

El ingeniero Ganz, tomando con la pinza un cubito de hielo que había decidido agregar a su bebida, opinó que Delfina era la más sensata de todas las mujeres de la familia y que la dejaran en paz.

—Ella seguramente está haciendo lo correcto —dijo para culminar. Y lo complació que su ex mujer aprobara su breve discurso.

Las facciones de Herminia se relajaron al oír el hola de su

bisnieta. Después de escucharla preguntar alarmada: ¿qué pasó?, le dijo a Delfina aquello que Majo había pedido que dijera más algo de su cosecha referido al temor justificado de los que aman. Emocionada por el agobio en la voz de Delfi y por saberla en la entrada del edificio, comunicó la buena nueva y sentenció, elevando el índice de su diestra:

—Necesitan amor y consuelo. No quiero escuchar reproches cuando los pobrecitos entren. Parece que todos ustedes se olvidaron de cómo hacían renegar a sus mayores.

A Rebeca se le cruzó por la cabeza que su madre, a pesar de sus alucinaciones nocturnas, estaba más cuerda que el resto, incluidos su ex y ella, en la gloria porque él, a fuerza de whisky, la cortejaba.

Con el rabillo del ojo lo veía acomodarse el pañuelo que cubría la piel floja del cuello: debilidades que los hermanaban. ¿Y si se acercara para que le convidase un trago? En realidad podía servirse sola, pero él había clavado el ancla junto al bar. La bandeja con canapés seguía en la mesita de arrimo. Era dar unos pasos, tomar el de caviar y decir: me va a dar sed. Lo normal, botella de whisky en mano, chorrito en el vaso, y chin chin. Como en el pasado. Por su ocurrencia de inventar tonterías que justificaran a Delfina, su hija por poco la comía cruda. Con el hambre que tendrían por la demora, no la habría asombrado un banquete caníbal. Su estrategia fue dar un rodeo de sillón y pasar al lado de Kurt: muda, indiferente. Él también la espiaba y, en cuanto la tuvo cerca, dijo por lo bajo:

—¿Parece que te hizo bien el divorcio? Se te ve más, más… Son tantos mases que no lo puedo explicar.

Rebeca no pudo evitar la carcajada. Enseguida se tapó la boca, como para castigar su risa en ambiente de velorio.

—Estás necesitando un trago, querida. ¿Te lo sirvo con hielo o solo?

—Solo. Me raspa la garganta —respondió halagada: la había llamado querida.

Ganz reprimió su respuesta, ¿acaso no la conocía? Ella era con el alcohol como con la comida. Primero, un dedo acostado de whisky, después otro y otro. “Doña pequeñas raciones”, bromeaba cuando en los restaurantes Queca le quitaba parte de su postre o le robaba papas fritas, guarnición que acostumbraba suplantar con una

ensalada. Genio y figura, su mujer. “Mi mujer”, pensó. Y tuvo ganas de llevarla a la cama. Con ella no resultaba necesario meter la panza ni reprimir sus ganas de ir a orinar a la madrugada ni ocultar análisis que señalaban triglicéridos altos. Y, lo peor, un problema en la próstata que, según el médico, había que vigilar. Si se operaba, las eyaculaciones serían menores. También vendrían otras disminuciones acordes al mal detectado. Pensó en los equilibristas, en los andinistas, en los pilotos de Fórmula 1, en los boxeadores, en los buzos, en todos los seres humanos que debían enfrentarse al paso en falso continuo, igual que los viejos. Y decidió ser un buen deportista en vez de un viejo que contemplaba los resultados de laboratorio como un arqueólogo contemplaría el hallazgo de una valiosa pieza prehistórica.

Pálidos, ojerosos, de la mano y en silencio, hicieron su entrada los jóvenes que, cuando la verdad se impuso, pasaron de pertenecer a una generación ingrata a ser Hansel y Gretel en el bosque del infortunio. Ninguno quiso representar el papel de la bruja, y lanzaron suspiros que alternaron con alabanzas a Dios.

Majo abrazó a Delfina como si la hubiese rescatado de uno de los círculos del infierno. Ricardo palmeó la espalda del irremediable novio y le murmuró un pésame a medida de su preocupación.

Herminia intentaba ponerse de pie para saludar con un beso a los que traían una cara de pollos mojados que partía el corazón.

Kurt notó la dificultad de quien seguía siendo la abuela de su hija y fue a auxiliarla. Le ponderó la lucidez mientras ella se erguía sobre sus piernas de tozuda flojera:

—Nunca me agarra temblor al pararme, Kurt. La culpa es del sillón demasiado bajo y de los nervios.

Esa noche, la única que dormiría hasta el amanecer sería Herminia, que, por las emociones y el vinito blanco, un desperdicio dejarlo en la copa, caería en la cama sin la aparición de su antepasada ni de Necochea ni de la española ni de ella misma cruzando los Andes. Haber atravesado los conflictos de varias generaciones, sentada en la cabecera de la mesa oval, mimada

incluso por su indómita hija segunda que coqueteaba con el que fuera hasta ayer un depravado mientras Majo atosigaba a los jóvenes con porciones y consejos exagerados, había resultado una experiencia excepcional para sus nervios. A Herminia los asuntos sentimentales de hijas, nietos y bisnieta no le quitaban el sueño pero le dispersaban la algarabía de una zona en la que ella reconquistaba el cuerpo sano y joven de una viajera audaz.

Rebeca, que acababa de dejar a su madre en manos de Nerina, pensó que habría resultado un gesto de revanchismo negarse al pedido de su ex que había ido sin auto.

"Queca, ¿me acercás, por favor? Vine en taxi."

"¿No te va a retar Guillermina si te llevo a tu casa?", le había preguntado. Y el muy caradura había respondido con otra pregunta: "¿A qué casa?".

Para colmo, en cuanto encendió el motor, el celular se anunció con la exasperante musiquita cuyo sonido ella había esperado todo el día.

—Más tarde te llamo —se excusó con tono de contestador automático—. Estoy en camino. Noche agotadora —se vio obligada a responder cuando Damián quiso saber cómo le había ido.

Detuvo el coche frente al edificio de su ex, él agradeció de compromiso y entró sin darse vuelta; era evidente que supo de quién provenía la llamada.

Ni una mano en alto ni un beso al aire ni un giro de cabeza.

Nada.

Rebeca puso primera.

Y arrancó.

13

> “Tenía los ojos cerrados aunque respiraba rápida y entrecortadamente, como si huyera de algo.”
>
> DONNA TARTT, *El jilguero*

Gastón Green, con repentino nombre y apellido después de haber firmado papeles en los que dejaba constancia de que la víctima, Soledad Sánchez, nacida el 2 de enero de 1970 en Melincué, provincia de Buenos Aires, era su madre, comenzó a diferenciarse del flaco, veintiún años, estudiante de Arquitectura y vendedor de librería, aspirante a novio de la nena. Si no llevaba el apellido de la madre y el señor Javier Green lo había anotado como hijo, no era un paria. Y menos desde que sonó el celular y él atendió al que decía ser su padre, ya informado de que Soledad había sido atropellada, otra persona más, un horror, que muere en un delito vial y aquí no ha pasado nada.

Por supuesto que iban a esperar la llegada del señor Green para que se hiciera cargo de los trámites funerarios. Y en especial del hijo que, según Delfina, no se animaba a regresar al departamento y oler, ver y tocar lo que hasta la mañana de ese día había pertenecido a su madre viva.

Majo, con la excusa del comedor y cocina, un desastre, se dedicó a levantar la mesa y enjuagar la vajilla que iría al lavaplatos.

—Estoy muerta. Ocupate vos de hacerle un lugar para dormir. Entre hombres el trámite es más fácil.

—No te veo muerta ni es un trámite fácil que duerma en casa… —titubeó al querer llamarlo por su nombre—. Un tipo que una mocosa considera su novio.

—Qué gracioso. Gastón se llama.

—Ya sé. No me queda el nombre ni el apellido. Hasta ayer era el flaco ese de la librería.

—A nadie le queda el nombre ni la situación. Delfi es muy chica para tener esta clase de experiencia, ¿te fijaste cómo le hablaba, cómo lo protegía? Parecía mayor que él.

—Delfi ya no es la beba sobreprotegida, lo comprobamos desde hace meses pero no lo quisimos aceptar.

—Lo sé. Lo sé. En cuanto acomode este lío voy a entrar en su cuarto. ¿Debemos o no debemos involucrarnos en este asunto? —Suspiró como si quisiera aflojar algo atorado en la garganta—. Para colmo el padre, hasta ahora un desconocido, mañana llega a Buenos Aires. Se nos viene un tsunami, Richard. Un verdadero tsunami.

—No seas dramática, Majo. ¿Le viste la cara a Gastón? Les tengo más miedo a los arranques de Delfi.

—Los vendedores de librería siempre tienen cara de nada. Eso no significa que sean inofensivos.

—Ya voy, ya voy, hija. Debe de estar molido el pobre chico. Estaba ayudándola un poco a tu madre —le respondió a Delfina, que se asomó para preguntar si Gastón dormiría en el sillón individual que se hace cama o en el de tres cuerpos.

—Mentiroso, si estás mirándome limpiar —dijo Majo en cuanto Delfina desapareció de la escena—. Si hay que solucionar un pedido de los chicos, no me preguntes. Estoy harta de quedar como la malvada de la película —recalcó. Y se le apareció la imagen tétrica del ama de llaves de Manderley. Y de Rebeca, la muerta que no deja en paz a su viudo y que la abuela habrá creído una heroína. ¿El padre de Gastón vendría a ser el viudo?

—Mañana tendremos más claras las cosas —respondió Ricardo estirando uno de sus dedos hasta que hizo ruido.

—Tu manía de sonarte los dedos.

Al mirar la expresión crispada de Majo, a Richard ya no le pareció tan malo auxiliar a Gastón en su primera noche de orfandad.

Mientras iba al escritorio pasó por su mente la idea de que no tener familia a veces era mejor que tenerla. Su padre y su hermano manipulaban a su madre. Y si él no daba el portazo y les hacía juicio, era porque la vieja sufría del corazón y amenazaba con un infarto. “Richard querido”, le reiteraba, “estás bien casado, Majo trabaja y tienen una sola hija, a tu hermano nunca le toca una buena”. La única cosa buena que le había tocado era Delfina. Pero con aires de adulta lo llevaba de la brida, igual que a Majo. Se vio a sí mismo como un imbécil que no encontraba ubicación. Para colmo de males ahora debía encontrarle un lugar al pibe que, al debutar

como huérfano de madre, se transformaba en la víctima que sólo un malvado se negaría a auxiliar. En una sociedad que protege al victimario, justo a él le tocaba reparar esa injusticia.

14

> “La vejez es una batalla, querido, si no es con esto, entonces es con lo otro. Es una batalla implacable, y precisamente cuando estás más débil y eres incapaz de invocar tu viejo espíritu de lucha.”
>
> PHILIP ROTH, *Elegía*

Kurt Ganz estudió el chorro de orina. En ese deficiente caudal estaba el carozo de su existencia.

Guillermina, hembra que dormía en su cama, en su casa, en sus fracasadas veleidades, no debía darse cuenta de que le habían recomendado no abusar de la pastilla azul. Sin ese fármaco, imposible tener sexo con la frecuencia que acostumbraba. ¿Consultar con un sexólogo, además de un urólogo?, se preguntó sacudiendo del fláccido pene la gota rezagada. Presintió que la muchacha del gimnasio —como la llamaba al comienzo, para no darle entidad delante de la que aún era su esposa— se asemejaba a un peligroso animal que aguarda, quieto, a su presa, en este caso él, más cerca de la séptima década que de la sexta. Y Queca, de improviso convertida en Rebeca, transformada en la fatal Carmen a una edad en la que no daba ni para el papel de madre del apasionado Don José. No había soldado ni torero en la representación de sus infortunios, aunque un mal presentimiento le daba aspecto de Escamillo al que se acostaba con su mujer. Ex, se corrigió enseguida, resentido por el llamado del torero cuando estaban juntos en el auto.

El cuerpo de Kurt Ganz se negaba a competir. Cualquier desafío significaba un esfuerzo. La última vez, en la segunda vuelta al lago de Palermo, sudoroso y agitado, bajó la velocidad, y si siguió caminando fue porque Guillermina le preguntó: “¿Estás cansado?”. ¿Cómo iba a cansarse el imbatible guerrero wagneriano?

Enfrentó el espejo después de cepillar con enérgico cuidado dientes y encías. Gracias a los implantes y a las fundas, su sonrisa no había perdido seducción. Bolsas debajo de los ojos licuados en telarañas rojizas. Pensó en Queca, reflorecida. Durante los últimos

años de matrimonio, si a él se le antojaba un polvo cuando regresaban de una comilona, ella le daba la espalda, se cubría con la sábana y no le otorgaba ni el beneficio de un coito rápido y adormecedor. Puta vieja, murmuró. Y en cierto modo lo divirtieron sus celos.

Kurt analizó su cabellera excedida en el largo porque en la zona de la nuca era más abundante y sana. Estiró hacia arriba las mejillas vencidas y arrugadas, típico de las pieles blancas que se han expuesto mucho al sol, y pensó que, si no fuera por Majo y Delfina, ya se habría hecho un lifting. Pero si quedara liso e inexpresivo el remedio sería peor que la enfermedad. ¿Acaso los vejámenes de la vejez eran evitables? ¿Queca se habría hecho algo en la cara? Un poco más destacados sus pómulos altos. Recordó haberle preguntado, en los inicios de su relación, por qué le habían puesto un nombre judío y un segundo nombre peor que el primero. "Prefiero llamarte Queca." Rememoró la orquesta en la tarima y una cantante inmensa y oscura que cantaba blues. Toqueteos. Besuqueos. Ya de regreso, charlando sobre preferencias musicales y ancestros, ella dijo: "Mi abuelo materno era italiano y en casa se veneraba a Giuseppe Verdi". "Ya te acostumbrarás a la música verdadera cuando seas Rebeca Ganz o Queca Ganz, a tu gusto. A Segunda la dejaremos en los documentos. Estás hecha de primera, amorcito." Había metido mano en su escote y acariciado sus pechos formidables, calientes.

La súbita idea de invitarla a almorzar para hablar de Delfina le resultó perfecta. El divorcio no impedía que compartieran el amor por la hija y la nieta. Los intrincados hilos del amor no podían ser desenredados sin paciencia. ¿Y si utilizase esa paciencia para reconquistar a su hija y a su mujer? Más transparente Majo que su madre.

Deseó que en la cama no lo aguardase nadie. Pensó en Delfina y se dijo que su nieta era la única mujer en el mundo que lo trataba con cariño. Delfi acomodaba los afectos desacomodados. Los médicos, por el contrario, desacomodaban lo acomodado. Sesenta y seis años eran sólo una cifra. Si la emoción fuera patrimonio de lo femenino, él debería considerarse una vieja quejosa.

Guillermina dormía desnuda.

Kurt se prometió transferirle a la cazadora durmiente el bagaje de sus refinados tormentos crepusculares.

Bella y molesta, pensó Kurt Ganz, pegándose al ausente calor de su hembra. "El alcohol incita el deseo pero no su realización", recordó. ¿Resistiría la humillación de decírselo a la muchacha del gimnasio si despertara?

Se levantó contento: había dormido de un tirón y Guillermina ya no estaba en la cama.

En la mesada de la cocina, junto a la cafetera, una nota anunciaba que ella tenía miles de cosas por hacer, y que ya le explicaría.

No ver vajilla sucia indicaba que se había ido sin desayunar. Su primera comida de la mañana, un batido de frutas, cereales y café, dejaba rastros de cáscaras y semillas. Guilli practicaba una dieta alcalina: nada de harinas, lácteos, dulces u otros alimentos agradables e imprescindibles para Kurt.

Encendió la cafetera, puso dos rodajas de pan con semillas en la tostadora. De la heladera sacó queso, mermelada y un cartón con jugo de naranja. Debajo de la puerta asomaba el diario, ¿hoy tocaba *La Nación* o *Clarín*? Pequeñas confusiones como ésas lo sacaban de quicio. Desde que su patrimonio comenzó a descender sin posibilidades de mejora, leía titulares y alguna nota de opinión siempre y cuando el firmante coincidiera con su corriente ideológica que también, con los años, había perdido intensidad.

A pesar de los deslices de la memoria se sentía vigoroso y de buen humor. Recordó el plan de llamar a su ex para combinar un encuentro. Las oportunidades perdidas dejaban de serlo cuando se programaba una nueva oportunidad. El aroma del café era más estimulante en ese momento que el del cuerpo de Guillermina. Y se dispuso a beberlo y olerlo, ya que el sentido que mejor conservaba era el del olfato.

Rebeca despertó sobresaltada en el mismo horario que Kurt se había dormido.

La luz de un letrero luminoso asomaba por las hendijas de las persianas bajas. Uno de sus requisitos para hacer el amor, el

dormitorio a oscuras. A decir verdad, se había dado cuenta de que, en los momentos de sexo, ella no se acordaba de sus piernas y brazos, que habían perdido firmeza, ni de su desastroso cumpleaños sesenta ni de los reproches de Majo ni de la senilidad de su madre ni del cambio de conducta de su ex ni de la muerte de la madre del chico de la librería. Tampoco había espacio para pensar en las estrías que la desnudez del espejo marcaba, día a día, con precisa crueldad.

Contempló a su amante, acostado boca arriba. Respiración fuerte, pareja. De a ratos brotaba un estertor apagado entre sus labios. ¿Y si tuviese un mal sueño? ¿Sería una impertinencia despertarlo? Cuando Kurt dormía en esa posición, roncaba. Y ella le solía dar empujoncitos hasta ponerlo de costado, único modo de evitar el ronquido agónico. Había escuchado hablar de la apnea del sueño y la atemorizaba que, por la edad y el aumento de peso, el corazón le fallara. Con esa excusa había tratado de calmar su furia después de haberlo despertado con el movimiento que, por lo general, pasaba desapercibido. “¡Ni durmiendo me dejás en paz!” ¿Aquel estúpido proceder había sido el inicio del fin o sólo otro hecho en la suma de encontronazos de ojos abiertos y cerrados?

Rebeca abarcó con ansias cautelosas el torso amplio y el vellón castaño entre las tetillas. Había atesorado un ardoroso deseo en su adolescencia y se le estaba cumpliendo.

Apoyó apenas sus labios sobre los de él. Olía como huelen las bocas después de una noche de sexo. Y ese olor áspero, agrio, le supo a gloria.

15

"Muy pronto en la vida, el mundo separa crudamente a los que han conocido el sexo y a los que no lo han conocido. Más adelante, a los que han conocido el amor y a los que no lo han conocido."

JULIAN BARNES, *Niveles de vida*

Majo había pasado la noche en una inquieta duermevela, atenta a cualquier sonido que se asemejase al sigiloso paso de su nena yendo hacia Gastón o Gastón yendo hacia su nena. Para colmo Ricardo, que mantuvo el velador y el televisor apagados para no molestarla, la había martirizado con sus juegos en el celular. Ella, párpados bajos, construía figuras y colores como cuando se duerme al sol. En esos benévolos espacios dormitaba aunque se pensase despierta, vigilante, dispuesta a mostrar las zarpas si su cachorra corría peligro.

Cuando no soportó más la percepción de estar despierta aun en sueños, fue a ducharse.

Abrió el agua caliente para relajarse. Después de un rato comenzó a bajar la temperatura. Y en ese chorro helado se quedó unos minutos. Necesitaba despabilarse y no cometer torpezas que su hija después le echara en cara. Una constante de la rama femenina de la familia: culpar a los demás de los desaciertos propios. Pensó en la ingenuidad de haber ido a comprar *Rebeca*, novela que probablemente su madre ya había leído y olvidado para olvidarse de esa especie de tatuaje de seis letras que provenían de un personaje calculador, cínico, infiel, egoísta: defectos que Queca le atribuía a su ex marido, el ingeniero Ganz.

Se puso la bata y miró la hora. Sólo a su marido, esclavo de sus obligaciones, se le pudo haber ocurrido poner un reloj en el baño. Las seis de la mañana. Por suerte, el amanecer sosiega al insomne.

Ricardo dormía en posición fetal. Ella tomó el celular que estaba sobre la almohada y lo puso en modo silencioso. Su presencia le hacía más falta a ella que al negrero de su padre.

Fue descalza al vestidor.

Faltar a la oficina, nada grave. Si Delfina sufría, compartirían su sufrimiento. Una voz dentro de ella le avisó que el huérfano era el muchacho.

Se decidió por una falda amplia y larga —la única que salvó del descarte cuando renovó todo su vestuario— y una remera de algodón con el mismo estampado. Zapatos de tacón bajo completaron el conjunto.

En la luna del espejo revivió el incidente que la llevó a transformar su aspecto. Fue en la fila del Arteplex de Belgrano donde encontró a Estela Dillon, ex compañera de Sociales. Ambas iban acompañadas y, después de las presentaciones de rigor, prometieron verse a solas para comentar la película de Wim Wenders, hablar de sus vidas actuales y rememorar la estudiantil. En la Zurich de Echeverría y Cuba se enteró de la muerte de los padres de Estela, de su pésima situación económica y de sus tres hijos de cuatro a nueve años. El único aporte de su ex: llevárselos dos veces por semana y un fin de semana por mes. Ni un peso para la manutención. Inútil hacerle juicio porque el cretino no tenía sueldo ni empleo fijo. Majo ya no tenía claro en qué momento su compañera de estudios le había dicho que aunque usase ropa estilo hippie se veía que era una burguesa.

Majo recordó que tendría la edad de Delfi cuando se propuso no ser una cogotuda como su madre, otro de sus intentos fallidos.

Vestida como la Majo de antes, se dispuso a actuar según el guión en el que de una tragedia puede surgir algo positivo. El “chip” de los libros de autoayuda había vuelto a encenderse en su cerebro.

Entenderse o no era parte del tironeo entre aparentar y ser.

Cuando Majo vio a Delfina cebándole mate a Gastón habría querido borrar la escena.

La madre significaba todo para él, y un día la madre que lo era todo salió a trabajar y no hizo más que cruzar la calle y coincidir con un mal nacido que la levantó por el aire. Delfina entonces aprendió en un instante —que tal vez son una suma de cientos de instantes— que debería reemplazar a quien lo era todo cuando ella ni siquiera tenía en claro —como la mayoría de los mortales, aun en la adultez y la vejez— la diferencia entre nada y todo.

Plato con tostadas, otro con galletitas dulces, mantequera

destapada y frasco de mermelada casera, obra de Nerina. Elementos cotidianos que resultaron para Majo una especie de naturaleza muerta flotando en la luz irreverente de la mañana.

Delfi hablaba con tono de maestra jardinera que intenta convencer a un niño pequeño de la necesidad de alimentarse bien para crecer sano y fuerte.

Habían abierto la ventana, y la cortina se inflaba como la tela de un paracaídas. Majo habría querido amortiguar el golpe de su hija única que estaba aprendiendo a flotar en el infortunio. Pero, como decían su madre y su abuela, “los consejos no sirven de nada”.

—Si hubiera sabido que estaban despiertos, habría venido para hacerles compañía. No pegué un ojo. Y, por lo que veo, ustedes tampoco. Basta de mate. Voy a prepararles un rico café, si le ponen leche o crema, mejor.

—Gracias, un café nos vendría bien —dijo Delfi.

A Gastón la ausencia física de su madre le resultaba tan asfixiante como permanecer bajo el agua sin respirar. Y afloraban en su memoria detalles mínimos. Nunca había sido hablador ni siquiera de chico pero, desde el momento en que le notificaron que debía ir a reconocer el cadáver de Soledad Sánchez, no había cesado de hablar con Delfina, de quien se había enamorado por el enorme parecido con María José Ganz, idéntica a Juliette Binoche, la actriz francesa.

—¿Por qué no me despertaste? —preguntó Ricardo, conteniendo la cólera.

—Porque somos una familia —respondió Majo como si se hubiera tomado todos los tranquilizantes del cajón de su mesita de luz.

—Hoy tenía una reunión importante —protestó Ricardo—, y encima no sonó el despertador del celular.

—Le quité el sonido para que descansaras. Si yo falto a mi trabajo y Delfi falta a clase…

—Si es por mí… —apuntó Gastón con la mirada puesta en sus manos, una sobre la otra.

—Murió tu mamá y no vamos a dejarte solo.

El teléfono celular de Gastón indicó que había recibido un mensaje.

Ricardo, de los nervios, se atragantó con su propia saliva.

Delfina arrimó su cabeza a la de su novio y leyó lo que él estaba leyendo. Eran insólitas palabras cariñosas de un padre que nunca se había comunicado con su hijo y le escribía como si toda la vida hubiesen estado juntos.

—Primero va a pasar por la morgue para acelerar los trámites y después vendrá a casa —comunicó Delfi.

Majo miró a Ricardo. Y Ricardo miró a su hija.

—Gastón necesita darse un baño y cambiarse. ¿Podrías prestarle algo, papá? Pantalón no porque le va a quedar grande. Ropa interior, medias, una camisa…

—Todavía no me bañé —se defendió Ricardo.

—Tranquilo. Cuando estés listo te ocupás de Gastón, ¿dale?

—Sí, hija. Todo bien.

16

"El fuego en las mujeres asusta a los hombres. Hay que guardarlo con discreción para que no desate aguaceros que terminen por apagarlo."

GIOCONDA BELLI, *El pergamino de la seducción*

Carmen, amiga y confidente durante la infancia y la adolescencia de Herminia, al cumplir los dieciocho años había tomado los hábitos en España con el nombre de Teresa.

Carmen, mejor dicho la hermana Teresa, hacía ya añares madre superiora en un convento en las afueras de Madrid, a pesar de sus muchas ocupaciones nunca dejaba de responder los mensajes de quien fuera su condiscípula en el colegio La Visitación, al que las mejores familias del pueblo confiaban la educación de sus hijas. Allí, además de las materias convencionales, se les dictaba clases de bordado, costura, tejido y otras actividades prácticas con tal grado de exigencia que todas salían conociendo las artes indispensables para convertirse en amas de casa perfectas. En los primeros tiempos de su viudez, a Herminia le había venido al dedillo haber cultivado aquellas enseñanzas. De sus manos hábiles salían primorosos vestidos y prendas para los nietos varones que su hija mayor —al seguir a su marido a Canadá— más tarde arrebataría, sumando otro vacío al vacío.

También había surtido a familiares y amigos de mañanitas, gorros, medias, tapados, guantes, mantillas, cubrecamas, carpetas, colchas y echarpes de insólitos colores hasta que los dedos, la vista, la espalda y el poco entusiasmo de quienes recibían los obsequios la llevaron a reemplazar aquel hobby por el que nunca había abandonado: la lectura. Pero la jornada se hacía larga, le había comentado a Majo, su sol en la vejez, y ella se le había aparecido con una computadora. Su nieta le enseñó a abrir y cerrar ventanas y a abrir puertas sin trasponer el umbral de su departamento.

Siempre le apasionó escribir y recibir cartas, pero comenzó a darse cuenta de que no se las respondían por la vía tradicional. El correo postal, como tantas otras cosas, había caído en desuso.

Descubrió entonces la celeridad de los mensajes virtuales y el placer de asistir a conciertos, visitar museos, ver películas desde su sillón giratorio, el más confortable que Majo pudo conseguir. Gracias a su nuevo vicio hizo amistades a través de Facebook, en especial con dos viudas: se intercambiaban recetas, se recomendaban películas, libros, y discutían de política sin perder la compostura porque a las tres les resultaba inaceptable que quienes pretendían gobernar un país se expresaran de manera soez y agresiva. Fue alentador que su mentora espiritual bendijera, desde España, su pasión cibernética y la instara a enviarle mails en vez de esas bellas hojas de papel con guardas y dibujos diversos, que seguramente no se hallaban en cualquier parte y debían de costarle un platal.

Para Herminia Pavese, viuda de Ávila, había resultado una especie de coincidencia milagrosa que su querida Carmen, una autoridad en la Iglesia, se transformara en Teresa, bajo la invocación de la Santa de Ávila. Su apellido de casada provenía, quizá, de un antiguo residente de esa hermosa ciudad amurallada que ella había recorrido —festejo del decimoquinto aniversario de boda— del bracete de su extasiado marido, que no cesaba de hablarle de cristianos viejos y cristianos nuevos, y de la persecución religiosa que sufrieron judíos, moros y protestantes. Sólo a la madre Teresa, aunque con el pudor que le generaba su investidura monacal, le contaba Herminia las delicias del ayer y las penurias del presente, atemperadas por la milagrosa asistencia nocturna de su antepasada Segunda Josefa, que le había ampliado el horizonte cotidiano.

Quizá por eso la sorprendió que después de revelarle los tesoros de su alma, en su última respuesta, se dirigiese a ella con el protocolar “Hija mía” y que, en vez de aconsejarla sobre el mejor modo de ir adentrándose en las historias de aquellas personas notables, le enviara la receta de un licor de las monjas con la recomendación de que lo bebiese antes de acostarse, santo remedio para conciliar un bendito sueño reparador. ¿No habrá comprendido su sabia amiga que ella reparaba su vida y no sus sueños durante sus noctámbulas aventuras? Claro que debía agradecer al Señor por haber tenido un marido honesto que la quiso bien y por gozar de los dones de dos hijas (una cerca, otra lejos), cuatro nietos (una cerca, tres lejos) y una bisnieta adorable. Era mentira que, con la

tecnología que permite verse mientras se charla, se mantiene intacto el vínculo. “Según lo que uno considere vínculo”, le había replicado a Queca, que trataba de amainarle la nostalgia y el enojo por el último mail de su hermana mayor. “Yo también estoy grande, mamá”, le había puesto Elsa, “y me cansan los viajes en avión. Te mando un pasaje. Un par de semanitas en Toronto le viene bien a cualquiera. A Osvaldo y a mí nos encantará cuidarte. De los chicos no esperes mucho. Entre los trabajos, sus mujeres y los niños suelen venir a vernos sólo para los cumpleaños, la comida de Acción de Gracias y Navidad. ¿Recuerdas qué bellas son las decoraciones de casas, calles y comercios en diciembre?”.

Aunque no fuese una mente brillante, Elsa solía ser sensata. Sensatez que notoriamente había perdido al quejarse de la incomodidad de volar en clase turista a sus sesenta y tres, y proponerle a su madre que se subiera a uno de esos aparatos voladores que a ella la agotaban. Herminia aún recordaba la vez aquella en la que, por tormenta de nieve, el avión no pudo aterrizar y fueron llevados a otro aeropuerto, y de allí a uno de esos hoteles que suelen alojar a pasajeros de una noche. Rememoraba aquellos tres días de neblina cegadora y la voz de Elsa exigiéndole paciencia por el teléfono. Para colmo sólo había llevado una novela de Lisa See, *El abanico de seda*, que devoró en la escala de cuatro horas en Nueva York y durante su insoportable estadía en el aire. Cuando finalmente aterrizó en Toronto, se sintió encarcelada junto a su hija, siempre ocupada en la limpieza o en otros menesteres domésticos. Asomarse al oscuro exterior, imposible, salvo que alguien quisiera convertirse en bloque de hielo. Entonces la sacaban a pasear por la ciudad subterránea, conquista de la modernidad que ella rechazaba porque no era un topo y la luz artificial la deprimía.

Herminia estaba convencida de que la falta de contacto físico alteraba los sentimientos.

Las visitas, al comienzo anuales, pasaban a concretarse sólo cuando se producía un acontecimiento en la familia, hecho poco frecuente, ya que no había bodas a la vista y ella no pensaba morirse mientras Segunda Josefa la fascinase con sus relatos. Por más que la atosigaran con “selfies”, esas caras no le devolvían las imágenes de los nietos de otrora cuyos retratos de infancia cubrían toda una pared del dormitorio. Los álbumes, entretenimiento propio

de la nostalgia, habían pasado al compartimento más alto del placard, ya que Majo le había abierto una carpeta con fotografías antiguas y otra con nuevas, y bastaba un click en el teclado para que se desplegaran ante su vista en los tamaños y colores que ella dispusiera.

Agradecía que en sus tiempos no fuera costumbre fotografiarse en cualquier ocasión; tal vez por eso, de a ratos, la imagen interna que tenía del único hombre en su cama aparecía y desaparecía en una especie de rompecabezas en el que las piezas cambiaban sin cesar. ¿Era el joven delgado con facciones regulares y grandes ojos melancólicos o un señor panzón de anteojos con marco de carey y entrecano pelo castaño? A veces se preguntaba cómo habría sido envejecer juntos. ¿Sería un viejo gruñón o cariñoso? ¿Un marido absorbido por sus dolores y frustraciones o alguien con quien compartir de manera elegante la decadencia física? Quizá lo fastidiarían sus horas frente a la computadora, sus lecturas, achaques y manías. O quizás estaría en silla de ruedas como el doctor Rainieri, bueno como el pan, que después de la apoplejía se transformó en un ser cruel y despótico. ¿Y si su agotado cuerpo hubiese tenido que aceptar relaciones sexuales con un marido que tomaba medicamentos para lograr un agónico coito triunfal? ¿Se encerraría en un convento como Madame de Staël, que en sus sesenta prefirió la reclusión al martirio del sexo sin deseo? ¿Fue la misma Madame de Staël la que dijo que el amor para el hombre significa sólo un episodio en su vida y para la mujer representa toda su historia? Herminia se dijo que era una opinión relacionada con la época y la monarquía. La mujer no era el “varón mutilado” de Santo Tomás de Aquino ni “un animal enfermo”, como la definiera San Pablo. Metida en sus cavilaciones, recordó una película con Bette Davis y otra actriz… ¿era Joan Crawford la inválida? Viejas las dos. Y la hermana loca, fijada en su adolescencia, odiaba a la inválida… De haber tenido una hermana, viuda o soltera, ¿habría aceptado vivir con ella? ¿Para terminar como los hermanos del cuento “Casa tomada”? Herminia había rezado para que sus hijas se mantuviesen unidas a pesar de la distancia. Suponer era como soplar en el viento, lo sabía, pero no lograba evitar suposiciones y asociaciones. Porque, como había escuchado o leído, todo tiene que ver con todo y todo tiene que ver con nada. Cuando su cotidianidad

era una especie de vodevil en el que distintas personas entraban por una puerta y salían por otra, no había tiempo para pensar. La soledad exigía entrenamiento. Nadie se anota en un maratón si las piernas y la respiración no se han ejercitado previamente. Al enviudar de sorpresa, hasta pensó en morir. En su juventud había leído una novela de Sinclair Lewis que describía la mentalidad de los médicos y sus esposas, mujeres que se inventaban un rol social preponderante para justificar sus chatas expectativas.

La catarata de pensamientos se debía —razonaba Herminia— al ridículo mensaje de Elsa, anunciándole los impedimentos de ella para emprender un viaje de Toronto a Buenos Aires, y a la receta de la madre Teresa, que, desde su sitial virtuoso, le sugería abandonar sus pecaminosas expediciones al siglo XIX.

Esa misma noche Herminia lograría desahogarse con Segunda Josefa, que adquiría carnadura para dialogar con una anciana que, por diferencias de edad y si se tomara en cuenta que por aquellas épocas las desposaban de niñas, podría ser su abuela. Pero Herminia había clavado su reloj en los cuarenta y cinco, al morir su marido. Varadas en ese punto, podría decirse que hablaban de igual a igual. Salvo que una estaba muerta y la otra viva.

Herminia podría haber pecado de ingenua hasta que se percató de que poseía un tercer sentido, o lo que fuese, que la había hecho cambiar costumbres y creencias.

Entonces había comenzado a ejercitarse en peregrinajes hacia sí misma. Y en ese peregrinar se le había aparecido su antepasada, que a veces se refería a sí misma en tercera persona y alternaba el segundo nombre con el primero y viceversa. Segunda Josefa o Josefa Segunda o Segunda, a secas, emergía en su dormitorio con natural frescura, si es que puede considerarse natural lo sobrenatural. Y fresco lo añejo. Pero esas diferencias no hacían a lo esencial. Ya que Herminia, en los umbrales del fin, tenía mayor afinidad con un espectro que con cualquier ser viviente.

Al atardecer de ese mismo día, a Herminia se le reveló que en algún sitio de su biblioteca debía de estar aquel viejo libro sobre heroínas y santas que con Carmen habían leído en la adolescencia.

Se aproximaba la hora de la cena y, como a Nerina la enojaba no cumplir los sagrados horarios, se prometió pedirle ayuda al día siguiente.

“Creer o reventar”, solía escucharse decir, aunque no fuera conveniente expresarse de forma grosera. Y ella creyó con credulidad extrema en algún poder oculto, en cuanto Nerina, contrita, dijo:

—Siempre los primeros días del mes limpiamos la biblioteca, ¿es o no es así, doña Herminia?

—Es así.

—Y siempre comenzamos por los estantes bajos, ¿no es así?

—Sí, Nerina, es así.

Y comenzó a contar que fue mover los primeros estantes —contando desde el piso, porque para llegar a los otros era necesaria la escalera de dos escalones, la única a la que se animaba a subir, pero había olvidado en el lavadero— y oír un estruendo. La cabeza de la pastorcilla ya estaba pegada, y no iban a notar ni la unión en la porcelana. Lo único para lamentar: un libro que se descoló y sus hojas amarillentas se esparcieron sobre la carpeta. Por fortuna las páginas estaban numeradas, y ella pudo rearmarlo con cinta scotch y pegamento.

Herminia entrecerró los ojos y recordó una portada roja, dos damas antiguas de espaldas y un título en mayúscula, enmarcado por firuletes.

—No te inquietes, Nerina, cachivaches sobran, y dicen que da mala suerte conservar cosas rotas. No me pongas esa cara, si quieres la volvemos a poner en su sitio, pero preferiría tirarla.

—Nos gustó mucho cuando la señorita Elsa la trajo de regalo, y si usted no la quiere, me la llevo a mi cuarto.

—Haz lo que te parezca con la pastora y su cordero, pero tráeme, por favor, el libro que reparaste. En las estanterías superiores suelen dormir reliquias.

Los pasos de Nerina, atenuados por escarpines de lana con suela de goma, se encaminaron hacia la cocina.

Cuando regresó a la sala portaba, en una bandeja, el libro que aún olía a pegamento.

—Es de mil novecientos cuarenta y cinco. Como nosotras, ya tiene sus años.

—Déjame echarle un vistazo antes de la cena, Nerina.

—Bajamos el fuego para que no se nos queme el pollo ni papas y batatas, de esas coloradas que a usted le gustan.

Nerina se tragó el fastidio porque le alegraba sumar otra figura a las muchas que le había regalado la señorita Queca al vaciar su departamento. En una vitrina de pared, que también había pertenecido a Queca —recién nacida cuando Nerina entró a trabajar con la familia Ávila—, se mezclaban estampitas bendecidas, una colección de pastilleros, un abrecartas toledano, una miniatura de la Virgen de Luján, una copa de Murano y una variedad de muñecas a las que agregaría la pastora con cayado y cabrito. Si su finada madre viera que se acostaba en lecho de rosas, se enorgullecería de Nerina, la mayor de sus nueve hijos. Lástima que su patrona, antes una seda, se portara cual niña rebelde.

Quizá todavía conserva el color original, pensaba Herminia, estudiando el frágil objeto. Gozó del perfume a papel viejo mientras estudiaba cada detalle de la portada.

Una mujer robusta, posible criada de la dama de peinetón y mantilla que la precedía, usaba falda de un rojo aun más intenso que el de la tapa. Herminia, por el claro resplandor que desdibujaba la ciudad colonial, imaginó un mediodía de verano y una plaza con cabildo e iglesia.

Sobre un rectángulo amarillo, el título: *Grandes mujeres de América*. Para completar el efecto escolar, siluetas de pájaros sobrevolaban un cielo de fantasía. Al pie, sobre una estrecha banda negra, decía: Editorial Huarpes S.A., B. Aires. Arriba del título enmarcado, el nombre del autor: J. Luis Trenti Rocamora, y debajo, el del prologuista: Enrique Udaondo. El año de edición, tal como anticipara Nerina, 1945.

En la página 7, un comentario de la secretaria de redacción, y de la 9 a la 15, el prólogo. En la 17, una advertencia al lector. En la 21, el nombre de una de las heroínas: María Antonia de Santa Fe. Y en el centro de la contratapa, el precio: 4 pesos. Moneda argentina.

Herminia, convencida de que no iba a poder tragar bocado hasta no leer, por lo menos, la advertencia del autor, buscó una excusa para retrasar la cena.

Cada vez que hablaba de Teresa, madre superiora, Nerina se santiguaba y pedía que le enviara sus respetos. “Nos ganaremos la vida eterna gracias a los rezos de su amiga.” Nada mejor, entonces, que comentar, sentada frente a la computadora, que le estaba respondiendo un mensaje a quien les iba a otorgar el paraíso.

Mi muy querida y recordada amiga —escribió—, *puedo considerar milagroso el hallazgo de Nerina, justo cuando mi alma navega por el siglo XIX. Quizá, si transcribo la advertencia del autor, un tal Enrique Udaondo, recordarás el libro y comprenderás que un poder superior ha decidido enviarme a Segunda Josefa. Y que yo, humilde servidora, obedezco los designios divinos.*
Tuya en Dios.

Para imitar la diagramación original, escogió la cursiva. Y a la primera letra del texto le otorgó una ele mayúscula en rojo.

Debido a su artrosis le costaba ir de lo escrito en el libro al teclado y viceversa. Pero le urgía recuperar la confianza de la religiosa para que intermediase con el Altísimo y le rogara que Segunda Josefa, Pepita Sagra y el general Mariano Necochea permanecieran en esa especie de limbo que les permitía comunicarse con los vivos.

Leyó la página en la que regía, de subtítulo, la advertencia:

La mujer, nacida para ser la envidia de la naturaleza toda por razón del conjunto armonioso de sus dones y gracias, no ha descollado en las ciencias y en las artes, ni su actuación ha sido preponderante en la política o en la sociología.
Ha habido, no obstante, algunas excepciones; ha habido mujeres, sin dejar lo que es y siempre será su propia y exclusiva misión: la del hogar, han descollado por otra acción si no más transcendental, ciertamente más llamativa y más excepcional.

Herminia se detuvo en ese punto y aparte.

La indignación le quemaba la garganta. ¿Cómo podía ser que lo que hoy le causaba rechazo en el lejano ayer le agradara o la entretuviera? De haber muerto a la edad de su marido, se habría ido de este mundo sin arribar al puerto de su propia alma. Quién sabía cuánto tiempo le era concedido a una persona para encontrarse consigo misma. Las heroínas no tienen por qué ser castas ni propensas al martirio, pensó. Y sin quererlo le vino a la cabeza *La plaza del diamante*, novela en la que una viuda pobre acepta casarse con un hombre al que no ama para que sus hijos pequeños no sufran hambre. Pasan los años y la protagonista, después de los festejos de la boda de su hija, sale a la plaza del pueblo en ropa de dormir y da un grito de infierno que hacía muchos años llevaba atascado dentro. Herminia se preguntó qué penas llevaba atascadas ella. Y mientras pensaba y rumiaba sin remedio, perdió el equilibrio y se fue de costado. En ese lapso breve, por su mente circularon

tenebrosas visiones de invalidez y dependencia.

Como si estuviera espiándola, Nerina apareció desorbitada y agitando las manos.

—Virgen Santísima, qué hemos hecho.

Herminia, aunque asustada, había recuperado su temple y le rogó a Nerina que dejase de chillar y la ayudara a incorporarse con cuidado.

—Acércame una silla, que sola no podrás alzarme. —Y se sujetó del tirante de madera. Aferrada al objeto sólido, dijo—: Pon una almohada, que voy a intentar arrodillarme. Si mis articulaciones se traban, tendrás que apelar al encargado o a un vecino.

Cuando, con ayuda de Nerina, se puso de rodillas, pidió que le trajera la butaca de pana y la deslizara por debajo de las nalgas. Igual que equilibrista avanzando sin red y sin pensar en el vacío, invocó, en silencio, a su marido y a sus padres, intermediarios confiables ante Dios.

Sentada, sudorosa, agitada, temió que le diera un infarto igual que a Carlos, cuyo corazón enfermo había claudicado a pesar de los esfuerzos médicos. Pensó en la donación de órganos y se dijo que los de ella no le servirían a nadie. Pensó, también, que tal vez estuviera en el momento más trascendente de su vida porque, a pesar del lastre de su cuerpo, estaba aprendiendo a levitar.

Desde su postura rogó a Nerina que no tuviera miedo. Nerina le rodeó la cintura y la sujetó fuerte para que no se fuera hacia atrás. Permanecieron abrazadas, oyendo las mutuas palpitaciones. Finalmente, y con una sonrisa, Herminia dijo: “Ahora somos una”.

Las alfombras, regalo de Queca durante su mudanza, habían amortiguado el impacto.

—Cuerpo machucado pero entero —bromearía más tarde, mientras su aliada la ayudaba a prepararse para dormir—. Lo que no se ha comido hoy lo comeremos mañana, Nerina. A mí me ha bastado con la compota y las galletas de miel, que te han salido como nunca. Del susto, más que del golpe, se me cerró el estómago. Pero tú no tienes que conformarte con una cena frugal. Somos dos personas, Nerina, recuérdalo.

—Antes me dijo que éramos una —replicó con picardía.

—Y lo somos en cierto sentido.

—Verla ahí, tirada, igual que los libros y la pastorcita…

—¿Crees que fue una señal? Yo también lo creo. Tú, que me conoces del derecho y del revés, sabes que disfruto de mi independencia —fijó sus ojos claros en los marrones de Nerina—. Has prometido y jurado que no se lo contarás a Queca y menos a Elsa, que es capaz de tomarse un avión para reprocharme que siga viva y dando disgustos.

—Pero si después se nos enojan.

—Que se enojen conmigo. Tú has procedido de acuerdo con mi voluntad. Imagínate: si me internaran en un geriátrico, nos separarían, y tú me has dicho que quisieras morir en tu cuarto, rodeada de tus objetos más preciados. Los niños se caen constantemente, ¿te acuerdas de la fractura de Juancito? ¿Y lo del pie de Delfi cuando su padre la llevaba en bicicleta? ¿Y del yeso de Elsita, por jugar al fideo fino en el patio de la escuela? A nadie se le ocurriría encerrar a un niño para salvarlo de los peligros de la libertad, ¿verdad?

—Pero imagínese cuando llamen por teléfono: ¿cómo está mamá, Nerina? ¿Cómo está la abuela, Nerina? ¿Y si vienen de visita y la ven cojeando?

—El reuma, Nerina. En los viejos, caminar con dificultad es lo corriente. Mi marido solía decir: “Sabemos la edad de una persona por la manera en que se mueve”. Claro que hay excepciones. Pero la excepción no hace la regla.

—Un sabio, que Dios lo tenga en su gloria. Puedo hacerle una pregunta, si no la ofende.

—Pregunta, mujer.

—Si la providencia la enviase al paraíso familiar, ¿me llevaría con usted?

Herminia comenzó a reír, y de la risa surgió un sollozo, y del sollozo un llanto incontenible.

Nerina le dio de beber un vaso con agua. Tenía los ojos húmedos y la chata nariz, colorada.

La zozobra de ambas crecía en el silencio que se oía, que se olía, que se tocaba. Y por unos segundos, estuvieron metidas en él.

Herminia había apelado al medicamento que, según el doctor, licuaba la sangre y podía provocar gastritis. Releyó el prospecto; ahí

también se decía que era un efectivo calmante del dolor. Que el corticoide pudiera quitarle el sueño no la preocupaba. Soñar despierta o soñar que se está soñando era mejor que no soñar.

A quien debía purgar una culpa tal vez le correspondiera errar hasta lograr el descanso eterno. Ella, si le dieran a elegir, sin chistar aceptaría el lugar nómada de su antepasada en vez de la infinita oscuridad de la tumba. Quizás hizo mal en rebelarse contra un texto que reflejaba lo que gran parte de la sociedad aprobaba por aquel entonces. Si hasta a ella y a Carmen, en su momento, les había gustado. Los colegios religiosos recomendaban ese tipo de literatura, y si había otra, se la leía a escondidas.

Baño, friega con ungüentos, hielo en la parte más afectada, y vuelta a acomodar las almohadas para no sentir el efecto del golpe en sus cervicales.

Desde que comenzaron a aparecer Segunda Josefa, el llamado general romántico y su amante, Pepita Sagra, Herminia había decidido sacar de la cabecera de su cama la enorme foto de casamiento en ancho marco de peltre. La familia le había preguntado por qué. Su respuesta fue: “Pobrecitos, tanto tiempo colgados en el mismo sitio, que decidí airearlos”. En verdad no le agradaba que esa pareja de novios inocentes se vieran mezclados en sus asuntos nocturnos.

Oyó el fru fru de la seda, el ruido de la hamaca al balancearse, y se dejó conducir por Segunda Josefa, baqueana en terrenos de la memoria. Erguido y apuesto en su uniforme de granadero, Necochea aguardaba a la española, que, cumplido su desvarío pasional, le había enviado un emisario para anoticiarlo de su llegada en buena salud, al igual que la niña…

Mariano sostuvo a su hija y la estrechó contra sí. Por supuesto que la añoraba, y él mismo se lo había dicho, pero jamás hubiese pensado que atravesaría la cordillera al solo efecto de complacerlo.

En la alcoba, su general le decía loca mientras la tallaba por dentro y por fuera. Las palabras de Mariano le llegaban al hueso. En las habitaciones vecinas tal vez se oyesen el chirriar del lecho angosto y los jadeos y murmullos. Tal vez los militares de rango menor, primeros en dar su sangre por la patria, se excitaran al imaginar a las soldaderas donándoles sus vulvas entre batalla y batalla. Fusilamientos, obuses, bayonetas, espadas podrían herirlos

de muerte en la próxima campaña. O tal vez pensasen, henchidos de deseo, en las damas patricias que ofrendaban al ejército libertador armas con sus iniciales grabadas. Sexo y muerte solían andar juntos. Si no, que se lo preguntaran a Pepita Sagra y a quien había quedado prendado apenas verla varada entre dos fuegos.

Casada, como él, y con las mismas agallas para exponerse al escarnio. La historia se ocupa de los guerreros y, a las perdidas, de aquellas que los acompañan. Pepita lo bordaba con su saliva. Y que no atinara a moverse, que ella después lo montaría hasta calzar, al fin, en su capullo, la espada del guerrero.

17

> "El día del entierro, el ataúd fue llevado a pulso hasta la capilla de La Araucaria, donde sería sepultada. Éramos un conjunto reducido y doliente. Nuestros pasos crujían sobre la conchilla gris del sendero y luego se ahogaban en el césped muy verde, porque hacía poco había llovido."
>
> ELSA FRAGA VIDAL, *Segundo violín*

Majo se alegraba de que los trámites se hubiesen concretado antes de lo previsto. El señor Green, gracias a sus contactos, había obtenido el certificado de defunción que al hijo le negaron porque aún no se habían completado los peritajes correspondientes al accidente.

Accidente, palabra que sublevaba al hijo de Soledad. Él la conocía mejor que nadie. Aún recordaba la primera vez que lo dejó cruzar la calle solo mientras lo vigilaba desde la vereda de enfrente. "Siempre por la senda peatonal, el semáforo en verde y mirando hacia los dos lados." Era una mañana calurosa de marzo, tenía nueve años, la brisa era espesa y húmeda, y él avanzaba con la certeza de tener prendidos los ojos benefactores de su madre en la espalda. Bajo ese ojo él había comenzado a caminar, a estudiar, a trabajar y a enamorarse con facilidad.

Delito.

Gastón se sujetaba a la idea del delito, del asesinato, de la impunidad, y habría querido ser un detective vengador, parecido al de las películas, que no confía en la policía ni en la justicia y decide reparar el daño al modo bíblico: "Ojo por ojo, diente por diente". Pero le faltaban agallas. Había sido un alumno aplicado. Su objetivo: aprobar con un puntaje alto, no porque le importaran las calificaciones sino porque ansiaba ver la aprobación y el orgullo en la mirada de Soledad Sánchez.

Las náuseas y el rechazo de pensarla desfigurada en una heladera de la morgue, tal como la había visto al reconocer su cadáver, le habían impedido alimentarse. Y cuando comía no dejaba de conjugar mentalmente el verbo morir: presente, pasado, futuro,

pretérito perfecto, pluscuamperfecto… La muerte había irrumpido y anegado sus pensamientos que boyaban entre imágenes de sórdida ingenuidad, y enseguida revivía momentos gratos de su vida junto a su madre, idealizándolos.

Trabajo.

Cuando él consiguió su primer trabajo fueron a un restaurante de Puerto Madero, se sentaron a una mesa que daba al río y brindaron por el futuro. En ese instante pensó que en esa visión de futuro su madre estaría siempre a su lado. Y que la independencia que ella creía darle para que no fuera el típico hijo único no era verdad.

Dos años atrás habían hecho una excursión a los glaciares.

Cinco años atrás él terminaba la secundaria y ella no paraba de llorar: su hijo, el mejor promedio del colegio. Se preguntó si su futuro estaría centrado en el preciso instante en el que Cintia Ovando, especie de hermana para su madre, lo llamó para preguntarle si sabía por qué su mamá no había ido a trabajar. A partir de allí los sucesos se licuaban en las palabras de un vecino que había visto arremolinarse gente, se había asomado a ver qué pasaba y enseguida le avisó al portero y el portero le avisó a él y él fue recibiendo los cachetazos de la realidad.

Intentó poner en orden sus pensamientos.

Durante unos segundos, un minuto, una hora, quizás, imaginó que, si no hacía nada y retornaba al cariñoso saludo materno de la noche anterior, todo se solucionaría. Estaba cansado, tan cansado que creyó ver que la lámpara despedía luces intermitentes y debajo de sus pies la tierra temblaba. Habían inscripto a su madre en la lista de "víctimas del delito vial", así lo llamaban con la intención de que la justicia no lo considerase asesinato. Por lo que se había enterado, esa gente vil no iba presa.

En el tope de su desolación pensó: "Me voy a vivir a una pensión, vendo el departamento, el auto y después pienso cómo seguir". ¿Seguir? Había aprendido en carne propia que aquello que solía rondarlo como un insecto ya estaba en su torrente sanguíneo y era imposible espantarlo o aplastarlo.

A la madre de Gastón le habían sucedido dos cosas importantes

en la vida: enamorarse y tener un hijo. De haber podido expresarlo, se lo estaría diciendo a todos los que intentaban con sinceridad o por compromiso acompañar al huérfano que, si soportaba la presencia del que se identificó como padre, era porque no le daba el aliento para luchar solo contra la burocracia mortuoria. Sin abuelos, sin primos, sin tíos, sólo le quedaban el señor Green y la familia de Delfi. Pero era la familia de ella, no era la de él. Y se dio cuenta de que, desde que sus abuelos murieron, le había pesado que sólo fueran él y su madre, su madre y él, y que ambos se habían confabulado para tapar cualquier atisbo de ausencia que corroboraba ese apretado nudo de a dos.

Había llegado el momento de poner todo en claro, pero desde que había recibido las pertenencias de Soledad Sánchez él estaba en otra parte.

Papeles al nacer y al morir.

Y en el intermedio, aquello que Kafka había sabido retratar como ningún otro escritor. A Gastón un buitre lo iba comiendo de a poco. A Gastón lo estaban enviando a una colonia penitenciaria para que le tatuaran una culpa ajena en la piel. A Gastón lo procesarían, lo juzgarían y, a pesar de su inocencia, él los dejaría actuar.

La madre.

A Soledad Sánchez le faltaba un año para terminar su carrera universitaria cuando se le presentó la oportunidad de emplearse como ayudante del administrador de los campos y propiedades de la familia Green. El contacto lo había hecho una vecina de Soledad a través de su tío, un hombrecito con cara de pájaro y dedos afilados. Ambos estaban al tanto de las dificultades de Soledad para mantenerse y ayudar a sus padres, ya mayores. El sueldo que le ofrecían en su nuevo trabajo era bueno y ella supuso que, en dos años, lograría ahorrar lo suficiente como para regresar a Buenos Aires y reanudar sus estudios sin tantas dificultades económicas. Le entusiasmaba trabajar en Melincué, pequeña ciudad donde constaba que había nacido en casa de una partera fallecida tiempo atrás.

Cuando se presentó en las oficinas de la administración de La Magnolia, Soledad era una muchacha de veintisiete años, de estatura mediana y rasgos apacibles. Quien la trataba quedaba seducido por su voz amable y convincente. Tenía una figura de

curvas incitantes que ella se empeñaba en disimular con ropa suelta. Cuando antes de cumplirse el año Soledad, embarazada de cinco meses, regresó a Buenos Aires, nadie dudó de que la causa fuera otra que la enfermedad del padre.

No hubo interrogatorio. La abrazaron, habían creído que nunca les sería otorgada la dicha de tener un nieto. Además, el hombre que lo había engendrado no les haría faltar nada a ella ni al niño.

Soledad amamantó a su hijo durante un período corto, mientras se ganaba unos pesos dando clases de inglés. Después decidió tomar una empleada para que asistiese al bebé y ayudara en las tareas domésticas. De ese modo logró terminar su carrera universitaria.

Majo era un pez fuera del agua que daba coletazos. Y su comentario consolador era una pesada piedra que se tiraba una y otra vez al piso con intención de hacerla trizas. Anhelaba el epílogo del melodrama que su marido, su hija y ella estaban obligados a representar.

La culpa la tenían Daphne du Maurier, su *Rebeca* y la infeliz ocurrencia de ella de darle sus datos al larguirucho que ahora estaba sentado en su living como si formara parte del mobiliario.

Ricardo se había encerrado en el dormitorio para hablar por teléfono y explicar el motivo que le impedía estar presente en la reunión con otra aseguradora. Mal dormido y malhumorado, debía sacar el auto para ir a Pilar, y encima sus suegros se habían colado en el entierro.

En la madrugada de ese mismo día a Majo la había despertado una pesadilla: Delfina caminaba por un lago congelado. En el paisaje color tiza, Delfina aleteaba como una mariposa brillante en una sábana sucia. Surgiendo de la bruma apareció Gastón, alzó en sus brazos a Delfi y ambos se alejaron hasta que se oyó un estrépito y fueron tragados por una grieta en el hielo.

Había pegado un alarido que sobresaltó a Richard. Él encendió la luz, bajó de la cama y le trajo un vaso de agua.

Charlaron y charlaron, como perro mordiéndose la cola en cada giro de posibilidades distintas para desembarazarse de Gastón. ¿Y si le dijeran al padre que Delfina era menor de edad y que Gastón en adelante tenía prohibida la entrada? ¿Y si le exigiesen al padre que lo mandara al extranjero?

Hermanados por lo que consideraban una operación de

salvataje, se miraban a los ojos, se incorporaban, se destapaban, hacían ademanes de aprobación o de rechazo, y en esa excitación recordaron cuando ella pujaba en la sala de partos y él la animaba, le secaba la frente y le hablaba como si Majo fuese la beba que estaba por nacer.

—Esto, peor que un parto —dijo él.

Su mujer, de milagro, no lo contradijo. Habían dormido poco pero estaban despabilados y dispuestos a dar pelea.

A las siete, el teléfono sonó.

Majo levantó el auricular. El señor Green les anunciaba que el sepelio se llevaría a cabo, a las once y treinta, en el Memorial. No estaban obligados a asistir, pero Delfina le hacía mucho bien a Gastón. Agradeció que fueran una familia tan bondadosa y comprensiva.

Majo comenzó a pedir auxilio a Richard en lenguaje gestual hasta que los nervios la vencieron y le dijo al señor Green que aguardara, por favor, que su marido necesitaba hablar con él.

—¿Así que ahora llevamos nosotros a Gastón?

—¿Preferías dejar a Delfi sola con el padre y el hijo?

—Te faltó decir el espíritu santo.

—¿Es una burla?

—Yo qué sé lo que es. Otro día más que no voy a la empresa.

—Mejor, para que sientan tu falta.

Como corolario sonó el celular de Majo. Lo atendió.

—Es mamá —dijo, haciéndole un gesto desesperado a Ricardo.

—Arreglate vos con tu vieja. Me voy a duchar. Tengo un colador en el cerebro.

18

“La carne es una amante que hasta el final se desnuda.”

ANA EMILIA LAHITTE, *Memorias del adiós*

Por la autopista Panamericana, vía rápida de accidentes y manifestaciones políticas frecuentes, todo parecía haber perdido sonoridad.

Ricardo, a pesar de que le gustaba conducir, le había cedido el volante a su mujer.

Era un día fresco de finales de otoño, anticipador de chubascos y tormentas. De a ratos el sol asomaba por la hendija de un nubarrón grave, oscuro.

—¿Puedo poner música? —preguntó Majo.

—Por mí… —respondió Ricardo.

—Que sea suave, mamá.

—¿El Adagio de Albinoni?

—Ama el Barroco —respondió Delfi por Gastón que, la cabeza en su hombro, pensaba en el inevitable regreso al desolado departamento.

En el cementerio estaba esperando Cintia Ovando, única persona a quien Soledad había confiado los datos del padre de Gastón, por si algún día llegara a pasarle algo.

Delfina —su primera vez en un entierro— contemplaba, a través de las lágrimas, a la mujer alta de peinado recogido y anteojos oscuros que no paraba de sonarse la nariz.

Gastón, muy reservado, había contado que su mamá trabajaba en un estudio contable, que un mes más tarde habría cumplido cuarenta y nueve años, y que su mejor amiga era una tal Cintia.

Ricardo rodeó los hombros de Majo.

El señor Green intentó imitar el gesto protector y fue rechazado por el hijo.

Rebeca, tiesa de frío, pensaba en mausoleos, bóvedas, nichos, fosas comunes, exequias pomposas, y en madres de soldados que

reciben un telegrama y una inútil bandera. Y en bandas de jazz que ofrendan el tierno pan de la música. Y si en ese zapping de recuerdos de viajes, videos, guías culturales, no apareció la nave mortuoria de *Kagemusha*, señor feudal del film de Akira Kurosawa, fue porque ella se había dormido en gran parte de la película y Kurt después le recriminó que no hubiese sabido apreciar la magnificencia de las batallas ni la esencia del samurai.

Ese mismo Kurt, cuando el féretro de Soledad Sánchez bajaba a la sepultura, tomó de la mano a Rebeca y se la apretó fuerte. Ninguno de los dos sabría si ese apretón fue por la escena que simbolizaba la absurda brevedad de la vida o un impulso memorioso de quienes se amaron durante décadas o sólo el hábito de una pareja que, con el tiempo, termina por leerse mutuamente los pensamientos.

El cielo encapotado aumentaba el desánimo.

Rebeca se preguntó si Majo habría hecho bien al invitar a todos a un almuerzo en un restaurante de San Isidro. Hasta había invitado a Cintia Ovando, que se había excusado: debía regresar a la oficina.

A Majo le había parecido correcto el discurso del cura en la capilla ardiente. También le resultó adecuado que el estudio contable —a pesar de haberse enterado a último momento— enviara una corona y el pésame. Y si no había más gente en el sepelio era porque Cintia ya les había comunicado que el hijo había impuesto una ceremonia íntima.

Pero Delfina era chica y se lo estaba tomando muy en serio.

Seductor el señor Green, no cabía duda, porque apenas él le clavó su mirada oscura, Majo decidió que Gastón podría seguir frecuentando su casa, ya que era mejor de lo que había creído.

Los previsores comenzaron a abrir sus paraguas.

El pronóstico de lluvia se estaba cumpliendo. El paisaje de álamos, altos vigías indiferentes, y pálidas tumbas al ras del suelo se fue disolviendo en la humedad del aire frío. Se arrimaron unos a otros para armar una especie de toldo que los protegiese del agua y del inevitable destino en común.

El sacerdote, que usaba una capa impermeable y sabía interpretar las demandas de sus acólitos, decidió acortar su habitual responso.

Cuando Gastón, a instancias del cura, tomó un puñado de tierra

que si no se apuraba iba a convertirse en barro, el resto de los presentes se miraron a hurtadillas, sin saber qué actitud tomar. Cintia Ovando arrojó sobre el féretro una rosa —que había besado previamente— y enseguida sacó del bolsillo del piloto una flor igual a las que se secan entre las páginas de un libro, que también tiró en la tumba. Finalmente, la enorme corona de la familia Green.

El bajo cielo turbulento le hizo recordar a Rebeca el de un óleo que Kurt había comprado cerca de la iglesia del Santo Sepulcro, en Jerusalén. Esa crucifixión terminó colgada en la oficina de Kurt porque a Queca no le gustaba poner en las paredes de su casa imágenes religiosas. Pensó en su padre muerto, en su madre anciana, en sus sesenta y en los sesenta y seis de Kurt. En un lugar había leído que la vejez no era una batalla sino una masacre.

Kurt le tocó el brazo para preguntarle por qué Gastón y Delfina estarían corriendo, y ella le respondió que no era adivina.

—Calma —susurró Kurt tomando a Rebeca del brazo—. No es bueno que, a estas alturas, nos rompamos un hueso. Que corran los jóvenes.

—Creo que a los dos nos asusta lo mismo —dijo ella.

—Que no te extrañe, Queca. Que no te extrañe. —Y levantó la solapa del piloto, que su ex reconoció. Ella había insistido en que se lo comprara en el último viaje a Londres. Después habían ido a ver un concierto homenaje a Freddie Mercury. Otro muerto joven, pensó.

Rebeca le pasó el paraguas para que él, más alto que ella, lo sostuviese.

—Por poco te saco un ojo.

Kurt aferró el mango del paraguas y lo inclinó hacia el lado de su ex mujer, para protegerla del viento y la llovizna y para sentirse protegido con la protección que le brindaba.

19

"Esa debía ser la mejor manera de no morirse, de ahuyentar a la muerte."

GERMÁN N. ROZENMACHER, *Cabecita negra*

Un inmenso velo parecía haber descendido sobre los cuatro automóviles estacionados.

Kurt estaba por abrir la puerta de su coche cuando Delfi —sus pequeñas facciones alteradas— se acercó a los abuelos para decirles que Gastón no quería ir a almorzar a un restaurante, y menos si iba el señor Green.

—¿Podemos volver con ustedes?

Todos estaban al tanto de que si Gastón había aceptado la ayuda del padre era porque él necesitaba encontrar testigos, investigar lo registrado en las cámaras de seguridad y cumplir con toda la parafernalia judicial y policial que hiciese falta. Ya no soportaba pensar en su madre bajo tierra. Ya no soportaba pensar en el placard con ropa aún palpitante. Ya no soportaba decirse que la noche previa a su muerte ella le había hecho una broma sobre la mala costumbre de dormirse con el televisor encendido. Ya no soportaba autorreprocharse que, si él hubiese amanecido con fiebre, probablemente ella habría llamado a su oficina, avisando que llegaría más tarde, y habrían ido juntos al Hospital Italiano… Pero, a la mañana siguiente del beso, de la broma y de preguntarle cuándo iba a conocer a su amorcito, un hijo de mil putas al volante le había pasado por encima.

De pie, aguardaba que Delfina terminara de hablar con sus abuelos. Y lo que ella les decía —quizá no con esas palabras— fue la explicación que le dio Kurt a Majo por los cambios de último momento. En las crisis no se puede programar nada.

Gastón, después de un corto y duro diálogo con el señor Green, y de pedir disculpas a Majo y a Ricardo, se acercó al Volvo y se sentó en el asiento trasero junto a Delfina.

Majo y Ricardo, que habían convenido con el padre de Gastón

reunirse al día siguiente del entierro para intercambiar opiniones acerca de los chicos, se alegraron de poder adelantar los planes.

Veinticuatro horas antes habían afirmado no tener inconveniente en que Gastón se quedara un par de días más en el departamento, pero el panorama se presentaba complicado.

Kurt contempló a la parejita por el espejo retrovisor.

—Duermen —murmuró.

—Pobrecitos, manejá despacio, así tienen más tiempo para dormir.

—¿Sabés una cosa?

—¿Qué? —No fuese a pensar que por estar juntos en un auto…

—No los envidio.

—¿En qué sentido?

—Van a tener que separarse, y les va a costar.

—Los caminos de una pareja están sembrados de separaciones.

—¿Ahora te volviste poeta de feria?

—¿Y vos qué te volviste, Kurt?

—Lo que ves. Un viejo reblandecido.

—No exageres.

—No exagero. Ver a estos pichones me da ganas de llorar.

—Tu respuesta es también frase para póster de los noventa. No es una crítica, sino que a veces nuestros pensamientos retrasan. Imagino lo que será la charla entre Majo, Ricardo y el señor Green. Quizá debimos estar allí.

—¿Para que después nos digan que metimos la pata? ¿Acaso no piensan que somos un fastidio? Tu mamá, en su mundo, no jode a nadie. Consiguió volverse invisible.

—No seas cruel. Majo y Delfi la adoran, y mi hermana y yo, a nuestra manera, también. ¿Los chicos no estarán despiertos con los ojos cerrados?

—Si así fuera, no dijimos nada de malo. Siguen durmiendo. Los veo por el espejo.

Un volantazo para esquivar a un motociclista suicida que pasó entre dos camiones y se le apareció de repente. Enseguida un chiflado se bajó de su Suzuki, flamante según el número de patente, y lo acusó de haber impactado en su paragolpes.

—Te doy mis datos —dijo Kurt, con ganas de asesinar al conductor que le exigía bajar del auto, y se dispuso a anotarlos en un papel que sacó de la guantera.

—Te dije que te bajaras, viejo de mierda.

Por la ventanilla de atrás asomó Gastón con cara de lunático.

—Bajo yo y te reviento a trompadas si no le pedís disculpas al abuelo.

—¿Y por qué lo dejan manejar?

Eran las palabras que esperaba Kurt para sacar un brazo y tomar por el cuello al gallito que chillaba por un mínimo raspón en el guardabarros trasero.

Rebeca se bajó del auto.

Los bocinazos aumentaron.

—¡Basta! —gritó, golpeando con el canto de la mano el antebrazo de su ex para que dejase de apretarle el cuello al imbécil de la Suzuki roja—. Estamos nerviosos porque venimos de un entierro —rugió, abrió la cartera y extrajo una tarjeta—: Es de mi mecánico. Vas —le dijo al bravucón— y lo que te cueste el arreglo lo pago yo.

El tipo tomó la tarjeta y se tragó un insulto porque la fila comenzaba a moverse y porque se dio cuenta de que ya no quedaba otra alternativa.

También Kurt decidió que era mejor no ponerse nervioso y puso el pie en el acelerador.

Delfina se largó a reír.

—Te hubieras visto, abuela. Te tuvo más miedo a vos que al abuelo y a Gastón juntos.

—Lo bien que hizo —enfatizó Kurt.

—¿Y si lo lleva a su mecánico y le dibujan el presupuesto? Capaz que la carrocería tiene otros golpes y ese cretino se aprovecha —comentó Gastón que, después de su descarga con el conductor de la Suzuki, parecía haber dejado de odiar el mundo y a sí mismo.

—Imposible. Es de mucha confianza, y antes le voy a dar una llamadita para avisarle. Anoté la marca y la patente mientras Kurt discutía.

Rebeca buscó entre los discos que llevaba su ex en el auto. Notó que había algunos de cumbia, rock y otros que Kurt jamás habría

comprado. Quizá le prestaba el coche a la putita del gimnasio o ella los puso ahí para escuchar lo que le complacía y el muy tonto se las aguantaba.

Encontró, entre una variedad de óperas y música sinfónica, los nocturnos y valses de Chopin, por Martha Argerich. Lo deslizó por la ranura del reproductor, segura de que Gastón no iba a considerar ofensiva esa música.

Kurt, complacido, le dio un golpecito cariñoso en el muslo.

Así solía despertarla cuando ella se dormía rumbo a Pinamar. A él le gustaba manejar de noche y contemplar el amanecer en la ruta. Por lo general, se detenían en la estación de servicio de Dolores. Había unas pocas sillas y mesas, una máquina de café y facturas. Desayunaban con las miradas puestas en el sol que iba expandiendo su poder en el horizonte. Dudaba de que ahora conservara esa costumbre con el problema que tenía en los ojos: cielos también enrojecidos. Estaba por preguntarle cómo seguía de la rosácea pero pensó que era mejor guardar sus pensamientos. Los chicos estaban atrás, y no sería oportuno comenzar una conversación sobre enfermedades, cuestión que fastidia a las criaturas de pasado breve.

—¿Puede subir el volumen? —pidió Gastón.

—Por supuesto. Creímos que querrían seguir durmiendo.

—Ya no —dijo Delfina—. ¿Vamos a bajar en Libertador o en Cabildo?

—Donde ustedes quieran.

—Reabrieron Tabac. Medio "old fashion" el lugar, pero es amplio y a esta hora debe de haber poca gente. Además el café es bueno. ¿O prefieren otro sitio?

—Si me permiten, quiero invitarlos yo. En Libros del Pasaje hay un servicio de cafetería muy bueno —dijo Gastón con firmeza.

—Ahí me llevaste la primera vez que salimos —comentó Delfina.

—Es verdad —le pasó la mano por el pelo que todavía estaba húmedo por la lluvia—. A mi mamá también le gustaba ese lugar. Antes se llamaba La Boutique del Libro. Quizás ella me lo esté recordando —la voz se le ahogó—. Adoraba a Chopin: de chica lo tocaba en el piano. Lo vendió cuando murieron los abuelos y nos mudamos de la casa de Flores a un departamento en el centro.

Hablaba como si acabara de salir de un encierro obligado y quisiera traerlo todo a la memoria. La primera infancia en una casa

chorizo con pasillo para andar en triciclo y jugar a la pelota.

Después les contó que su mamá había sido adoptada por un matrimonio mayor. Y que nunca supo quiénes eran sus padres biológicos. Una vez, mirando televisión, encontró un programa en el que la gente iba a contar sus historias, por lo general buscando a familiares perdidos por diferentes causas. Había quedado impresionada por las declaraciones íntimas que hacían públicas y dijo que a ella le daría vergüenza ventilar sus asuntos privados.

Delfina, para traerlo a un presente liviano, comentó un episodio grotesco de la farándula y pidió que contara sus anécdotas de librero.

—Nada en especial. Viene gente de toda clase y muchos te explican de qué se trata el libro pero no recuerdan el título ni el autor.

—Me encantaría tener una librería que fuera un pequeño centro cultural.

—No idealices, Delfi: hay que tener mucho dinero, las que se salvan son cadenas… —bajó la mirada para decir—: Pensar en volver al trabajo me parece lejano y ridículo.

Trajeron, al fin, los cafés con leche.

—La nueva empleada recién está aprendiendo a usar la máquina —se excusó el camarero de jeans y buzo con calaveras de diferentes tamaños, estampado poco oportuno para tres personas que se esforzaban en sacar a la cuarta de sus inevitables pensamientos fúnebres.

Rebeca y Kurt atacaron las medialunas de manteca y los tostados de jamón y queso. Estaban hambrientos o quizá consideraron que a los disgustos había que contraponerles algún placer.

Cuando ya no quedaba sobre la mesa nada que beber ni masticar, Rebeca interpretó que el silencio de los chicos debía ser roto con palabras alentadoras, especie de postura actoral acerca de la continuidad del espectáculo y el eterno latiguillo de que la vida siempre merece ser vivida.

Kurt, a pesar de lo mucho que había discutido con Queca por su maldita costumbre de meterse donde no la llamaban, se terminaría aliando con su ex mujer, por hábito generacional, en parte, y porque a los dos les preocupaba Delfina.

—Me alegra, Gastón, que tengas buenos recuerdos de infancia,

eso habla bien de vos —se atragantó al darse cuenta de que el señor Green no estaba incluido—. En un momento dijiste que detestabas que tu vida se pareciese a las telenovelas en las que la tía termina siendo la madre y el padre el abuelo o algo así —y espió a su ex para ver si no le hacía un gesto represor—. Quien más, quien menos, todos guardan un secreto de familia. Está a la vista que con Delfina se entienden bien, pero son muy jóvenes…

—Lo sabemos, abuela. ¿Tiene algo de malo ser joven? —la interrumpió su nieta.

—Para algunas cosas sí —sentenció Kurt con voz grave.

—Ya lo imagino —respondió Delfina, molesta—. Si es por eso, no se preocupen: todavía no llegamos a... —se mordió el labio inferior como prohibiéndose continuar.

—No soy tan tonto, preciosa. No me refería solamente a las relaciones sexuales sino a la dependencia. Te oí quejarte de que tus padres no te pierden pisada. Y Gastón habló del síndrome del hijo único. Ustedes tendrán que retomar sus tareas habituales. Él trabaja en una librería y estudia en la Facultad de Arquitectura. A vos te faltan dos años y medio para terminar la secundaria y decidirte por una carrera, ¿verdad?

—Sólo se trata de tomarlo con calma —intervino Rebeca para calmar a Kurt y calmarse ella misma. No era apropiado hablar de sexo: Delfina era una nena, todavía.

“¿La abuela habla de calma en medio de una tormenta?”, se preguntó Delfina.

Para no faltarle el respeto dijo que el tostado de jamón y queso le había dado sed y que iba a acercarse al bar para pedir una Coca-Cola con hielo. Gastón dijo:

—Voy a saludar a los dueños, gente macanuda. Trabajé con ellos cuando terminé la secundaria.

—Fui inoportuna —dijo Rebeca—. No tendría que haber comenzado a hablarles de lo que seguro ellos no quieren hablar.

—¿Acaso nosotros sabemos qué quieren escuchar? Delfi en muchos sentidos es una chica modelo, pero está en su etapa de querer mejorarlo todo y, como si fuera científico con conejillo de Indias, prueba las distintas maneras de consolar a su primer amor. Fue un gesto de cortesía dejarnos solos para que recapacitemos en vez de mandarnos a la mierda, ¿no te parece?

—Quizá sea un modo de decirnos “Si siguen jodiéndonos, no les contaremos una palabra más de lo que pensamos o sentimos”. Vivieron tantas cosas en un tiempo breve que no deben saber de dónde arrancar. No olvides al señor Green, él debe de traerse algo entre manos. Si no fuese así, para qué vendría a saldar una deuda moral con la muerta y el huérfano a los que descuidó durante veinte años. —Rebeca hizo un gesto abarcador con la mano—. Estamos sentados en lo que debió de haber sido un pasaje. Ahora está de moda el barrio y aprovechan cada centímetro de terreno. Nosotros somos el Palermo viejo y ellos el nuevo. Nosotros conocemos el de antes y el de ahora, y los chicos sólo el de ahora. Pero ese doble saber no nos da ventaja porque el de antes ya no existe. Tenemos una pared de vidrio para que los que nos sentamos a tomar café no olvidemos que estamos en una librería y vayamos a comprar libros.

—¿Hoy hablaste con tu mamá? Es ella la que lee sin parar. Ha logrado convertirse en una persona invisible. Es como si practicara irse de la vida sin hacer ruido. ¿Tu nieta tiene un novio librero y a vos se te da por las librerías?

—No seas agresivo. A mí una buena novela me atrapa, y lo sabés muy bien, Kurt, porque me llevaba una pila en las vacaciones. Pero, cuando estoy pasando una crisis, sólo el cine me consuela y distrae. Majo me regaló *Rebeca* para mi cumpleaños, ella también la leyó. Cree que ahí está la clave de mi nombre, pero resulta que la tal Rebeca está muerta.

—Me lo contaste cuando te pregunté por qué te habían puesto ese nombre. Fue en nuestra primera cita. ¿Ya lo olvidaste? Toda la vida estuviste explicándole a la gente por qué tus padres te pusieron Rebeca Segunda.

—No estoy senil, claro que me acuerdo. Pero viene a cuento de lo que te iba a contar cuando me interrumpiste.

—Perdón, ¿tomarías otro café y una medialunita? —Con la mano de él cubrió la de su ex mujer. Ella la retiró sin ganas. Y, para que él no lo tomase como un gesto de enojo, se la llevó a la frente y apartó un mechón de pelo que le rozaba la ceja.

—Ganas no me faltan. Pero la dieta…

—Siempre culposa, ¿no te parece que merecemos darnos un gusto?

Rebeca asintió con un movimiento de cabeza, perturbada por la

sensación que le produjo el contacto de la mano de Kurt. Ya en el cementerio había estado cariñoso. Pero no se dejaría atrapar.

—Era culposa.

—Qué bueno que ya no lo seas.

—¿Por?

—Por nada. Yo te interrumpí cuando comenzabas a contarme algo.

—No era nada importante, sólo una coincidencia. ¿Sabías que a través de *Rebeca* se conocieron Delfi y Gastón?

—¿Delfi fue a la librería donde trabaja Gastón y ahí…? —Kurt hizo el ademán de lanzar una flecha.

—No. Majo es la que fue, después de recorrer todas las de avenida Corrientes para conseguir *Rebeca*, novela agotada que seguro ya nadie lee. Resulta que al fin la encuentra, se la lleva a un bar para echarle una ojeada, se le vuelca el cortado sobre el libro y piensa “no le voy a regalar uno manchado”. Vuelve a la librería, la atiende el mismo empleado.

—¿Gastón?

—Exacto.

—Y le dice que ella se llevó el último ejemplar pero que tienen otro en la sucursal. Como me lo quería dar en mi fiesta de cumpleaños y faltaban sólo dos días, aceptó que se la entregaran en su domicilio. ¿Quién recibe el libro?

—Delfi.

—Exacto. El portero en la hora de la siesta no te abre así te mueras.

—Esta historia me hace acordar a una de Almodóvar en la que una loca cada vez que se sube a un taxi encuentra al mismo chofer.

—¿Desde cuándo te gusta Almodóvar? —preguntó Queca con tono sarcástico mientras pensaba: “Con la putita del gimnasio sí y conmigo no”. Con el mismo tono, continuó—: Decías que las de Almodóvar eran melodramas, puro bolero y minas histéricas.

—Por la tele veo películas que jamás iría a ver al cine. Y no era por el bolero ni por el melodrama ni porque no me gustaba Almodóvar, sino porque las películas españolas tendrían que venir subtituladas: suenan como si hablaran en otro idioma. Los melodramas de Polanski me encantaban. Fuimos a ver *Tess* y otras que no recuerdo a un cine de Santa Fe y Callao que ahora es una

Yenny. Ahí tenés otra librería con café. Parece que hoy en día sólo vender libros no es negocio.

—Hablemos de lo que hablemos, hoy saltan las librerías. Voy a terminar pidiéndole prestado a Majo uno de esos libros sobre el cerebro. Los temas tienen que ver con las asociaciones, el subconsciente y todo lo relacionado con lo que nos hace ser lo que somos.

—Psicología barata. No pierdo tiempo con esos gurús del buen vivir ni les pago una consulta para que me digan lo que tengo que hacer. Juego golf con un psiquiatra que está chiflado. Con los muchachos del club siempre lo comentamos: si te atrapa uno de ésos, salís peor de como entraste.

Iba a responderle que le habrían venido bien unas cuantas sesiones para entender que era un narcisista y un vanidoso que se había convertido en un viejo patético y que era mejor gastar plata en salud mental que en hacerse el "pendejo". Pero pensó que en cualquier momento los chicos volverían y no era conveniente que los encontraran discutiendo.

—Ahora me acordé: era el Grand Splendid. Ya no hay cines bellos. La mayoría están metidos en shoppings y tenés que aguantar el olor a pochoclo, nachos, y toda la porquería que consumen los jóvenes y no tan jóvenes. Susana prefiere ver películas en la casa. No soporta a los rumiantes que te distraen de lo que estás mirando. Hace concesiones cuando se lo piden los nietos.

—Opino lo mismo. A los dos nos encantaba ir al cine con amigos y comer a la salida. Pero a mí me gustaba más cuando íbamos solos y en el restaurante comentábamos la película, hacíamos planes, nos bajábamos una botella entre los dos y regresábamos a casa, entonados y contentos, ¿verdad?

—¿Ahora me lo decís? —preguntó, dispuesta a recriminarle que antes del divorcio le hubiese dicho que no encontraba nada rescatable de su matrimonio.

Estaba previsto que Rebeca ese día no iba a poder mover sus piezas en el pase de factura.

—Disculpen a Gastón —pidió Delfina con una sonrisa—. Se está desahogando con la dueña, que conocía a la mamá. Gastón tiene todo un rollo con eso de no volver al departamento, y la señora lo está convenciendo de que también es su casa y debe hacerse cargo.

Conoce a una psicóloga que a ella la ayudó a salir de una situación “grossa”.

Los dos quedaron mudos. Delfina, sin Gastón al lado, hablaba de corrido y con su tono de voz habitual.

—Pedimos dos cafés. ¿Querés tomar o comer algo más? Comiste un solo triángulo del tostado, te estuve mirando —dijo Rebeca.

—No soy una beba, abu. Me puse a charlar con el chico que hace de camarero, *bartender* y librero, todoterreno. Entró a trabajar aquí unas semanas antes de que se fuera Gastón por cuestiones de horario. Me dijo que Gastón va a salir, que es un tipo bárbaro, que no me preocupe. Comí unos quesos y unas papas fritas con la Coca, no se preocupen. ¿Se enojan si vuelvo a la barra?

—Qué nos vamos a enojar. Estábamos recordando los buenos viejos tiempos con la abuela, ¿verdad?

Rebeca se cubrió la boca para atenuar el sonido de sus carcajadas.

Delfina, desconcertada, los contemplaba como si nunca se hubiesen separado y pensó que era una gran cosa verlos ahí, juntos. Eran tan graciosos los abuelos.

Tercera parte



20

“Dice que después siempre es terrible. Sonríe. Dice: tanto si se ama como si no se ama, siempre es terrible.”

MARGUERITE DURAS, *El amante*

Al salir del Memorial el señor Green ya le había anticipado a Ricardo que ellos serían sus invitados.

—¿Conocen el restaurante La Rosa Negra, en Martínez?

Ricardo asintió con un movimiento de cabeza.

Antes de subir a su Mercedes con vidrios polarizados, el señor Green volvió a agradecer las atenciones recibidas.

Ricardo no pudo evitar encogerse de hombros y lanzarle una mirada inquisidora como si quisiera preguntarle: “¿No te avivaste de que nos vimos obligados por las circunstancias?”.

Tal vez fuera por la ceremonia fúnebre, por el arrepentimiento o por la reacción hosca del hijo o por una mentira que revoloteaba a su alrededor desde el embarazo de Soledad Sánchez, pero ya no aparentaba ser el señor Green seguro de sí mismo que había tocado el timbre del departamento de los padres de Delfina —quienes brindaban asilo a Gastón— con un ramo de flores para la dueña de casa, una caja de bombones para la novia del hijo y una simpatía chocante, dado el trágico motivo por el cual se presentaba.

La cortina de agua dificultaba la visión.

Motociclistas de audaz inconsciencia zigzagueaban entre colectivos, camiones de carga y automóviles.

Un transporte de combustible con su explosiva carga pasó a toda velocidad y levantó oleaje. Ricardo, que se había visto obligado a conducir —Majo a la ida, él a la vuelta, ya lo había convenido así—, tenía la boca amarga y un hambre feroz. No acostumbraba beber alcohol durante el día, pero las tensiones y las ganas de hacerle gastar una suma importante de dinero al culpable de su desventura

lo hicieron imaginar una botella de Rutini Cabernet Sauvignon, y otra del mejor champán, el más caro, para que entendiese el mensaje mafioso: o te llevás a tu nene o te va a costar caro, muy caro, tirárnoslo a nuestra familia.

Ricardo insultó al chofer levantaolas del mismo modo que, frente al televisor, insultaba al jugador de River que se perdía un gol —ahí ponía el cúmulo de bronca almacenada en la empresa de seguros—. La vez que Majo consintió en ir con él y la nena a la cancha —fascinada a sus siete años de vestir la misma camiseta que su papá—, juró no volver a esa demostración de brutalidad y euforia masiva.

La lluvia se había convertido en garúa.

Ricardo tarareó la melodía de uno de sus tangos predilectos: “Solo y triste por la acera va mi corazón… ¿marchito?... ¿goteras?”.

Por unos segundos se entretuvo intentando recordar el título y el autor de la letra y de la música. Los malditos problemas le estaban minando la memoria, el coraje y las ganas de vivir. ¿Era también la letra de otro tango? Ya no ponía “cedés” ni programas de radio dedicados a la música ciudadana. El dial clavado en AM y oyendo las noticias… en especial a los comentaristas económicos.

Acostada en la luneta trasera de un auto viejo, una nena de aproximadamente tres años pasaba la palma pequeña por el vidrio empañado y agitaba la mano, saludando a los pasajeros del coche de atrás. Ricardo agitó su diestra para devolverle el ademán cariñoso a la pobre criatura, víctima del padre o del tío o de su abuelo o su hermano o del hijo de puta que arriesgaba la vida de una nena llevándola al garete por la autopista. Recordó las previsiones de él y Majo: silla especial en el asiento trasero, cinturón de ajuste y un mayor al lado para controlar a la divina Delfi. En un caparazón la habían criado. En la playa, que no la tocase la arena. Y en la orilla, embadurnada con protector solar, sombrerito puesto, sus padres cuidaban que no se metiera la mano en la boca y la lavaban a cada rato con agua del termo. Hasta los trece, asistencia perfecta en el colegio, obediente y estudiosa. Y a los catorce, un vuelco de menor importancia, típico de la entrada en la adolescencia.

A Ricardo le comenzó a gotear la nariz. Se limpió con un pañuelo de papel y maldijo haber tenido que faltar a una reunión de

trabajo por el sepelio de una desconocida.

Comenzó a llover más fuerte, con ráfagas de viento. Estaba furioso, indignado y resfriado. Habría querido agarrar a Delfina del brazo y darle una buena sacudida, dónde se había visto que una “mocosa” tuviese a toda la familia bailando en su meñique. Para colmo, el señor Green le metía acelerador a su auto de fanfarrón millonario; total, él les pagaría un almuerzo de mierda, volvería a su estancia y ellos se quedarían con el fardo. No iba a tolerar ni un día más que su hija se hiciera la emancipada mientras él se hacía cargo del mejor colegio bilingüe y de todos sus caprichos.

En su matrimonio había soportado hasta lo insoportable. Pero un tipo en la casa, de noche, nunca más. Por más que un cónclave de curas y la justicia divina lo calificaran de malvado carente de misericordia y Majo lo torturara como ella sabía —sin pausa ni tregua—, se mantendría firme en su decisión. El chico de la librería tenía padre y familia paterna con muchas hectáreas de campo en Entre Ríos, ¡que se lo llevasen!

Iba rumiando estrategias para cerrarle la puerta al intruso. Y si a su mujer y a su hija no les gustaba el método, a joderse. En la empresa, un forro. ¿En su casa también? De ninguna manera.

Majo se hacía la dormida.

Los insultos a la madre del conductor del camión también la incluían a ella, estaba segura. En la última discusión la había culpado de ser demasiado permisiva. Todo al revés, según ella, ¿acaso no la desautorizaba cuando le imponía sus reglas a Delfi?

En unos minutos deberían soportar un almuerzo sólo para charlar sobre un tema que le competía a la familia Green o a alguna amistad cercana a la madre de Gastón. Capaz que existían otras y otros que, como Cintia Ovando, estaban dispuestos a colaborar con el hijo de Soledad Sánchez.

En un anterior cabeceo, al abrir los ojos, Majo no supo si fue un sueño o la proyección de un deseo: restaurante en semipenumbra, mesa redonda para dos comensales y una vela haciendo incitantes juegos de luz en las caras de ambos. Trataba de atar cabos que le revelaran si hubo algún indicio de atracción entre ella y el padre de Gastón.

Estaban viajando en medio de un diluvio. Pensó en Delfina expuesta a que Kurt Ganz —héroe indestructible que conseguía la renovación del registro de conductor por una devolución de favores — se estrellase contra un camión o micro de larga distancia. Por la autopista Panamericana sucedía a cada rato.

Un bache en el pavimento, sacudida del auto, y otro insulto de Ricardo.

—Lo único que nos falta es chocar —dijo Majo con voz de quien se acaba de despertar.

—Muy lindo. La señora duerme tranquila y yo me rompo la cabeza pensando cómo frenar el delirio de Delfina.

—Y yo pensaba en los frenos del auto de mi papá y en sus problemas de visión y en mi vieja parloteando y en Delfina a merced de los reflejos del abuelo. No dormía. No sos el único que se devana los sesos y se golpea contra la obcecación juvenil. Para colmo mis viejos protegen a Delfina y a ese pobre muchacho que debería irse lejos, no sé adónde, pero cuanta más distancia haya entre Delfina y él, mejor. Mucho mejor.

—Dos chiflados, tus viejos. Si ellos le dan consejos, vamos muertos. ¿Te fijaste cómo va vestida tu mamá? ¿Y el pañuelito en el cuello de tu papá? La trola del gimnasio lo lleva de la nariz al sabelotodo. Si llega a embarazarse, estamos perdidos. Le van a exprimir hasta el último centavo.

—¿Cómo se te ocurre que va a embarazarse Guillermina? — preguntó alarmada. Había sido una estúpida al no pensar en algo tan obvio: los hombres pueden engendrar un hijo a cualquier edad. Se puso a llorar.

—Y ahora por qué llorás.

—Porque perdí el útero después del parto, igual que mi mamá, y sé lo que es ser hija única, igual que mi Delfi. ¿Justo su útero tuve que heredar?

—Mejor ser hija única que tener un hermano de mierda que te mete palos en la rueda todo el tiempo. Y en cuanto a herencia, si llegan a ser longevos como tu abuela, que hasta maneja la computadora y manda mensajes por Whatsapp, preparate a heredar deudas. Me enteré de que tu viejo está atrasado con los impuestos y también con las expensas. Dijo el portero del edificio de Recoleta que Guillermina desde hace dos meses anda en un Smart. Es ella la

que ahora no lo deja vender el gimnasio, dice que hay que hacer una gran inversión, reformar, comprar nuevos aparatos y meter los dólares necesarios para convertirlo en uno “top”. Estamos llegando. Dejá de llorar, Majo. Nosotros tenemos que hacer llorar al padre de Gastón, que se hace el desentendido. ¿No se da cuenta de que Delfina es una criatura de quince años?

—¿Querés hacer un escándalo en el restaurante?

—Poner las cosas en su justo lugar, Majo.

Ella se miró en el espejo. Retocó el maquillaje corrido y bajó del auto con la convicción de que la aguardaba algo o alguien que movería la superficie de su vida.

Un paraguas enorme los protegió hasta la entrada de La Rosa Negra.

El chico del *valet parking* se subió al Honda para llevarlo al estacionamiento.

El señor Green estaba aguardándolos en la recepción con copa de champán en mano y sonrisa de capitán de crucero.

—Estaba preocupado por ustedes —dijo con tono de quien está habituado a recibir invitados—. Llueve a mares. Reservé la mesa en el salón de la izquierda. En el otro hay una fiesta de cumpleaños.

—Odio cuando se ponen a cantar “tanti auguri” —dijo Ricardo, para no decir que odiaba la situación, el entorno y a su familia por ponerlo en ese brete.

—Es en La Parolaccia, no aquí —lo corrigió Majo.

—Permiso, paso al baño —dijo Ricardo, echándole una mirada asesina al “papito” del pendejo de la librería, un reventado que después de veintiún años se acuerda de que tuvo un hijo.

El *maître* les preguntó si deseaban pasar a la mesa o esperaban al otro comensal.

—¿Gusta un champán? —dijo un camarero envarado que le acercó la bandeja.

Majo aceptó. Necesitaba ponerle burbujas a su existencia.

—Pasemos a la mesa, mejor —sugirió Green, mirando el entorno del sector en el que se ubicarían.

Unos cuantos ejecutivos de la zona —los vendía la vestimenta—. Y unas pocas parejas de trampa —las vendían la postura de los

cuerpos y la elección de los sitios menos iluminados del restaurante que le hacía honor a la negritud de su rosa—.

La tranquilizó la imprescindible distancia entre una y otra mesa. Rechazaba los sitios en los que no había más remedio que oír lo que charlaban al lado.

El señor Green alejó la silla destinada a Majo, la acercó cuando ella estuvo sentada y recién entonces ocupó su asiento.

"¿Una anticipación del sueño?"

Si no hubiese sido por la situación difícil que los había convocado, podría haberse pensado que a María José Ganz y a Javier Green les habría encantado conversar sin intermediarios: los papás suelen tener más celos del novio de la hija que de la propia mujer. Algo así le sucedía a Majo, pero relacionado con el que había tenido el tupé de traicionarla con una muchacha vulgar, bastante más joven que su única hija.

—Nunca bebo en el almuerzo —se disculpó—. Hoy, por razones que no tengo que explicar, necesito combustible para seguir andando. ¿Te parece bien que continuemos con champán? Si mezclo me cae mal.

—Por favor —respondió—, lo que desees. Voy a esperar a tu marido para elegir el vino. Me había comentado que él prefiere el tinto al blanco.

Majo había estado en La Rosa Negra en otra oportunidad pero de noche, igual que en el sueño.

Las nubes y la lluvia constante agregaban más oscuridad a la oscura ambientación.

Preferible la media luz. En el coche se había mirado en el espejo y su cara la había espantado. Ojerosa y pálida como la protagonista de *La Bohème*, su ópera predilecta a pesar de los argumentos de su germanófilo padre que, en cuanto alababan a Puccini o a Verdi, salía con Wagner.

El señor Green abrió el fuego:

—Somos de la misma generación aunque parezcas la hermana de tu hija. No me nace llamarte señora de Antunes o señora María José o señora Ganz. ¿Puedo llamarte Majo y pedirte que me llames Javier?

Majo tenía mil argumentos acumulados en su alacena mental, pero sólo balbuceó un tímido:

—Por supuesto.

No lograba abrir ninguno de sus argumentos.

El señor Green la contemplaba con amable sonrisa pero inexpresiva mirada. “Igual que el hijo”, pensó. Y se preguntó si el hijo llegaría a ser tan atractivo como el padre.

Majo nunca sabría que Gastón le había pedido dirección y teléfono —con la excusa del envío a domicilio— porque ella lo había encandilado en cuanto entró en la librería para pedir la novela de Daphne du Maurier. Y que si había entablado amistad con Delfina fue para tener la oportunidad de ver a la madre, idéntica a Juliette Binoche en su etapa joven. Pero, como el azar manda, él se terminó enamorando de lo que Delfi tenía de la madre: un cuerpo excepcional.

—Quizás ustedes tengan la misma opinión sobre mí —le tembló el párpado del ojo izquierdo antes de agregar— que mi hijo. El culpable siempre es el adulto, ya se sabe. Comprendo que Gastón no haya querido sentarse a una mesa con el hombre que, para él, personifica el egoísmo. Con los abuelos de Delfina debe de querer recuperar a sus propios abuelos maternos, gente buena, sencilla. Nosotros, de edades similares, somos el compendio de todos los errores.

“Haber conocido a los abuelos de Gastón significa que tuvo trato con el entorno familiar del chico”, se dijo a sí misma, pensando en Delfina y en el relato turbio en el que se vería envuelta si no le gritaba de inmediato a ese señor con aspecto de CEO de una multinacional que él y su hijo podían irse al diablo en ese mismo momento. Se contuvo al recordar a la muchacha que se había tirado por el balcón después de su reacción histérica.

El padre de Gastón, aunque no se le notara el desquicio en las facciones, hablaba sin parar y la tenía prisionera de su discurso y de sus ojos almendrados que habían logrado transformarse en los de un bello actor chino del que no recordaba el nombre… eran tan complicados. Si Ricardo no llegaba en un minuto iba a pedir que algún empleado del restaurante entrara al baño. Su comportamiento en el auto había sido terrible, en varias oportunidades estuvo a punto de chocar. Felizmente Delfina le había enviado un mensaje desde un bar de Palermo; por ese lado, un poco de paz.

—Disculpen. Disculpen. ¿Ya eligieron la comida?

—Te estábamos esperando —dijo Majo, intrigada por la expresión de Ricardo, tan alborotada como el pelo y su voz. Clavado que estuvo hablando por el celular y ni se miró en el espejo.

—Queríamos que eligieras el vino; lo preferís tinto, ¿es así? ¿Alguna marca en especial? —preguntó el señor Green como si fuera el sommelier del local.

—Lo lamento, pero nos tenemos que ir. Acabo de hablar con mi padre, que por una vez está de acuerdo conmigo. Falta mi firma para cerrar un convenio con una aseguradora de Córdoba. Es muy importante para nuestra empresa. —Primero miró la reacción de su esposa y después la del señor Green, que hizo un leve gesto con la boca.

—¿Puede llevarme a casa en su coche? —preguntó Majo sin tutearlo—. Mi marido debe resolver sus asuntos. Nosotros también.

—¿Trajiste tu llave? ¿Te llamó Delfi?

—Sí.

—¿Todo en orden entonces?

—Tranquilo. Más tarde hablamos.

Beso en la mejilla a su mujer. Leve inclinación de cabeza y otra vez sus excusas. Al señor Green le propuso un próximo encuentro, hombre a hombre.

—Si hoy quedara algo pendiente, tendrán que hablar de hombres a mujer, porque pediré la semana libre y la voy a aprovechar: no pienso dejar casilleros en blanco.

O porque la había fatigado la actuación de su marido y la propia disyuntiva —¿volverse con Ricardo o quedarse?—. O porque hasta ese momento ambos contendientes —ella y el señor Green— se habían comportado civilizadamente. O porque tenía hambre y ganas de sacarse las dudas sobre una historia que no le cerraba o porque desde el momento en que él le corrió la silla se sintió halagada o porque no tenía ningún deseo de soportar a su marido contándole a Green su martirio laboral. Quedarse con el padre de Gastón también implicaba cumplir con el propósito inicial del almuerzo: averiguar y aclarar. Ella peleaba por su hija. Y Javier Green por Gastón… le resultaba extraño considerar padre a quien se había conformado con darle a su simiente un apellido y una cuota alimentaria. Si ella tuviese que renunciar a su hija, moriría de pena.

Nunca había comprendido a Nora, una de las protagonistas principales del teatro de Ibsen.

Javier tomó la botella del balde enfriador y le hizo un ademán al camarero para que no se acercara.

A pesar de sus previas dos copas de recepción —en realidad dos medias copas—, Majo aceptó que se la llenara. Bebió, complacida, un pequeño sorbo. De ahí en más, poco alcohol y más agua. Despabilada. Nada de concesiones.

—El Brut va perfecto con el salmón ahumado —dijo por decir algo.

Él asintió con un parpadeo y comentó como al pasar:

—A solas nos vamos a entender mejor.

Tenía un dejo provinciano en la voz y Majo se preguntó con fastidio si el acento de Soledad habría sido igual.

Después de otro trago corto, sobrevino un silencio largo y ella comenzó a hablar.

Le contó cómo habían criado a Delfina, a ella le habría encantado tener tres por lo menos… Una mesa grande es más sencilla de resolver que una de tres, la ausencia de un solo miembro del trío, en especial si se trata del comensal principal, aniquila a los que se miran a la cara y enmudecen porque el alma de esa mesa y esa casa ha comenzado a ir a reuniones de pijamas, que implican pasar la noche entera con compañeros de clase de ambos sexos.

—Todavía no decidimos el plato principal, la entrada era escasa. Me agradan las mujeres que le hacen justicia a una buena comida.

—¡Qué observador!

—Sólo con lo que me interesa.

Confusa y atolondrada, respondió:

—Voy a elegir lo que elijas. Fueron días difíciles y estamos hablando de asuntos difíciles. Me entrego a tu decisión salvo que pidas caracoles o ranas.

—En el campo sobran, y no me hago a la idea de que vaya a mi estómago uno de esos bichos.

—¡El campo! Lo añoro. De chica íbamos con mi abuela, a las dos nos encantaba. Pero se vendió y colorín colorado…

—Pueden visitarnos.

—Hasta ahora estás esquivando el tema, señor Green. La próxima jugada le toca a usted.

—Te pedí que nos tuteáramos.

—Estuve tuteándote. Pero es inconsciente. Te veo y te pienso como “mister” Green, que apareció de la nada…

—“Mister and misses”, ¿influencia de las series norteamericanas?

—Todo es posible. Si mi abuela le puso Rebeca a mi madre por el título de una novela, por qué no por una serie o una telenovela.

—¿Rebeca? —Javier Green golpeó la mesa como martillero que acaba de hacer una venta—. Me gustan los nombres bíblicos, tienen consistencia y vencen las modas.

De ahí la charla derivó a los que durante generaciones mantenían un nombre por más que sonara desagradable, como era el caso de Segunda, y pasaron a los que les ponían tres o cuatro, lógico en los García, López, Sánchez y tantos que si se quedaban con el solitario Juan o María iban a tener dificultades para diferenciarse…

—Me llamo María José; no pega con Ganz, pero esa vez se impuso mi madre. Vaya a saberse si mi papá no habría preferido llamarme Brunilda.

Arribaron los lomos a la pimienta con vegetales grillados.

El aroma incitaba a comer sin dilaciones, pero Majo dijo:

—¿Qué excusa buscarás para no hablar de Gastón, Soledad, y de vos con ellos y sin ellos?

—Juro que, en cuanto les hagamos los honores a estos regios bifes de lomo, nos diremos todo lo que es necesario decir. Estoy a tu disposición.

—Lo prometido es deuda —dijo Majo después de llevarse a la boca el primer bocado y decirse que le costaría mucho, aunque lo venía pensando desde hacía tiempo, convertirse en vegetariana.

Ambos pensaron o tal vez ella sola pensó que era de mala educación atragantarse y hablar al mismo tiempo de temas trascendentales.

Majo contempló las piedras de los pómulos del señor Green y la delicadeza de sus manos.

El señor Green pensaba en que la niña tenía mucho de la madre y era comprensible que el chico perdiera la cabeza, ¿quién no? Lo martirizaba la idea de tener que confesarle a esa mujer deseable un secreto de familia que quizá la alejara para siempre.

Majo sospechó que ninguno deseaba dejar una mala impresión en el otro.

Ninguno había tocado la guarnición de vegetales.

En la mitad del bife de lomo Majo sintió repugnancia por lo comido y por lo pensado. Alguien había dicho que la pasión era una cárcel. Ella nunca la había conocido. ¿Debería estar agradecida por haberse evitado ese descenso al infierno?

Dos mujeres de pelo blanco, elegantes y sonrientes, se acercaron a una mesa en la que aguardaban dos caballeros mayores. Ellos se pusieron de pie, las besaron en las mejillas, las ayudaron a sentarse y comentaron algo que Majo supuso agradable, íntimo. Recordó a sus padres y a varias de sus parejas de amigos y lo bulliciosos y felices que eran cuando se reunían. Sintió pena por ellos y por ella. Y por la abuela en su atalaya, escudriñando el pasado desde su catalejo nocturno.

La mirada del otro tiene un universo que nos contiene. Y ella supo que la del señor Green la evaluaba y poseía. La enojó que esa convicción no la impulsara a irse. Iba a continuar hasta que él le confiara su historia. Por más exasperante que le resultara, no lo interrumpiría. Una cabeza puede pesar mil toneladas. Le resultaba imposible seguir sosteniendo la de ella mientras él le hablaba de la diferencia placentera de despertarse con la naturaleza de brazos abiertos, qué gracia, a ella también le gustaría desayunar debajo de un árbol de magnolias. Majo posó sus ojos en el mantel. Imaginó que si se apoyara en esa tersa tela podría dormir y soñar con el jardín de rosas de Manderley, tan efímero como un sueño.

—El amor posee la particularidad de gastarse pero no de repetirse —dijo él.

Majo, que transitaba por los pasillos intrincados de la somnolencia alcohólica, saltó:

—¿A qué amor te referís? No te voy a preguntar detalles. Pero, si está relacionado con el que sentiste por la madre de Gastón, me gustaría que ampliaras.

Los camareros retiraron los platos y preguntaron si deseaban ver la carta de postres.

—Dentro de un rato. Gracias —respondió el señor Green con tono y gesto de quien está habituado a dar órdenes.

Ya no hay escapatoria, pensó Majo. “La amistad de un alma

gemela es un reflejo de la propia”, había dicho su abuela refiriéndose a Segunda Josefa. Pero ella pensaba en Soledad Sánchez y en Javier Green, que había abandonado la clandestinidad para presentarse como padre del hijo que nunca había querido ver. ¿Estaba casado? ¿Tendría hijos?

—Es tu turno, señor Green. Hace un rato te resumí lo que comenzó a sucedernos desde que irrumpió Delfi con la novedad del novio. Si midiera esas semanas en preocupaciones, serían años.

—Comprendo y lamento que Gastón haya sido un elemento perturbador en la vida de tu familia. Pero lo que voy a decirte —no es necesario que lo difundas salvo que lo consideres imprescindible— va a empequeñecer tu relato en cuanto lo compares con lo que estoy soportando desde hace veintiún años.

21

“La sexualidad debe mezclarse con las lágrimas, la risa, las palabras, las promesas, las escenas, los celos, la envidia, todas las especies del miedo, de los viajes al extranjero, nuevas caras, novelas, historias, sueños, fantasías, música, baile, opio, vino.”

Anaïs Nin, *Diario III*

El señor Green la dejó en la puerta del edificio y le preguntó:

—¿Subo o preferís enfrentarlos sola? No me opongo a que modifiques lo que te confesé. Sospecho que no habría sido tan sincero si hubiesen venido tus padres, tu marido y los chicos. ¿Creés en las coincidencias provocadas por el subconsciente? Sólo me interesaban tu oído, tu mirada y tu comprensión —apoyó su mano sobre la parte del muslo que asomaba de la falda—. ¿Puedo pasar a buscarte mañana? Quedaron muchas cosas pendientes. Vos y yo, como hasta ahora. Eso no implica que no hable con el resto de la familia, en especial con Gastón.

Majo apartó la mano de él a desgano. Se le había ido el cansancio desde que el señor Green, por debajo de la mesa, le había tocado las piernas. Pudo sentir cómo se le erizaba la piel debajo de la fina fibra sintética. La primera vez él se disculpó por su altura, que siempre estorbaba al que tuviera enfrente. La segunda apresó, entre las de él, las de ella, muy juntas, como intentando ofrecer resistencia a algo más que un jugueteo erótico. El señor Green no había vuelto a pedir perdón por sus largas y torpes extremidades.

Estaba excitada y confundida.

—Me parece bien seguir conversando. ¿Te di mi tarjeta?

—En el restaurante.

—Ah, cierto, cuando bebo en el almuerzo olvido hasta mi nombre. También tengo la tuya, por si se presenta un imprevisto. —Majo reprimió el habitual gesto de despedirse con un beso en la mejilla. En otra oportunidad y con cualquier compañero de oficina le habría resultado un acto mecánico—. Hasta mañana, entonces.

El señor Green saltó de su asiento para abrirle la puerta del acompañante.

—¿Puedo llamarte esta noche para saber cómo te fue?

—Sí.

“La muerte de Soledad Sánchez me cambió la vida”, pensó Majo con vergüenza y culpa mientras esperaba que se alejara el auto de Javier Green para llamar a un taxi.

Nerina le había dejado grabado un mensaje en el celular, que recién escuchaba: “Estamos bien. Pero doña Herminia se torció el tobillo y está en reposo”.

El mensaje anterior, su madre, para darle el hecho consumado: “Los chicos, divinos. Tu padre y yo decidimos invitarlos al cine, mejor distraerlos y no dejarlos solos en tu casa”.

La muy astuta no había llamado al celular. Quizá presumía que la conversación entre Ricardo, el señor Green y ella iba para largo.

Recién las cuatro.

Estaba eléctrica.

Más tarde enviaría un “whatsapp” a Ricardo y a Delfina.

Pobre Iaia, incapaz de molestar a nadie.

Majo admiraba a su abuela, la veía actuar como si la muerte no existiera y, al rato, mandíbula dura, ojos hundidos, regresaba al pasado. Ella, como muchos viejos sabios, lograba hacer trizas los espejos.

El ascensor antiguo, de puertas plegadizas, boiserie y una botonera con borde de bronce que el encargado lustraba maniáticamente, la entristeció. Y se preguntó si tergiversarle los hechos a su abuela no era otra manera de sumar confusión en su cerebro atiborrado de carruajes y amores de siglos anteriores.

Nerina abrió la puerta que olía, como el resto del departamento, a lustramuebles, cera, desodorante de ambientes, comida… Esa mezcla olorosa le devolvió su niñez.

—No pensábamos que a estas horas… Por suerte estamos despiertas. Adelante, señorita María José. Doña Herminia está en la sala, leyendo, usted sabe cómo es de terca.

—Qué sorpresa más linda —exclamó al ver entrar a su nieta con la cara radiante y enrojecida.

—No te incorpores, abuela.

Herminia estaba sentada en su sillón preferido, alto respaldo y

apoyabrazos, pareja del que su marido había bautizado “los tronos”. Entre sus manos, unas hojas de papel escrito. Sus piernas descansaban en un taburete. Una venda elástica ajustaba el tobillo lastimado. Medias cortas antideslizantes, de esas que tienen en la planta lunares de goma y las madres compran para los niños que andan descalzos aun en invierno, le abrigaban los pies. Vestía una bata de franela celeste, con volados desteñidos en el cruce.

Raro que no se hubiese emperifollado si esperaba visitas. El mensaje de Nerina no había tenido el consentimiento de su abuela, pensó al verla.

Majo besó la mejilla floja, transparente. El perfume era otro, tal vez no había conseguido el de costumbre y que, según ella, era idéntico a Flor de Manzano, el preferido en su juventud.

—Tomamos cafecito o té, señorita María José. Tenemos una pasta frola de membrillo para chuparse los dedos.

—Gracias, Nerina, sólo café, bien fuerte. Vengo de un almuerzo.

—A mí un cortado y una porción de tu obra maestra.

Le indicó a su nieta que arrimara una silla.

—¿Qué pasó, abuela, te caíste?

—Apoyé mal el pie. Una nadería.

—¿Por qué no avisaste?

—Los viejos siempre tenemos alguna nana, y si no es grave a qué fastidiar. ¿Cómo están Delfi y ese chico al que se le murió la mamá?

—Volviendo a sus rutinas —mintió Majo para no hablarle del cementerio. Frecuente tontería de los que creen que a los viejos no hay que mencionarles la muerte—. ¿Interrumpí algo? —señaló las páginas que ahora estaban en un costado del sillón.

—Releía algo que escribí para tener presente lo grande que llegó a ser el general Necochea. Tal vez se lo mande a mi amiga, la madre superiora, que me cree una vieja chocha que inventa próceres, acontecimientos históricos y visitas de ultratumba. ¿Le discutiría a una mística que tiene visones o habla con la virgen? Si los pintores les dan forma a Jesús y a todos los santos del Evangelio, ¿por qué yo no puedo darles visibilidad a los que se toman el trabajo de buscarme desde el más allá? Hazme recordar que te muestre, antes de irte, un libro que me hacían leer en la escuela. Es de mil novecientos cuarenta y cinco. No sé por qué lo traje cuando me

casé. Una hace cosas sin pensar pero después se da cuenta de que, como en las películas de dibujos animados, los objetos piensan, hablan y actúan por sí mismos. El libro que te acabo de mencionar se cayó de lo alto de la biblioteca, para hacerme reflexionar sobre la historia y la insignificancia de los mortales, puestos a comparaciones odiosas con la eternidad del Arte. ¿Has visto *Francofonia*?, es del mismo director de *El arca rusa*. Una de mis amigas de Facebook me pasó el teléfono de un muchacho que lleva a tu casa las películas que le pidas. Eso sí, de a cuatro. Entre el cine y la lectura, los dolores se apaciguan. ¿Quieres leer lo que escribí? Puedes también llevarte una copia, todo lo que pongo por escrito está en el archivo de mi computadora. Así que sabes, por si las moscas…

—Me la llevo o la leo antes de irme, abuela —dijo, impaciente—. Vine para verte y contarte un secreto. A mí me pasa algo parecido que a vos. Estuve viendo una novela y los personajes no me dejan dormir.

—¿Cómo se llama?

Majo hizo un movimiento de hombros para relajarse y pensar. La abuela era tan astuta…

—Es parte de una serie norteamericana que veo por Netflix.

—Cada vez más cosas para ver por televisión y menos para leer. ¿Y qué es eso que te sucede?

—Uno de los personajes de la novela, que vive una historia complicada, se me metió en la cabeza. Es como si yo fuera parte de esa serie y tuviera que resolver los problemas que ahí se presentan.

—Te escucho.

—Parte transcurre en una casa en el campo, campo inmenso cuyo dueño, de unos cincuenta y ocho años, tiene una mujer enferma de celos, dos hijas; la mayor, casada, está por hacerlo abuelo, y el hijo menor, el que se me aparece como a vos el general Necochea, estudia Ingeniería en la ciudad.

—¿Qué ciudad?

—La más cercana al campo es Melincué, creo. Pero eso no es lo importante…

Nerina, portando una bandeja con inestable equilibrio y beatífica expresión, anunció:

—Aquí viene lo que pidieron. Cuidado, está caliente como le

gusta a usted, doña Herminia.

—Gracias. Trae la mesita bien cerca, por favor. Nos vamos a arreglar solas.

Las campanadas del reloj de péndulo anunciaron las cinco de la tarde. Exasperada por no saber cómo continuar, Majo se llevó el pocillo a los labios. Hirviendo, igual que ella.

—¿Decías, mi querida?

—Que el padre de familia, que está por tener un nieto, se enamora como un adolescente de una muchacha que trabaja en las oficinas del administrador de sus bienes.

—¿Es bella? ¿Puedes describirla?

—Le falta poco para los treinta, de apariencia… —dudó— similar a la de una dama de compañía de novela clásica inglesa.

—Dijiste que es empleada contable. Buena cabeza para los números, ninguna tonta. ¿Puedes alcanzarme la taza? —Herminia había hecho apartar el taburete y estaba recta en el sillón.

—Perdón, olvidé que te gusta caliente. Retiro mi café y pongo la bandeja en tu falda, ¿te parece bien?

—Por supuesto, querida.

—Azúcar o edulcorante, abuela.

—Nada. Lo endulzaré con bocados de torta. ¿Sólo café? ¿No quieres probar un bocado?

—Comí y bebí hasta hartarme.

—¿Una fiesta?

—Reunión de trabajo.

—Ah. Estábamos en que la chica humilde pero instruida enamora a hombre mayor rico. Hasta ahora, algo habitual en la ficción.

—Y en la vida, también, abuela.

—Nombraste a una dama de compañía. ¿Te referías a la protagonista de *Rebeca*? —preguntó Herminia, después de saborear la papilla de manteca, harina y membrillo que tragó con un sorbo de café cortado con leche.

—Leí el libro, abuela. Pero ése es un tema para otra charla. Lo que necesito decirte es que ese hombre rico se enamora y embaraza a una muchacha que, para asombro de él, habituado a otro tipo de mujeres, se mantenía virgen.

—¿En qué época transcurre?

—Veintiuno o veintidós años atrás.

—Raro. Pero todo es posible. Me casé virgen y volví a ser virgen cuando enviudé. No me mires con esos ojazos de sorpresa. Cuando pasas más años de tu vida sin sexo que los que viviste con sexo, salvo en la memoria, vuelves a ser virgen.

—Como te parezca, abuela.

—¿Y qué sucede cuando la joven se embaraza?

—El responsable del embarazo dejaría todo por ella, pero sería un escándalo. Entonces decide ir a visitar a su único hijo varón. Si dijera la verdad, le dice al hijo, toda la familia se le pondría en contra, en especial su madre y su hermana mayor, que está por darle su primer nieto. El hijo acepta la propuesta de darle nombre y apellido a la criatura por nacer, total él seguirá tan soltero como hasta ese momento y el padre le adelantará, a cuenta de la herencia, una suma importante de dinero.

—¿Y la muchacha se queda tan tranquila?

—No. Pero regresa a casa de sus padres, donde sabe que será bienvenida. Apenas nace el niño, el amante le abre una cuenta en el banco. La pareja continúa viéndose a escondidas durante muchos años hasta que el hombre rico, cercano a los ochenta y enfermo, recibe una trágica noticia: su amante está muerta.

—¿De qué muere?

—No es importante, abuela.

—¿En un accidente, tal vez? Si hubiese estado mal de salud él se habría enterado.

—Pongamos que muere en un accidente, la cuestión no es cómo muere sino qué sucede a partir de esa muerte.

—¿Se destapa la olla?

—Algo así. Porque el hombre rico, desolado, envía a su hijo para que se ponga a disposición de quien es en realidad su hermano menor. Pero el chico, ya de veintiún años, cree que es su padre, porque ese nombre y ese apellido son los que figuran en su partida de nacimiento.

—Te faltó voz en la última parte. Se nota que te afecta la muerte de la madre del noviecito de Delfina. La historia me hace acordar a un folletín que llegaba con los diarios del domingo y mi madre ocultaba por considerarlo no recomendable para una niña que se educaba con las monjas. Pero yo, mi querida, me las apañaba para

leerlo. La realidad es también folletinesca, basta con encender el televisor para enterarse de alguna noticia.

—Abuela, ¿soy tan mala para inventar historias? —preguntó, conteniendo su deseo de ponerse a llorar.

—Para inventar, quizá no. Pero para tergiversar, pésima. Y encima tienes una carita que te vende. En cuanto te miré entrar, me dije que te estaba sucediendo algo nuevo que te conmocionaba.

Majo se levantó de la silla y abrazó a su abuela, murmurándole palabras cariñosas y pidiéndole perdón por ser una mentirosa torpe.

Herminia, cuando su nieta aflojó el abrazo, la contempló con piadosa picardía.

—Hay algo más que la muerte de esa pobre señora y tu preocupación por Delfina, mi querida. No soy jueza ni hablaré por mi sentencia. Soy tu abuela y deseo tu felicidad. ¿Te acuerdas de aquel almuerzo en el que parloteabas sin parar de tu madre, de tu padre, de tu hija, de tu marido, para no hablar sobre lo que te estaba sucediendo?

—Me acuerdo. —Se secó una lágrima impertinente con el dorso de la mano y preguntó—: ¿Viste o leíste alguna vez *Casa de muñecas*, de Ibsen?

—Leí a Ibsen. Con tu abuelo vimos un par de sus obras. Nos encantaba el teatro.

—¿Qué opinaste de la protagonista que abandona a su marido y sus hijos?

—Ay, mi querida, saltas de una cosa a la otra. Lo de Ibsen fue hace muchos años. No me acuerdo de si opiné algo al salir del teatro. ¿Acaso habría importado mi opinión? El título tiene que ver con el tema. Creo que esa mujer estaba cansada de vivir como una muñeca dentro de una casa de muñecas. Los argumentos con los años se van mezclando, y apenas si quedan las emociones que provocaron. Pero también las emociones claudican cuando aparecen otras y otras y otras. ¿Cómo es el hermano que simula ser padre de…? Recuérdame el nombre, por favor.

—Gastón.

—Ajá. ¿Y el apellido?

—Green.

—¿Y el nombre del señor Green?

—Javier.

—¿Deseas hablarme del señor Javier Green?

—Ay, abuela —pasó sus manos por la cara como si se quisiera borrar las facciones—. Hoy almorcé a solas con él. Fue después del entierro. Al principio íbamos a ser siete. Y al final hubo una reacción de Gastón, que Delfi apoyó. Y los chicos se metieron en el coche que manejaba papá. Mamá había ido con él al entierro.

—Dios mío. Déjame respirar unos minutos. ¿A qué habían ido tus padres?

—Deberías preguntárselo a ellos, que además de ir a la ceremonia llevaron a los chicos a comer y después al cine.

—Creo que Kurt ya tuvo bastante de esa jovencita y trata de seducir a tu madre. Bastaba con verlos en tu comida.

—Esa noche comenzó todo. Y, con la presencia del hermano que Gastón cree que es el padre, empeoró.

—Debería haber mejorado. El chico no está solo en el mundo, y ustedes pueden explicarle a Delfina, una niña muy inteligente, que hay que darle tiempo al tiempo.

—El señor Green me confesó la verdad del vínculo y me dio piedra libre para comunicárselo a la familia de la manera que considerara adecuada.

—Mis charlas con Segunda Josefa son menos agitadas, y eso que me trae novedades que huelen a naftalina, como mi tapado de astracán, que, si tu madre lo quisiera, ya se lo estaría regalando.

—Abuela, no sé qué va a suceder.

—Nadie lo sabe, mi querida. La vida ataca sin darnos tregua.

—Necesito que me aconsejes.

—Yo comenzaría por hablar primero con Delfina y decirle que necesitarás su ayuda cuando se lo cuentes a Gastón y a Richard, que, aunque nunca tuvo muchas luces, ama a su hija y querrá tener una charla con ese señor del campo.

—Tuvo una oportunidad hoy al mediodía, y no la aprovechó. Estaba en el restaurante con el señor Green y conmigo. Antes de sentarse a la mesa fue al baño, se quedó ahí unos quince minutos y cuando volvió dijo que había recibido una llamada del padre y que faltaba su firma para concretar una fusión que salvaría a la empresa.

—Veo que, a solas, has logrado lo que quizá no habrías logrado con otras presencias. ¿Hoy pondrás al resto de la familia y a Gastón al tanto de lo que me contaste?

—No lo sé, abuela. Estoy confundida.

—Como para no estarlo. Hoy o mañana saltará la verdad.

—Mañana el señor Green pasa a buscarme para seguir conversando sobre el tema.

—Ay, mi querida Majo, ¿no será que entre tú y ese hombre…?

—Sí. Y estoy desesperada.

—¿Es un hombre casado? ¿Tiene hijos?

—No. Dice que los hijos de sus hermanas son sus hijos y que no cree que él ansíe ser padre.

—Tal vez porque lo hicieron pasar por padre durante años…

—Puede ser, abuela. Voy a la cocina a buscar un poco de agua, ¿te traigo? —Había puesto el celular en vibrador, y se desesperaba por atender la llamada sin testigos.

—La cafeína es diurética. Prefiero beber menos, así no tengo que levantarme a la noche para ir al baño. Con mi tobillo lastimado, sería inconveniente.

Cuando Herminia vio que su nieta se llevaba la cartera —que mantuvo pegada a ella—, se dijo que no era sed lo que la hizo ir hacia el pasillo que va a los cuartos, y que se iba a demorar lo suficiente como para que ella regresase a su mundo.

Un par de semanas atrás, y por recomendación de otra de sus nuevas amigas de Facebook, había mandado a Nerina a comprar *Elizabeth Costello*, de Coetzee, de quien había leído dos libros. *Desgracia*, novela que le había costado remontar en la parte de la violación, y otra, muy breve, especie de autobiografía, de la que no recordaba el título. *Elizabeth Costello* la tuvo amarrada al sillón seis mañanas y seis tardes que habían trastocado su rutina y aún continuaba trastocándola. Había marcado muchos párrafos reveladores.

“Una visión, una abertura igual que un arco iris abre los cielos cuando deja de llover. ¿Es suficiente para los ancianos tener de vez en cuando esas visiones, estos arcos iris, a modo de alivio, antes de que regresen los chaparrones? ¿Es que hay que estar demasiado arruinado para unirse al baile antes de poder ver cómo funcionan las cosas?” Indudable que a ella los arcos iris y visiones se le habían

precipitado en la última etapa para que acumulase experiencias antes de morir con incontables preguntas no expresadas.

Se figuraba, tal vez en sus ensoñaciones y visiones, que era una Alicia vieja que entraba por el hueco de sus tardíos deseos en el País de la Juventud. ¿Traspasar el umbral de la irremediable oscuridad exigiría ejercitarse en la penumbra? ¿Acaso *El libro de los egipcios* tenía otro propósito que ofrecerle al muerto las claves secretas para entrar en la eternidad? Pubertad, matrimonio, alumbramiento y sus respectivos rituales, meros aprendizajes. ¿Tendría razón Bette Davis, y alcanzar la alta edad significa que eres más fuerte que los demás?

Majo estaba fuera de quicio, ¿qué la ponía feliz? Antes, con una rutina alterada sólo por el divorcio de sus padres y por la esperable rebeldía de una hija adolescente, se sentía desgraciada. ¿Y desde el almuerzo, por una atracción irrefrenable que, suponía, le iba a sumar problemas, discusiones, sentimiento de culpa, estaba en estado de desenfreno? Para colmo, le preocupaba más lo que se estaba gestando entre ella y el señor Green que la bomba que iba a estallar cuando Gastón se enterara de la realidad. “Su abuelo Green, en realidad tu papá”, le diría, “te miraba salir del colegio, iba a tomar café a los lugares que frecuentabas, entraba a comprar libros en la librería en la que trabajabas, veía a tu madre a escondidas y abrió una cuenta a tu nombre el día en que naciste. Y hay más sorpresas: Javier Green es tu medio hermano, y tenés dos medio hermanas, siete sobrinos, y tu verdadero padre es un viejo tullido que llora la muerte de Soledad Sánchez, la única mujer que amó”.

Con ese laberinto de desconciertos regresó a la sala y encontró a su abuela con los párpados bajos.

Iba a marcharse de puntillas para no perturbar su sueño cuando Herminia preguntó:

—¿Era él?

—¿Cómo supiste?

—No hay que ser Agatha Christie. Me sobra tiempo para armar y desarmar intrigas. Para qué ibas a ir a la cocina con la cartera. Y tampoco creo que soportaras una charla de quince minutos con Nerina.

—Ay, abuela, ¡si supieras!

—¿Que te estás enamorando? Cuando presentaste a Richard a la

familia y después conocí a la familia de él, me dije: este matrimonio no va a durar. Y duró. Tu madre y Kurt, a pesar de sus enormes diferencias, son tal para cual, pero a los dos les cuesta entender que la pasión se termina sin dar aviso. Tu papá, con su declamatorio espíritu wagneriano, es un hombre fácil de corromper. Y mi querida Queca es una inmadura de sesenta años que se refugia en el juego y vaya a saberse en qué otros asuntos. Pero ellos me preocupan menos que tú. Eres joven y tienes una niña de quince años. Sucederá, tengo el pálpito, lo que el hermano mayor del novio de tu hija decida, perdón por describirlo crudamente. Te veo con intención de ceder a los requerimientos del que te acaba de llamar por teléfono.

—No sé si hablar del asunto antes de irnos a dormir —dijo Majo, parada delante del sillón de su abuela como quien espera impaciente, en la fila de un banco, el dinero salvador—. Voy a crear una situación que nos dejará en vela toda la noche. Necesito dormir, abuela, todos necesitamos dormir. Mañana me voy a ver con el señor Green y le voy a pedir que se encuentre con Gastón y le cuente la verdad: ellos son familia, no yo.

—Si él fuera el hombre de tus sueños, Gastón pasaría a ser tu cuñado, y el padre de ambos tu virtual suegro. Y no estoy pensando en una boda sino en las relaciones sentimentales. Y no pienso en Delfina porque, en mi opinión, y en las circunstancias actuales, lo mejor sería que, por un tiempo, se desligara del torturado Gastón, muchacho al que apenas entró en tu casa asocié con un actor cuyo nombre no recuerdo.

—Por qué tenés que convertir lo que te cuento en un culebrón mexicano.

—Turco, querida, ahora son turcos.

—¿Los mirás? —preguntó, incrédula.

—Nerina es la que los mira. Ella ha perdido el seso por un calvo con ojos saltones como Don Quijote por los libros de caballería.

—Abuela, quisiera estar en tu lugar. Lo que me está sucediendo me espanta. En muchas pesadillas estoy caminando desnuda por la calle y la gente me mira. Es tanta la vergüenza que me despierto sin aire.

—Pobre, mi querida. Me haces recordar a Pepita Sagra, la mujer del general realista que tuvo un romance apasionado con el general

Mariano Necochea.

—¿Y cómo terminó ese amor?

—No lo sé, mi querida. Se lo preguntaré a Segunda Josefa. Lo busqué por Internet, pero no hubo caso. La historia pone el foco en los héroes.

Majo, al comprobar que su "Iaia" comenzaba a mezclar ficción con ensueño y realidad, se despidió de ella.

—Oye a tu corazón, mi querida, pero también a tu cerebro.

Majo aceptó la fuente con tortas y budines que Nerina le había preparado. Si se decidiese a hablar en cuanto llegara a su casa, vendría bien endulzar el disgusto.

Herminia sintió piedad por su nieta. Un episodio imprevisto le había abierto un agujero en el corazón, y ella iba a caer en ese irremediable agujero como se cae en el sueño y en el amor.

Al acomodarse en el sillón, las piernas otra vez apoyadas en la banqueta, tocó los papeles que habría querido darle a Majo.

"Zapatero a tus zapatos", dijo para sí misma. Y se dispuso a leer lo que en un rato mandaría como archivo adjunto a su compañera de colegio, devenida madre superiora en un convento de España.

> Necochea, en su lecho de enfermo, peleó heroicamente, como en la guerra. Y también en los exilios a los que lo llevó la maledicencia.

Herminia lo imaginó de pelo blanco como el de ella, de manos flacas y artríticas, como las de ella, de piel arrugada y mejillas hundidas, como las de ella, de figura empequeñecida por obra de los años, como la de ella. Exangüe en su lecho, como pronto estaría ella. Un saco de huesos, como ella. El sexo inútil, como el de ella. Pero quizás en la mente del general danzaran proezas de guerrero y de amante como en la de ella danzaba una dama que eternamente iba en coche y era rescatada de un ataque de bandoleros por un jinete que, al igual que su visitante nocturna, no sabía que estaba muerto. ¿O lo sabía y conservaba el resplandor de la vida, tan

sórdida como la misma muerte?

La quietud de Herminia Pavese, viuda de Ávila, permitía que el otro cuerpo —joven, profético, ingrávido, audaz, independiente— se rebelara, igual que Pepita Sagra y otras mujeres de su temple que, sin importarles el olor a batalla, contra pertrechos o bultos de bodegas, se brindaban al amante. En calesa, turbada por la cercanía de su Mariano, ella cedía sin frenos a sus besos. De cabellera suelta, parecía una cautiva que había descubierto su propio goce indómito en un mundo salvaje.

22

“Por cierto que es una gran aventura poder transformar los acontecimientos en historia. Tal vez es la felicidad más perfecta que un ser humano puede alcanzar en la tierra.”

ISAK DINESEN, *Carnaval*

En el taxi que la llevaba de regreso, Majo se preguntaba si el señor Green pasaría a formar parte de lo que la memoria atrapa para solazarse en un inevitable futuro gris o se transformaría en el verdadero amor que no se detiene hasta saltar la última barrera de contención.

Por la ventanilla del coche vio el guiño libidinoso de una cúpula encendida. Atónita, volvió la cabeza hacia atrás para convencerse de que no había sido una proyección de su propio deseo expandiéndose en la noche. Oscurecía más temprano y amanecía más tarde. ¿Por qué pensaba en el invierno como si viviese en Islandia? ¿Por qué la perseguía desde la aparición del señor Green un relámpago de llanura pampeana tan irreal como el ojo de la cúpula? ¿Por qué si no era una adolescente tímida la asaltaba la idea de un debut sexual?

Sonó el teléfono, miró la pantalla, exhaló un suspiro de alivio: era su madre la que llamaba.

—Todo bien, hija, vimos *Brooklyn*, una película romántica que hizo llorar a Delfina. Trata sobre una pareja que se ve obligada a separarse y…

Majo la interrumpió, ansiosa:

—¿Dónde estás?

Rebeca Segunda Ávila, ex de Ganz, le respondió con tono festivo:

—En tu casa, con tu padre y los chicos. ¿Sabés quién nos hizo café con la Nespresso? Gastón. En su departamento tiene una, nos contó. Y nosotros nos ofrecimos a llevarlo mañana para que la primera vez no sea un impacto tan grande. Lo llamó el padre y el chico lo atendió. No sé qué le dijo, pero cuando regresó al living

estaba más pálido de lo que es.

—En diez minutos llego. No se muevan de ahí.

—No te preocupes, tu padre y yo no los dejaremos solos. Buena noticia: Delfina prometió que mañana va al colegio.

“Tu padre y yo. Tu padre y yo”, murmuró con ironía Majo. Lo que faltaba, sus padres se arreglaban y ella desarreglaba la supuesta armonía reinante por una calentura premenopáusica.

Se le impuso saber qué había hablado el señor Green con Gastón. Habían quedado en que ella les contaría lo que considerara menos traumático y a su manera: todos juntos, o cada uno por separado. ¿Por qué se le había adelantado sin consultarla?

Tomó el celular con ánimo de pelea.

Fue oírlo y olvidar lo que iba a reprocharle.

Estaba en carne viva, cada palabra de él entraba en su corriente sanguínea provocándole palpitaciones. El mundo entero y todas sus voces resonaban en la voz del señor Green, desarmándola.

Después de escucharlo repetir cuánto anhelaba volver a verla, se animó a preguntar por qué había llamado a Gastón si habían pactado que ella le allanaría el camino. Él le aseguró que sólo le había dicho que existía una cuenta a su nombre y que necesitaba ponerlo al tanto de esa y otras situaciones. En ese punto se detuvo, recuperó el tono inicial de voz y le dijo que la esperaba mañana temprano en el hotel, para desayunar juntos. Y hablar.

—¿A qué hora entrás a trabajar? —preguntó él.

—No es estricto el horario.

—Voy a estar esperándote desde que amanezca. ¿Sabés en qué hotel paro?

—Sí —respondió como si la propuesta la hubiese preñado de una deliciosa angustia.

Los pocos minutos que faltaban para llegar a su casa los pasó rebobinando escenas del almuerzo. Y volvió a experimentar el estremecimiento de su pierna entre las de ella y el íntimo regreso en el auto y la despedida de anhelos reprimidos y el inesperado llamado mientras estaba en lo de su abuela y el reciente de ella.

Un compendio de desoladora excitación se le ahuecó en el estómago. El taxi aminoró la marcha.

—Señora, ¿doy la vuelta o camina media cuadra?

—Bajo en la esquina.

Puso los pies en la vereda. Se insufló valentía. Recibió un chicotazo de viento frío.

Caminó deprisa, como quien debe confesar un pecado mortal delante de una directora escolar despótica. Escarnio. Castigo. ¿En qué ala del tenebroso edificio la recluirían? Ana Bolena. Vio la cuchilla caer sobre el frágil tallo de su cuello y tuvo náuseas.

Estaba en la puerta.

El portero la saludó igual que todos los días. Cómo iba a sospechar que era otra la que había entrado en el edificio.

Las reacciones familiares y la de Gastón, por más fuertes que resultasen, iban a perder intensidad comparadas con las de ella.

Richard, contento por la fusión con una aseguradora de Córdoba capital, sintiéndose dueño de lo que lo circundaba y de sí mismo, al poner la llave en la cerradura escuchó la voz inconfundible de su suegra y enseguida, al abrir la puerta del departamento, la de Kurt y la de Delfina. ¿Cuándo recuperaría la paz?

Sus suegros, su hija y el pesado de Gastón. ¿Otro conciliábulo alrededor del flaco, madre muerta, padre reaparecido y la puta que lo parió? ¿No iba nunca más a recuperar su maldita vida? Le brotó una oleada placentera. Ni su hermano ni su padre lo habían creído capaz. Él, sólo él, concretó la operación económica salvadora de la empresa: su empresa. Contempló la escena y se dijo: esto mañana se acaba. Tranquilo, Richard, tranquilo.

—Qué suerte que llegaste —dijo Majo, la única que estaba de pie. Le ofreció asiento y café.

Sobre la mesa ratona, una bandeja con el inconfundible sello de Nerina. ¿Es que también había venido doña Herminia?, se preguntó Richard aun más confundido.

La conversación crucial que Majo había supuesto que devendría en escándalo fue un monólogo exasperante para los que la escuchaban, no para la mujer que se había instalado dentro de ella como Pepita Sagra o Segunda Josefa en su abuela. Tal vez por esa intrusa pudo quitarle dramatismo a la historia contada por el señor Green.

Richard miró la hora. Iban a ser las ocho de la noche de un día de grandes contrastes: la derrota de la muerte por la mañana, el

triunfo de su vida por la tarde y, en vez de sentarse a cenar y comunicarle a su mujer el notición, ella se había convertido en la reina de los noticieros amarillistas: clandestinidad. Sexo. Hijos ilegítimos. ¿Era mejor, peor, o daba lo mismo que el señor Green fuera hermano en vez del padre de Gastón?

Rebeca miraba a Kurt y Kurt miraba a Rebeca, en ese instante sólo padres y abuelos pendientes de la hija y la nieta que se veían obligadas a cargar la mochila de una verdad que no hubiera debido involucrarlas. Hacía años que sus existencias estaban centradas en ellos mismos. Y de pronto sentirse en los márgenes los serenaba. Les había costado comprender las cosas simples y, sin que las buscaran, estaban delante de sus ojos. Madres. Padres. Hijos. Nietos. Y los conflictos propios de cualquier familia. Unos más intrincados que otros, pero conflictos al fin.

Delfina miraba alternativamente a su madre y a Gastón, que miraba un punto lejano, como si esperara que el fantasma de su madre le diera una señal. Se sentía defraudado, estafado, traicionado. La bronca se le atascó en la garganta, impidiéndole decir nada. ¿Cómo pedirle explicaciones a una muerta? Se figuró que el subconsciente de su madre la había hecho caer debajo de las ruedas de la camioneta porque le resultaba insostenible la mentira. ¿Le pesaría que su hijo, en la mayoría de edad, aún permaneciera ignorante de su origen? Ella era fruto de un abandono y conocía lo que se arrastraba incluso con padres adoptivos bondadosos. ¿Se habría torturado en vano cuando regresaba al amanecer sin haberle avisado a su devota madre que se atrasaría? No lo angustiaba que su verdadero padre se hubiera conformado con verlo de lejos y escuchar las proezas relatadas por una mujer que creía haber criado a un genio. Pero le resultaba insoportable imaginarla en la cama con un viejo cada vez más decrépito y repugnante jadeándole encima. ¿Así que el tal Green de facciones desdibujadas por su rechazo a mirarlo de frente era su hermano? ¿Por qué se habría prestado al juego vil de la sustitución de persona? No pasó por su cabeza la idea de formar parte de los Green, una familia rica y numerosa, ni se preguntó cuánto dinero habría en la cuenta a su nombre. Cuando pudo recuperar el aire y la mirada, sus ojos fueron a los de Delfina y, por primera vez, vio en ella a una adolescente agobiada por las novedades que su madre había sembrado en su

corazón. Decidió, en ese preciso momento, que iba a regresar solo a su departamento en cuanto terminase la reunión que lo había convertido en el actor principal del drama. Igual a Juliette Binoche, la señora María José Ganz. Atraído por su belleza madura, había llegado al capullo. Se conmiseró del capullo. Se conmiseró de él. Y esperó la primera reacción.

—¿Así que me perdí escuchar la historia de boca del cómplice del engaño? —dijo Ricardo, tomando un trozo de tarta de membrillo de la aún intocada fuente.

—Quizá, de no haberte ido del almuerzo, habrías tenido una opinión menos descalificadora del señor Green —respondió, ácida, su mujer.

—Chicos, chicos —intervino Rebeca, separando un poco los brazos y mostrando las palmas de las manos en un gesto que invitaba a la mesura—. Aquí, el único que tiene derecho a sentirse molesto es Gastón.

—Coincido. ¿A qué viene el ataque al hermano, tal vez tan víctima de los manejos del padre como Gastón? Voy a servirme un whisky, demasiadas emociones en un solo día para una persona de mi edad.

—Serví otro para mí, por favor —dijo Rebeca, con el agotamiento pintado en la cara.

—Gastón, ¿por qué no hablás? Se trata de tu vida, no de la nuestra —rogó Delfina.

—Si te abandonaran malherido en un camino desierto, ¿qué harías, Delfi?

—Pedir auxilio.

—Si tu casa está muy lejos y no te quedan fuerzas ni para arrastrarte y tu única posibilidad es que pase alguien y se detenga a ayudarte, ¿qué harías?

—Yo soy la que se detiene a ayudarte, Gastón —dijo Delfina. Y apoyó la cabeza en su hombro.

—¡Basta! —exclamó Ricardo—. Me harté del ping-pong entre mi hija y un muchacho que hasta hace poco era un desconocido. —Se puso de pie y agregó—: Estoy confuso, ¿no debería haberse hecho cargo de la situación el señor Green? Todavía no sé qué pito toco… —iba a completar la frase "en este entierro", pero se contuvo.

—Yo le ofrecí hacerme cargo porque pensé que, al no tener

Gastón una figura femenina que lo contuviese, un encuentro de hombre a hombre, a pesar de los lazos de sangre, podría resultar violento —respondió Majo como si fuese una psicóloga hablándole a un impaciente paciente.

Ricardo contemplaba con asombro a la que parecía haberse tragado todo el pastillero con sedantes. Si en la madrugada de ese mismo día habían planificado sacar de sus vidas, especialmente de la de Delfi, al chico de la librería, por qué diablos lo tenía sentado ahí, con la cabecita de su hija apoyada en su hombro. Menos mal que para él había sido una tarde prolífica y exitosa; si no, estaría echando a la calle a cada uno de los que sobraban en su casa, incluidos sus suegros, que le daban al whisky y a la charla como si estuvieran en la barra de un casino. Viejos viciosos. ¿No podría haberle tocado una familia normal?

—Me perdí el almuerzo —dijo, clavándole una mirada inquisidora a su mujer— porque tuve una reunión de trabajo en la que se jugaba el futuro tuyo, el mío y el de nuestra hija. Y parece que la señora cree que yo —se golpeó el pecho con el puño— hubiese tenido que dejar al garete la empresa que intento sostener desde hace veinte años para escuchar el melodrama del tipo que tendría que haber hablado con su hermano desde el momento en que puso el pie en Buenos Aires. Pero no. ¿Qué encuentro cuando regreso a mi hogar para comer el primer plato caliente del día?

—¿Si molestamos? —preguntó Kurt, envalentonado por el alcohol y por su omnipotente sensación de patriarca ofendido.

—Claro que molestan —gritó fuera de sí Ricardo Antunes, a quien llamaban Richard—. Todos los presentes, menos Majo y Delfi, sobran. ¿Quisieron que Gastón durmiera bajo el mismo techo que mi hija de quince años? Y acepté. Quisieron que asistiera al entierro de una perfecta ignota. Y acepté. Planificaron que almorzáramos todos juntos después de la ceremonia. Y acepté. Mi propia hija siguió a quien no debería haber seguido y se metió en el coche que no le correspondía. Y acepté. ¿Saben cómo acepté? A las puteadas acepté. ¿Por qué a las puteadas? Porque, sumado a todo el despelote del accidente, la morgue, el entierro y la visita inesperada del señor Green, mis suegros, que vivieron mirándose el ombligo y despilfarraron y despilfarran dinero a lo loco, se tomaron en serio el papel de abuelitos de Heidi, y se metieron a acompañar y a

aconsejar a un joven de veintiún años —con vasta experiencia en quilombos de familia— y a una chica recién salida del cascarón. Y la mamá de esa chica, en vez de defenderla con garras de leona, se convierte en la abogada defensora de los Green.

Rebeca se cubrió la cara con el infaltable chal para que no la viesen llorar. Al levantar la mano libre —la otra sostenía el vaso con whisky—, sus pulseras tintinearon. Kurt, hipnotizado por la arenga de Richard, oyó el sonido y miró a su ex. La sangre comenzó a percutirle en las sienes, en los oídos, y, por no levantarse y darle una trompada a su yerno, tomó el vaso de Rebeca, lo apoyó en la mesa ratona con un golpe fuerte y dijo:

—Vamos a liberarte ya mismo de nuestra ingrata presencia. Pero antes te voy a decir que, cuando mi hija te trajo a casa, le dije a Rebeca que eras muy poca cosa para nuestra Majo —bajó el tono para pedirle a su ex que se fuera con él.

Rebeca soltó el chal y exhibió su cara sin pensar en su maquillaje corrido ni en su tristeza.

Decepcionada de sí misma, se dejó conducir por el hombre al que se sintió hermanada. Ambos estaban grandes y cansados. Los jóvenes experimentaban frustraciones relacionadas con la juventud. Ella y Kurt, con las de la vejez. Decepción más trágica porque no hay vuelta atrás.

23

> “Recuerda ese sombrero de verano, un sombrero al que no se había atrevido antes por miedo a perder la ilusión del verano.”
>
> Vlady Kociancich, *Amores sicilianos*

Con el sentimiento de una esperanza frustrada, Kurt se dio cuenta de que nunca fue aquel guerrero mítico que ha perdido su armadura y al recuperarla vuelve a ser el mismo en el amor y en la batalla.

Vencido y agotado, junto a la que fuera su mujer, conducía por las calles todavía abarrotadas de tránsito, preguntándose qué iba a hacer o decir cuando entrara en su departamento. ¿Hablar con Guillermina de qué? Era aun más joven que su hija y no podría compartir con ella su desazón de padre y abuelo. Ni siquiera la de marido ni la de amante.

El divorcio no se había producido por Guillermina sino por él, que necesitaba una excusa y, para que Queca lo acusara de infidelidad sádica y lo dejara ir, había paseado la escultural figura de Guilli por los sitios que solía frecuentar con su mujer para humillarla y humillarse. “¿No podías haberte tirado unos buenos polvos sin que nadie lo notara?”, le reprochaban los amigos, habituados y encariñados con la dupla Kurt-Queca, Queca-Kurt, según del costado de donde los miraran.

Se fijó en la hora.

El reloj del tablero funcionaba con puntualidad germana. En poco más de una hora, su hija y su yerno habían desbaratado la situación de apoyo a los chicos que Queca y él habían considerado generosa y valiente.

Después de que Richard les gritara “Inconscientes seniles” fue que se encaminaron hacia la salida del departamento, departamento que les habían regalado a Majo y Ricardo Antunes cuando pusieron fecha para la boda. Prudente y lastimosa retirada, pensaba Kurt, que con una mano sostenía el volante y con la otra limpiaba el ojo que solía lagrimear por el conducto lagrimal obstruido.

Muda, en el asiento del acompañante, Rebeca observaba los

focos de los automóviles como si fueran la única luz posible dentro de su zozobra. No recordaba haberle dado a Kurt la dirección de su casa. Pero su voluntad, librada a la inercia del cuerpo, no alcanzaba ni para hacer una pregunta simple: "¿Sabés dónde vivo?".

A Damián Rebeca lo había puesto en antecedentes y él no iba a llamarla; un alivio, pensó. Se sentía incapaz de romper su interno voto de silencio ni con su amante.

También Kurt parecía haberse atragantado con las cosas que se había visto empujado a decir. No debería haber desvalorizado a su yerno delante de la esposa y la hija, pensaba. Y Richard, en vez de echarle en cara una obviedad como su infidelidad o su divorcio, se ocupó de enrostrarle sus gastos desmedidos. Desfachatez imperdonable en un tipo al que le había prestado dinero sin exigirle devolución.

Rebeca olía como solía oler. Y reconocerlo fue un centelleo de virilidad. ¿Aún la amaba? Con un bufido que parecía salir de sus entrañas, se animó a preguntarle si podía ir a dormir a su casa.

Rebeca movió la cabeza a los lados.

—¿No tenés un sofá, un colchón? Prometo no molestarte. No puedo ni quiero regresar a…

Rebeca le dio la calle y el número con voz desganada.

Kurt se dijo que tal vez, recién al llegar a la puerta, ella le comunicaría su veredicto. Si su respuesta fuera negativa, como el gesto, tendría que pasar la noche en un hotel o entrar en su casa fingiéndose enfermo y meterse en la cama como lo que era: un viejo que merece reposo y tranquilidad.

Mañana será otro día, pensó, intentando revertir su angustia.

Lo había pasado muy bien en el café de la librería con Rebeca, la sustituta de Queca, su ex mujer, que no sólo había cambiado de apariencia sino de carácter. Ambos habían conseguido divertirse como en sus primeros veinte años de matrimonio, cifra importante si la comparaba con el relámpago de las nuevas uniones.

Le gustó la ironía con la que Rebeca enmascaraba el pudor de estar sustituyendo a Queca. Y lo apenó no haber podido sustituir del todo al viejo y mañoso Kurt Ganz que contemplaba a los mortales desde el estrado de un semidiós que se da el lujo de salir ileso en las luchas del alma.

También lo había complacido que su nieta y Gastón hubiesen

elegido a un par de abuelos en lugar de los padres para remontar la irremediable experiencia de la muerte. Quizá quienes transitan el comienzo de la vida, pensó Kurt, sienten mayor proximidad con los que están entrenándose para el final. Descartó de inmediato ese pensamiento negro, impropio de quien se proponía mantener encendida la antorcha vital hasta el último suspiro.

La arenga del yerno había golpeado a Rebeca menos que la de su hija, quien, a modo de juglar, había comenzado a relatar la extraordinaria historia de amor de una mujer llamada Soledad y un señor llamado Green, padre del Green joven que durante veintiún años se había adjudicado la paternidad de su hermano. Y se preguntaba Rebeca, su corazón de madre destrozado, qué le habría sucedido a Majo para dar esa historia ajena con una apasionada soltura inhabitual en ella y sin destacar la complicidad del hermano que había regresado a "la escena del crimen", otra vez sustituyendo al amante de Soledad, verdadero padre del que llamaban el chico de la librería como si todos, excluyendo a Delfina, sospecharan de antemano que la identidad de Gastón había sido falseada.

Rebeca se culpó de no haber percibido la infelicidad de su hija. ¿Por qué, si no, una mujer de la edad de Majo iba a sostener un rencor infantil por el divorcio de sus padres? Era indudable que ella no quería poner el ojo en su propio matrimonio.

Rebeca, sofocada por sus sentimientos en colisión, le dio a Kurt la alarma de entrada al estacionamiento del edificio, le señaló el lugar de su cochera y permitió que ingresase con ella al ascensor en un lenguaje gestual que su ex marido no supo interpretar. Rebeca no le había abierto su casa para recuperar el resplandor de una larga vida en común sino por impotencia.

Porque sólo con el padre de su hija y el abuelo de su nieta se sentía capaz de hablar o callar lo que a ambos les dolía.

Le ofreció asiento en la cocina, le pidió que abriera la botella de vino que puso en la mesa y buscó en la heladera pan, fiambre y queso.

Kurt quiso decirle que le agradecía el refugio y la comprensión, pero hizo un chasquido con la lengua y le preguntó por el baño.

Le respondió que no se iba a perder, y dejó que explorara en

soledad los setenta metros cuadrados en busca de indicios que hicieran visibles los treinta y ocho años en que fueron marido y mujer.

Rebeca, asombrada por tenerlo donde ella se había arrinconado para lamer sus heridas y jurar venganza, comenzó a batir huevos y se dispuso a hacer una omelette.

A veinte minutos de subte del departamento de Delfina y a media hora del de Rebeca, Gastón estaba en otro mundo. Y en ese otro mundo él ya no tenía madre ni novia pero sí un medio hermano y un padre viejo que había ejercido su paternidad a través del que hasta el instante de nacimiento de Gastón era su único hijo varón.

No le importó, ni siquiera se violentó cuando sonó el timbre del portero eléctrico y oyó la voz de Javier Green. Gastón lo esperaba con la puerta abierta del tercero A, como advirtiéndole que de ahí en más nada podría permanecer oculto. Ya habían hablado por teléfono: Javier sabía que él sabía y Gastón sabía, también, que él sabía.

Su hermano, un identikit de sus propias facciones envejecidas y con el sello de clase que talla en dos caras iguales expresiones diferentes, se miraron, por primera vez, proponiéndose lo mismo: no perder los estribos. También los dos coincidían en otro pensamiento: no apresurarse. A Gastón no le cerraba su propia actitud de panqueque. Quizá se debía a la mirada plácida y penetrante de Javier. Si Javier había desterrado resentimientos y malentendidos a partir de una aceptación, a él aún le faltaba recorrer ese trayecto.

Un rato antes Gastón había salido del departamento de los padres de Delfina dispuesto a meter la cabeza de Javier Green en un balde repleto de agua, y apretar y apretar hasta que cesaran los globitos y se apaciguara la sangre de uno y del otro. Pero no le dio una trompada ni le retorció el brazo hasta ponerlo de rodillas ni lo ató ni lo amordazó ni lo electrocutó porque, mientras fueron pasando las estaciones de la línea D, él, al igual que Charlie Parker, personaje de uno de los cuentos de Cortázar, se vio de pequeño, jugando en el patio de sus abuelos; de seis años, yendo al colegio con su madre; de adolescente, haciendo el amor en una rabona caliente. Y en las dos últimas paradas del tren subterráneo aprobaba

el curso de ingreso a Arquitectura, se volvía a enamorar de una chica que abandonó la carrera en primer año, conseguía trabajo en una librería, su madre le anunciaba que iba a tener auto propio, una mujer idéntica a Juliette Binoche entraba a comprarle una novela de Daphne du Maurier y después él le entregaba un segundo ejemplar a la hija de Binoche —emergida de una pintura de Boticelli—, excepcionalmente bella y madura para sus quince años.

Al descender en estación Callao, Gastón ya había enterrado a su madre, conocido a un supuesto padre, y se le había revelado —ascendiendo por las escaleras que desembocan en avenida Córdoba— que parte de la familia Green había abandonado la clandestinidad, impidiéndole saborear a pleno su desasosiego.

—Hola. ¿Para qué viniste?

—Sabés para qué, ¿verdad?

—Sí —respiró Gastón, aliviado de que ya hubiese pasado el primer saludo. La identidad clara de cada uno establecía que, a pesar de los veintiún años de diferencia, eran hermanos. Mejor dicho, él era medio hermano de un hermano que tenía hermanas y media docena de sobrinos. Lo enojó no haberle saltado a la yugular por hipócrita. Y más lo enojó que el otro intentara abrazarlo. Dejó los brazos caídos a los costados del cuerpo, igual que aquel soldadito de juguete que su madre le quitó porque contenía plomo. Y el plomo era tóxico. Ya no estaba su madre para defenderlo de los venenos de la existencia. Y recordó, como si se hubiesen formado imágenes en sus interiores fuegos de artificio: una hamaca en la plaza, y un hombre viejo, de anteojos, que lo observaba. Una fiesta escolar y, entre el público, el mismo viejo de anteojos. En un café cercano a la facultad, ese viejo anteojudo, ya canoso, leía el diario. Cuando le tocó hacer de cajero en Libros del Pasaje, aquel viejo le extendía una tarjeta de crédito y le respondía “Hay muchos Green”, cuando él le comentó que su apellido era el mismo.

Gastón le señaló un rincón con dos sillones de un cuerpo y una mesa baja. Javier corrió el sillón antes de sentarse.

—Quiero que nos veamos las caras.

Mientras Javier hablaba de la cuenta en el banco, de la conveniencia de mudarse y de poner en movimiento los engranajes del cerebro para apartar la nebulosa imaginaria de una relación perversa, Gastón, callado, pensaba que el monólogo de su medio

hermano tal vez era continuación del emprendido por Majo, lectora de una novela cuyo título, *Rebeca*, también le generaba interrogantes a una familia con nietos, hijos, padres, abuelos y bisabuelos que se visitaban a la luz del sol. Nadie está a salvo de las estafas del sentimiento, se dijo. Y sintió culpa de haberse arrebujado en el ala protectora de una ninfa de quince años.

—Tu padre amó a tu madre y tu madre lo amó a él, y ambos llegaron a un acuerdo, ¿verdad?

Gastón intentó zanjar la cuestión de verdades y mentiras pidiéndole que respetara su situación. Javier se puso de pie, le puso una mano en el hombro y le pidió disculpas.

Para tragar ese amargo gesto fraternal, Gastón fue a la cocina y trajo dos porrones y una bolsa de papas fritas.

—Buena idea —celebró Javier.

Gastón, ceño fruncido, apoyó las cervezas en la mesa, abrió la bolsa y puso el contenido en un cuenco de cerámica.

Se volvió a sentar, tomó su porrón y bebió como si hubiera venido de correr y tuviera papel de lija en la garganta.

—Es difícil. Siempre supe que esto iba a suceder y, cuando se lo decía a mi padre, él contestaba que el tiempo pondría todo en su lugar.

—¿En qué lugar? ¿En el cementerio? A mi madre la atropellaron, y no voy a parar hasta saber si fue un accidente o un asesinato. Y la bronca por su engaño no me la va a sacar nadie. Si hubieras aparecido cuando ella estaba viva, habría podido preguntarle por qué construyó una catedral de mentiras.

—Mi viejo no quiso que apareciese antes, opinaba que yo era sensiblero y terminaría metiendo la pata. Está vivo y puedo preguntarle por qué, si opinaba que yo era un lenguaraz, me metió en un asunto que le pertenecía sólo a él.

—¿Y quién te lo impidió?

—Nadie. Se lo pregunté tarde, cuando estabas en la primaria, y él me dijo que Soledad estaba conforme, que vos eras un nene sano, inteligente, y que si hablaba iba a estropear la vida de mi madre y de mis hermanas. Tuve una sola mujer con la que me hubiera casado, pero pensé demasiado en la mejor manera de explicarle que había reconocido como propio a un hijo de mi padre, y ella terminó casándose con otro tipo.

Era una charla tan atravesada y ridícula que los dos decidieron continuarla menos cansados y afligidos.

—Nos hablamos, Gastón. Cuando vos lo decidas ponemos los números y otros asuntos en claro —le extendió la mano.

—Primero me tengo que poner en claro yo —dijo. Al fin asió con recelo esa mano persistente.

—Eso puede durar demasiado. Pasado mañana nos vemos. ¿Hoy es tu primera noche aquí?

Asintió con un movimiento de cabeza.

—Deberías tomar un sedante, ¿tenés?

—Sí, mi vieja tomaba.

Recién cuando Javier se fue Gastón paseó su mirada por los objetos que su madre había elegido, comprado, limpiado. Entonces comprendió que estaba furioso, tan furioso, que había olvidado su rechazo por dormir en una casa llena de voces muertas.

Kurt Ganz creyó ver en la cama de dos plazas a Queca con un hombre. Y tuvo que entrar en el dormitorio para desmentir la proyección de sus celos. Su vista se detuvo en un florero con una rosa solitaria y pensó que tal vez un imbécil se la había regalado.

Al descender y ascender imaginarios escalones que lo llevaban a escenas de su pasado con Rebeca, tuvo la sensación de que la propuesta de quedarse a dormir sonaba a broma. Pero a pesar de esa sensación anheló que Queca, después de ofrecerle un bocado, no lo mandara a mudar.

Qué erótica le resultaba su figura nítida y erguida. Rebeca era un manual de contradicciones, igual que él, y, por iguales, tal vez incompatibles.

Quizá no lo había oído entrar en la cocina o se hizo la desentendida.

Kurt se sentó a la mesa, apoyó los codos y se sostuvo la cabeza con ambas manos para mirarla hacer.

—¿Qué esperás para descorchar el vino? —le preguntó sin darse vuelta.

Cuando Rebeca oyó el hueco sonido del corcho al salir, supo que iban a tener que comer mirándose las caras. Y con la carga de haber compartido un encuentro familiar que los había eyectado de su centro. Recién ahí recordó que se había lavado las manos en la cocina, antes de tocar los alimentos, y que no había ido al baño ni

para mirarse en el espejo.

—Ahora me toca a mí —dijo—. Andá picando queso y aceitunas que ya vuelvo.

Kurt notó que Rebeca no se había esforzado en borrar las huellas de la angustia con cosméticos. Esa actitud fue como una puesta en claro de que lo había autorizado a subir sólo por el agresivo discurso del yerno que los había dejado boqueando. Y por las palabras que debían haber sido pronunciadas por el señor Green y no por Majo, su vocera.

¿A qué había venido desde su comodidad provinciana el mensajero del señor Green padre?, se preguntaba Rebeca mientras trataba de que la improvisada comida tuviera, por lo menos, buen aspecto.

Kurt recibió el plato con omelette. Agradeció cuando le ofreció ensalada.

Tomó una rodaja de pan negro y la untó con queso crema.

—Estuve pensando en el padre verdadero y en el que lo suplantó en la partida de nacimiento. Y mi opinión dejó de ser tan crítica —dijo Kurt levantando la cabeza.

—Si es porque la mentira de los señores Green se derrumba con una sola verdad, y esa verdad pone los lazos familiares en su punto justo, puede ser. Pero creo que lo escandaloso no estaba en lo que Majo decía sino en su postura de abogado defensor que interpela al jurado para que considere inocente a su defendido —dijo Rebeca, sirviéndose una rodaja de queso y ensalada.

—Siempre te gustaron las novelas de detectives y las policiales, y también las películas, incluso las antiguas en blanco y negro —Kurt sonrió al evocar placeres compartidos—. ¿Te acordás de la de Marlene Dietrich que vimos en un cineclub?

—¿La que ella se aparta el pelo y muestra una cicatriz horrible?

—Sí. Ésa. El actor era uno gordo que no me acuerdo el nombre que usaba monóculo.

—Charles Laughton —exclamó Rebeca, triunfante—. Tengo seis años menos y más memoria que vos. Servime vino —le indicó que era suficiente con un ademán—; no es noche para beber de más.

—Creo lo contrario.

—Si con los primeros sorbos ya nos fuimos por las ramas, en un rato evitaremos hablar de lo que nos preocupa. Ya no somos marido

y mujer pero seguimos teniendo una hija y una nieta en común.

—¿Creés que alguna vez lo olvidé? —preguntó con efímero disgusto—. Siempre las tuve presentes. Y a partir de nuestro divorcio, aunque no lo creas, comenzó a ser tan abrumadora la presencia de ellas que intenté alejarme para ver si se me pasaba.

—No te culpo —dijo, sorprendida de su benevolente respuesta porque ella, con su histérica ocurrencia de desprenderse hasta del alfiler que hubiese tenido que ver con su matrimonio y el posterior brote depresivo, también había necesitado romper lazos.

Kurt le ponderó la comida, aunque para su gusto la omelette estaba muy cocida. Y le agradeció el fiambre ahumado.

—No sabía que ibas a venir, Kurt. Me habitué a tus preferencias gastronómicas.

—Son las mismas. Pero, por los malditos análisis y los malditos veredictos médicos, tengo que comer poca sal y evitar fiambres y embutidos.

A Rebeca le dio un ataque de risa. Kurt estaba sentado en su cocina y hablando de dietas como si fuera Susana. Esa sí que era la caída de un dios.

Se sonó la nariz con la servilleta de papel, le pidió disculpas y fue a tirarla en el cesto de desperdicios y a enjuagarse las manos. De espaldas le dijo:

—¿A Guillermina le hablás de tus análisis?

—No, le digo que necesito bajar de peso.

—Mal no te vendría —comentó con tono cauteloso, y enseguida agregó—: a mí tampoco. Como verás —hizo un ademán abarcador sobre la mesa—, las dietas pueden romperse. La mayor parte de la semana me conformo con las viandas que me envían de un instituto dietético. Pero cuando me ataca la angustia en medio de la noche voy a la heladera.

—Antes no te atacaba.

—Sí. Pero no me levantaba a comer.

Kurt le apresó la mano y dijo que él se había sentido herido y, al no saber quién le había hecho daño, la terminó hiriendo a ella.

—No te abrí mi casa para revisar qué nos ha sucedido a nosotros sino qué le sucedió a Majo.

Kurt la liberó de su mano. Recién al abrirla notó que la había cerrado con fuerza.

—¿Pensás que cuando Richard los dejó solos en el restaurante ellos comenzaron a entenderse?

—¿En qué sentido, Kurt? No existen los flechazos, y no creo que Majo ni él, viniendo de un entierro… Además, después del almuerzo, fue a ver a mi madre —hizo un gesto de fastidio—; la tengo olvidada, pobrecita.

—No hace falta ir a la cama para comenzar un romance. ¿O creés que Majo es una adolescente que tiene sexo en un baño de boliche?

—Tampoco Delfina es de esa clase, y le creí cuando hoy nos dijo que ella y Gastón todavía…

—No estábamos hablando de nuestra nieta —irrumpió Kurt. La posibilidad de que una niña de quince años hubiese tenido ya su debut sexual lo exasperaba. Siempre lo había enojado que, si había dos senderos y él elegía uno, Rebeca, a mitad de camino, le explicaba las ventajas del otro—. Parte por parte —dijo con firmeza —. Delfina es menor de edad y terminará por aceptar lo que sus padres le digan. Pero Majo ya es grande y si su infelicidad era visible aun para mí, que estaba metido en un embrollo del cual no sabía ni sé cómo salir, cómo no lo iban a notar la hija y el marido.

—Y la madre. A pesar de estar tan embrollada como vos. —Iba a replicar que se había metido solo en la jaula, pero prefirió callar—. ¿O imaginás que no lo veía venir?

—¿Qué cosa?

—Cualquier cosa. Porque presentía que, en la primera oportunidad que se le presentase, ella iba a explotar. Y creo que se le presentó.

—¿De un día para otro y con un desconocido?

—Ahora lo conoce —dijo Rebeca sirviéndose vino.

—¿Por qué no me pediste?

—Porque me acostumbré a estar sola y a servirme sola y a llorar sola —dijo como si tuviese algo atravesado en la garganta.

Kurt dejó la segunda rodaja de pan sobre el plato. No podía parar de comer ni de sentirse mal. Tal vez no había sido tan feliz la ocurrencia de pedirle auxilio a quien también necesitaba ser auxiliada. A los dos les había pasado la euforia —a él antes, a ella después— de sentirse liberados del tedio de una larga vida en pareja.

Sonó el teléfono.

—No atiendas —pidió él.

Ella no le hizo caso. Escuchó a quien hablaba y respondió, clavando los ojos en los de Kurt y cruzando el índice sobre sus labios para que guardase silencio.

—Estoy bien, hija. ¿De dónde hablás? —y, para no tener a Kurt interrogándola con gestos, se fue al dormitorio con el inalámbrico.

Kurt pensó que, a pesar de haber llegado al extremo de insultarla y recibir sus insultos y amenazas en el paroxismo de la separación, Rebeca seguía siendo una mujer con la que era sencillo hablar de la vida. Había un código en común, una familia en común, amistades en común, un patrimonio en común, unas cuantas décadas en común y una actitud egoísta en común. Egoísmo que le resultaba una cuestión de supervivencia en los inicios de la vejez y una particularidad propia de la adolescencia, pero un defecto en el momento de la crianza de los hijos. Rebeca y él habían precalentado sus cuerpos en el ejercicio hedonista de pensar que se autoabastecían solos y que, si esa práctica había logrado mantenerlos unidos durante veinte años, el resto sería un deslizarse sobre rieles. Gran error. Él no era de admitir culpas porque consideraba que la culpa era inherente al ser humano y variaba según los patrones culturales y religiosos. Por qué entonces le molestaba que Majo hubiese llamado a la madre y no a él para excusarse por el cruel comportamiento de Richard y para explicar por qué ella se había adjudicado el papel de mensajera. En prácticas antiguas, el poderoso que recibía una mala nueva mandaba matar al portador de la noticia. Quién o qué era ese ridículo señor Green como para que su hija pusiera el cuerpo por él. No podía ignorar que la primera reacción la recibiría ella y que, cuando el cómplice de la patraña se encontrara con Gastón, ya el asunto estaría a medio digerir aunque, caviló, en las familias pendientes de herencias cuantiosas, la aparición de un heredero con documentos que avalan la pertenencia al clan suele generar un escándalo más financiero que moral.

—¿Y? —preguntó.

Su deseo de saber pudo más que su terca soberbia humillada por la supuesta actitud conspirativa de su ex mujer y de su hija.

—Gastón se fue a la casa a dormir. Delfina se encerró en su

cuarto, Richard se metió en el dormitorio y Majo estaba acostada en el living.

—¿Con tres palabras pretendés liquidar una charla de quince minutos con nuestra hija?

—El relleno es fácil imaginarlo solo. Pero si insistís te lo resumo: parece que cuando nosotros nos fuimos…

—Nos echaron —saltó Kurt, los ojos inflamados por el cansancio, la rabia y el alcohol.

—Si querés que te cuente, no me corrijas —dijo ella con voz ronca—. Al rato que Richard nos echó —recalcó la última palabra —, Gastón les agradeció el apoyo y dijo que era hora de liberarlos de su presencia y que se iba a dormir a su departamento, cosa que debió haber hecho desde el comienzo. Parece que Delfina lo tomó con tranquilidad y lo acompañó a la puerta de calle. Cuando regresó, Majo le preguntó cómo se había ido Gastón y Delfi dijo que él le pidió, por el bien de ambos, una pausa en la relación.

—¿Mañana va al colegio?

—Sí.

—Te dije. Es una chica inteligente —golpeó palma contra palma, festejando la realización de su vaticinio—. Con todo el equipaje que traía puesto ese chico desde el nacimiento, ella se habrá dado cuenta de que Gastón debe darse tiempo para clarificar su pasado y decidir su futuro.

—El tiempo no siempre clarifica. A veces confunde.

—No comprendo por qué lo decís —dijo Kurt, empezando a flaquear ante la embestida que se avecinaba.

—Tampoco comprendo muy bien por qué dije lo que dije —respondió desde sí misma y para sí misma, desarmando a Kurt— . Tal vez fue porque pensé en Majo y tal vez porque pensé en vos, en mí y en mi madre, que no se decide a ser una anciana normal. ¿Sabés qué me pasaba hoy por la cabeza mientras íbamos en el coche?

—¿En qué momento?

—Cuando veníamos para acá y no paraba de llover. Fue ahí que me di cuenta de que la única mujer de la familia que no jode a nadie es mi mamá. Con tal de que no le quites sus libros, su mundo electrónico y su fantasía, se deja llevar hacia la muerte sin excesivos planteos. Es como si ella hubiese guardado lo feo de su existencia

envuelto en mil papeles y mirara serena la cuchilla del verdugo.

—Vamos, Queca, no comiences con deducciones fúnebres. Estabas radiante últimamente. Incluso la noche de la comida ni los reproches de Majo pudieron frenar tu encanto y el coqueteo…

—Comenzaste vos —dijo con cierta prevención. No deseaba entrar en un ping-pong de palabras empalagosas—. Fue una simple distensión en ambiente hostil. Ahí faltó poco para que Majo me acogotara, ¿o se te pasó por alto el lío que armó porque Delfi no se había presentado a cenar?

—Esa reacción desmesurada era un anticipo de lo que le pasaba; mejor dicho, de lo que le pasa.

Rebeca comenzó a recoger la vajilla para servir el postre. Kurt se ofreció a ayudarla. Y ella lo instó a quedarse sentado, dos eran multitud en esa cocina.

Mientras se movía por el reducido ámbito, él se admiró de la elegancia de Rebeca aun en menesteres carentes de atractivo. Y entendió que ella se había referido a la vejez de su madre para no hablar de su propio envejecimiento. También en eso se asemejaban. ¿Qué temores se habían desatado dentro de su atolondrada cabeza como para inventar, de la noche a la mañana, que lo de Guillermina y él era amor? El paliativo de una muchacha joven en la cama había significado un paréntesis similar al de esos sueños eróticos de los que despertaba mojado. Por aquel entonces, contemplar a una mujer abierta de piernas en una revista le provocaba una eyaculación. Niñez. Adolescencia. Milagrosas volutas vaginales que, como caracolas, contenían los sonidos salobres del deseo. Recordar que Rebeca tenía un amante. Recordar que su hija tal vez estuviera a punto de tenerlo. Recordar que él estaba por perder a su amante porque ya no soportaba convivir con el intruso que pretendía reemplazar a quien —cerca de la edad en la que su padre se dio vuelta contra la pared y se negó a recibir auxilio médico y sacerdotal— aspiraba a dejar de luchar contra una sexualidad decreciente.

24

> “Me gustaban su certidumbre y su concentración, la falta de síntomas, la forma de quitarse de encima los miedos y terrores neuróticos que a todos los demás nos hacen la vida tan difícil.”
>
> HANIF KUREISHI, *Algo que contarte*

Cómo iba a imaginar María José Ganz que, mientras ella bajaba a esperar el taxi que había reservado para las seis de la mañana, su madre y su padre estarían conversando de las mismas cosas que habían hablado en la cena pero metidos en la cama de dos plazas, apoyados en una montaña de almohadas y acelerando los temas recurrentes como si se les pudiesen escurrir de las manos.

Cómo iba a saber Kurt Ganz, al salir del incómodo y bajo sofá para ir a orinar y después de constatar en su reloj que eran las cinco y treinta de la madrugada, que le agradecería a su próstata el buen comportamiento y que, dubitativo, terminaría asomándose al dormitorio de su ex y ella —luz de velador encendida, libro abierto sobre la colcha— le preguntaría si necesitaba algo y él le respondería que su demanda era de abuelo a abuela, sin ánimo de ofender.

Cómo iba a sospechar Rebeca Segunda Ávila que al verlo en calzoncillo y camiseta, los pelos parados, la panza antecediéndolo, ella le diría lo que le dijo y él, suelto de cuerpo, le pediría entrar en su cama amplia y tibia, igual que niño grande que se avergüenza de su pedido.

Y ya que estaban despiertos por qué no esperar juntos el amanecer y más tarde ir a tomar un rico desayuno. Como ninguno de los dos se atrevía a pensar en un intento sexual mañanero, tomaron con naturalidad lo que habrían pensado un delirio siete horas antes.

Aceptó las condiciones de Queca: cada uno en su costado y sin afán personalista ni justiciero. Era el aquí y ahora con dos núcleos de charla autorizados: hija, nieta, yerno y personajes relativos a los motivos centrales.

Una vez ensobrado en el lecho fresco de su costado pero seguramente cálido en el otro, a Kurt le resultó extraño que no le resultara extraña la repentina pipa de la paz fumada por dos caciques enemigos en medio de la revolución de sus tribus. En simultáneo crecieron en su memoria los mutuos agravios, la camaradería, el amor y la pasión, en orden descendente y ascendente, según ubicara el punto de vista.

El colchón es a estrenar, pensó, igual que todo lo que había en el departamento, menos la lámina encuadrada de “Almuerzo en la hierba”. Ahí convivían con el paisaje la desnudez y la vestimenta. Lo desnudo estaría representado por Queca, ya que los poco eróticos paños menores de él no habían obtenido ni el beneficio del agua que Rebeca le había autorizado a su ex en el único de los baños con ducha.

El camisón escotado y sin mangas dejaba libre la carne que, en la semipenumbra, aún lucía seductora. Se figuró que ella había renovado su ropa interior y de dormir, adaptándola a su voluntad de resucitar la sensualidad abandonada durante la decadencia matrimonial.

Anheló que sus esfínteres se paralizaran durante su permanencia en la cama de la única mujer en el mundo a la que necesitaba cercana y amable.

El pecho de Rebeca se agitó después de un breve acceso de tos y ella se movió en la cama, se incorporó y carraspeó hasta normalizar su respiración. Cada una de esas mínimas reacciones corporales excitaba a Kurt; era una excitación de adolescente que en la butaca de una sala de cine imaginaba tener sexo con la actriz y con la desconocida que tenía sentada al lado y con todas las chicas del club, del colegio y del vecindario. Las sábanas, las almohadas, la atmósfera densa y la frágil textura de la tela del camisón que marcaba los pechos y los pezones eran una suma engañosa que borraba la edad de ambos y el foso que se habían empeñado en cavar con persistente ánimo combativo. Compartir nuevamente una cama era haber echado un puente para acceder a la fortaleza. Pero Kurt tenía la lengua empastada y la sensación de que su piel era un pegote igual que sus párpados.

Su erección no era tan involuntaria como él creía, pero obedecer a su insensato pene quizá promoviese una puja más verbal que

sexual en la que terminaría arrinconado y contra las cuerdas. Entonces enmudeció; temía que una palabra o un ademán lo denunciasen y, descontrolado, su cuerpo arremetiese sobre el de ella, repentinamente convertida en la hembra prohibida y codiciada.

Rebeca, que solía escuchar los elocuentes silencios de Kurt, lo observaba de soslayo y con malicia, como si los años de convivencia la hubiesen dotado de una percepción extrasensorial y conociese lo que sucedía ahí abajo y ahí arriba del que fuera su hombre, prácticamente el único salvo unas escaramuzas insignificantes, evaluadas desde la distancia y en comparación con Damián, quien, de no haber mediado un divorcio, ella consideraría su primer amante con todas las letras.

Era verdad, pensaba Kurt, que las parejas terminan adivinándose el pensamiento. Podía dar fe de numerosas ocasiones en las que uno estaba por hablar y el otro saltaba simultáneamente con lo mismo. Y se dijo que tal vez, después del recreo con Guillermina, lo complacía recuperar un hábito amoroso que, en el pináculo de su rebelión, le había resultado una condena a trabajos forzados.

Viejo tonto, se dijo a sí mismo cuando apartó las cobijas y fue a buscar un vaso de agua para quien parecía haberse atragantado con su propia saliva de tanto hablar de conflictos familiares que les daban pie a ambos para no hablar de sí mismos. Rebeca poseía la cualidad de hacerlo retroceder a una época en la que su sola presencia lo dotaba de entidad. Cómo ubicarse de nuevo en un lugar cuyo único rastro de ese lugar era el cuerpo de ella, cuerpo sólido y desafiante aun en la claudicación. Cómo acercarse y tocarla. La atracción había ocupado cada rincón de su pensamiento, revistiéndolo de una victoriosa derrota. Y prefería ese revestimiento áspero al vacío ambulatorio de tener que recordar lo malo para soportar lo supuestamente bueno de compartir su vejez con una muchacha que todos los hombres querrían llevarse a la cama.

El tenue resplandor de la cocina, las plantas de sus enormes pies en las baldosas frescas, el titilante rectángulo en la ventana y la visión de la reveladora comida de la noche anterior le impidieron sentirse ajeno en un espacio que diez horas antes era territorio inexplorado. Con rapidez se lavó la cara, se enjuagó la boca y se secó. De la heladera tomó una botella. Encontró un vaso en el

escurridor. Lo llenó en exceso y, para que no se le volcara, bebió un sorbo.

Realizada su hazaña, regresó con el santo grial en su diestra, agitado por la falta de sueño, el sobrepeso y las emociones.

La encontró echada de costado, cubierta hasta el cuello, de cara a la pared. Y esa posición, semejante a la de su padre moribundo, lo deshizo. Sigiloso rodeó la cama y se acercó a Rebeca. Tenía la certeza de que, a pesar de los ojos cerrados, estaba despierta y vigilante.

—Fui a buscarte agua.

—Pensé que te estabas preparando para irte —murmuró con los párpados bajos.

—Tosías y…

—Me atraganté.

—¿Puedo acostarme de nuevo?

—No pedí que te levantaras.

Kurt apoyó el vaso en la mesa de luz del lado de Rebeca; en el otro, no había lugar de apoyo ni luz. Comprobarlo lo gratificó.

Ya en la cama se corrió un poco hacia el límite pero aún distante de su ex mujer, a la que olfateaba con viciosa nostalgia.

—¿Sabés por qué me levanté?

—Para traerme agua, dijiste —hablaba dándole la espalda.

—También para reaccionar y no arriesgarme a que me eches a la calle en calzoncillos y descalzo. Todavía llueve. Y todavía no desayunamos juntos.

—No entiendo. ¿Podés ser sincero?

—Tuve una erección —dijo como si estuviera dándole el parte meteorológico.

Rebeca se cubrió la boca y disimuló la carcajada con un carraspeo. Tomó aire para preguntarle la hora.

—Van a ser las seis y media. ¿Hay horarios para las erecciones?

Queca se enderezó en la cama, apiló las almohadas y le dijo que él podía tener erecciones veinticuatro horas seguidas, pero que no era asunto de ella.

—Me pediste que fuera sincero y, cuando te digo sinceramente lo que pasó, te ofendés.

—Hicimos un pacto y lo respeto. No hablemos más de nosotros.

—En la cocina encontré a un tipo triste y friolento que te

conocía muy bien. Ese tipo añoraba cosas que solía compartir con vos. Me pidió que te mandara saludos de su parte. En cualquier momento y sin que lo esperes, te va a tocar el timbre, te va a enviar un mail, te va a llamar por teléfono…

—Pobre tipo —dijo ella estudiándolo por el rabillo del ojo, preguntándose qué pensaría Guillermina al verlo con el pelo revuelto, la irremediable calvicie, los párpados hinchados… Y de paso figurándose qué opinaría Damián si la viera bajo la inclemente luz, sin una gota de maquillaje, despeinada. ¿Cómo escondería las estrías y la carne floja de la entrepierna y los antebrazos? ¿Dónde los sutiles pliegues en la zona antes plana del vientre? ¿Dónde los tatuajes de las decepciones acumuladas en las ojeras? ¿Dónde las líneas en el ángulo exterior de los ojos y las comisuras de la boca? ¿Dónde las manchas que no son pecas? ¿Dónde las impertinentes raíces blancas? ¿Dónde la red de venitas? ¿Dónde los gestos repetidos? ¿Dónde el entrecejo amargo? ¿Dónde las mañas de pitonisa? ¿Dónde su refinado odio? ¿Dónde sus espejadas pesadillas? ¿Dónde sus inquisidoras astucias?

Mientras las interrogativas de Rebeca tejían negros espejismos, el pie del pobre tipo, con lento impulso, rozó la piel silenciosa de la mujer que no respondió ni rechazó el amague. Tal vez el paraíso fuera un limbo de quietos recuerdos. Y entonces quieta, muda, imaginó la arena húmeda de una playa desierta y ellos dos, treinta años antes, juntos.

25

> "Me faltó valor para abrir la puerta y salir a tu encuentro, como pude hacerlo. Perdóname y compréndeme. A las horas en que todo el mundo duerme suceden las cosas más terribles del mundo."
>
> SILVINA OCAMPO, *La cara en la palma*

A las seis de la mañana, en el asiento del taxi que olía a desodorante, Majo contemplaba, incómoda, el resplandor mezquino de la ciudad fría, pensando que, dentro de un rato, Delfina se iba a levantar para ir al colegio, y Ricardo, a la oficina. Las notas que les había dejado decían lo imprescindible:

Richard, lo de ayer con mis viejos fue horrible. Salí más temprano para realizar unas tareas pendientes. Voy a apagar el celular. Cuando termine, te llamo.
Delfi, amorcito, estoy orgullosa de vos. Tuve que irme antes, después te cuento. Suerte en el colegio. Besos. Mamá.

¿Javier Green le había dicho que la esperaría en el lobby o que subiera directamente a la trescientos seis del tercer piso? La noche anterior, compartir unos sándwiches y una jarra de licuado de frutas en el cuarto de Delfina le había amansado la culpa. Su hija, ojos como platos, sin rastros de llanto, aseguró que ella aceptaba el compás de espera propuesto por su novio, que no deseaba hablar del asunto y que a Gastón el gran show lo había despabilado como para irse, por fin, a dormir a su casa.

Majo enseguida le había enviado un "whatsapp" a Javier Green para contarle las reacciones posteriores de toda la parentela, incluso que su marido ni se mosqueó cuando ella se fue a dormir al escritorio. De ahí fueron y vinieron mensajes en los que Javier también la iba poniendo al tanto del llamado a Gastón para anunciarle que estaba yendo a verlo, y vuelta a desahogar sus inquietudes después de la visita "face to face" a su medio hermano con todas las cartas sobre la mesa.

La hija única de Rebeca Ávila y Kurt Ganz había vivido pendiente de ese ida y vuelta con una persona hasta hacía un par de días inexistente para ella.

Y miraba por la ventanilla a la gente disuelta en la niebla mientras revolvía situaciones confusas para complicarse la vida aun más de lo que se la solía complicar antes del estallido del melodrama. ¿Era normal enamorarse locamente o se había enamorado porque estaba loca?

Su naturaleza la llevaba de atacar a sentirse atacada: mal incurable adquirido en la adolescencia y que los últimos libros de autoayuda quizá colaboraron para desentrañar pero no para curar. Atacaba a la clase media alta porque pertenecía a ella. Atacaba la política que fomentaba la desigualdad porque era incapaz de predicar con el ejemplo. Atacaba el concepto tradicional de familia porque era el que irremediablemente iba a elegir en su momento. Atacaba la acumulación de propiedades porque añoraba el campo que su abuela había vendido y su deseo íntimo era poseer una especie de Manderley romántico, con señor De Winter incluido pero más joven y menos engolado. Atacaba la religión porque odiaba el boato y la hipocresía pero diariamente le rezaba a Dios para que protegiese a su hija. Atacaba la política "imperialista" porque admiraba los países desarrollados y habría querido nacer en uno de ellos. Y se atacaba a sí misma por haber logrado ser una suma de ideas en pugna, tan igual a su madre en algunos aspectos, que descargar en ella su ira duplicaba el efecto vengador y la aliviaba de su propio peso.

Con el espíritu trastornado reconocía que tanto artistas y científicos como líderes religiosos y políticos podían llegar a contener en sí mismos lo abyecto y lo sublime y que, como había leído en algún lugar, "los hombres malos hacen lo que los hombres buenos sueñan".

Sobre el andarivel de sus adoquinados martirios llegó a la puerta del hotel, pagó el taxi y puso pie en la vereda como quien clava su pica triunfal en territorio conquistado.

Los tacos altos, la hora temprana, la trampa la hacían caminar como si estuviera transitando por el pasillo de un hospital. Echó un vistazo por los sillones del lobby, anhelando que no estuviese allí. Saludarse como en un encuentro casual y tomar un café le resultó

patético. Por algo él le había dado el piso y el número del cuarto.

El empleado de la recepción estaba atendiendo a una mujer alta, de sombrero de paja y sandalias. Los pasajeros poseen horarios y vestuarios insólitos. Los amantes, también.

Entró en el ascensor sintiéndose la versión femenina de la Pantera Rosa. Esa imagen le relajó las facciones y dibujó una sonrisa en su boca levemente crispada. Se preguntó cómo habría reaccionado ella si se hubiera enterado de que, durante el almuerzo posterior a un entierro, un deudo de la sepultada hubiese incursionado su pierna entre las de una señora que había conocido el día anterior. Lo sensato habría sido desmitificar el objeto de deseo y ver al señor Green como un hombre que venía a reparar una mentira con otras mentiras. Pero no. Más semejanzas con quienes, en una guerra, apuran su pulsión sexual en medio de un bombardeo.

Los amores a primera vista, pensó, eran apropiados para gente de la época de su abuela que, disconforme quizá con la que le ha tocado, retrocede en el tiempo. El pasado, al fin de cuentas, era lo único concreto. Tan concreto como la puerta que tenía delante.

No hubo necesidad de golpear los nudillos contra la madera. Él estaba del otro lado, expectante, y apenas oyó los pasos estuvo en el vano y la estrechó entre sus brazos. Torso desnudo, de pantalones y descalzo, como si llegara o estuviera por partir.

Majo dejó caer su abrigo al piso y él le quitó la blusa. Abrazados llegaron a la cama y se tumbaron sin soltarse, igual que novios suicidas saltando de un acantilado. Igual. Y se sorbieron la prisa del aliento hasta que ella, enferma de deseo, lo ayudó a desnudarse y a desnudarla. Oía las respiraciones de ambos como si dentro de ella brotase una planta que crece desordenada, invasiva. Atenta a esa nueva vida, olvidaba las otras. Comprendió entonces por qué odiaba ir al dentista: abrir la boca era una acción tan audaz e íntima como abrirse de piernas. Ni antes ni después. Ahora. La palma callosa la erizaba con su rastrillaje maniático. Murmullos. Gemidos. Majo se hundió en espesos espejismos. Intuyó subterráneos, cuevas, ascensores, quirófanos, celdas… Las manos del hombre, su boca, aumentaban la sensación de encierro. Nadie sale por la puerta de un avión en vuelo. Hermético cierre. Y cada vez más arriba. La altura se ahueca en los pulmones y el vértigo aumenta. Majo oyó explotar

el cielo en sus entrañas y un rumor a río salvaje la inundó. La lengua de él, punzante y tibia, dibujaba arabescos en sus agujeros laxos, curiosos, guturales. Espasmos de dulce tortura liberaron quejas pedigüeñas, y fue un alivio el ahogo sin horizonte.

La luz de la mañana, ya instalada en la habitación, marcaba senderos mórbidos en los amantes. Majo, adormilada y ahíta, evocó el restaurante, su mano sobre el mantel, palma arriba, y la yema de él sobre la cavidad sedosa, tatuándola a fuego. Fue entonces que ambos supieron que terminarían comiendo del mismo plato.

Javier Green descansaba con la cabeza hacia atrás; la curva del cuello parecía próxima a quebrarse. Y su sexo asomaba bajo la oscuridad del vello, como un niño en reposo. Había tanta entrega en su cuerpo que Majo deseó ser hombre para tomarlo. Él intuía el recorrido moroso de esos febriles ojos marrones, y lo complacía permanecer inmóvil, sedado. Era como lograr el silencio y la calma después de haber estado un siglo atascado en el tránsito. Muelle y cariñoso, era el nuevo mundo. Si hubo alguna vez otro, acababa de disolverse en la lejanía. ¿Los roces persistentes de una mirada pueden provocar olvidos? Sí. Y la de Majo, además de borrar el ayer, borraba las dudas de quien había arribado a la única mujer posible. Tenso, trémulo, aguardaba el instante de reaccionar y comer entera a su exploradora de terciopelo. Una y otra vez. Con ella navegarían, muy juntos, las aguas del olvido.

Lanzó un gruñido de bestia. Majo, sobresaltada, se echó hacia atrás. Rieron y se abrazaron como si se hubiesen reencontrado después de años de involuntaria separación. Entonces repitieron el acto de poseerse pero sin el desquicio de quien se lanza de cabeza en el torrente. Aunque continuara rodando la rueda de la vida, a ellos no podrían decapitarlos. Y esta segunda cópula fue como regresar a un sitio en el que se conoció la dicha. Oler. Mirar. Oír. Grabar maniáticamente cada poro, cada ángulo, cada círculo y, en cada curva y recoveco, anidar los sabores del otro. Ese otro que es uno mismo en el acople. Se tocaban obsesiva y delicadamente, igual que muñecos enlazados en el viejo baile del amor que giran y giran en una cajita de música a la que sólo ellos saben hacer funcionar.

Despertó sobresaltada. Había tenido un sueño raro que se esfumó en cuanto lo vio, el mentón apoyado en la mano, observándola.

—Hola —dijo él. Y le acarició la mejilla.

—Hola —respondió ella.

Javier Green señaló sus imágenes en el espejo. Majo no recordaba ese espejo ni nada en esa habitación que no fuera la cama. Se preguntó si no serían el reflejo de una pareja que se ama en otro lugar y en otro tiempo, igual que los amantes que poblaban los sueños de su abuela.

—Es tarde para ir a trabajar —dijo Javier.

—Puede ser.

—No te vayas.

—No me iré.

Estaban bañados y vestidos cuando llegó el desayuno al cuarto.

Café. Leche. Huevos revueltos. Jugo de naranjas. Tostadas, mermeladas, manteca y una fuente con frutas. La exquisita vajilla, las servilletas y el mantel con iniciales aumentaban el hambre que nace con la vista y el tacto.

Se atendían mutuamente, comentaban los paladares afines, el mal o buen servicio en restaurantes y hoteles, las diferencias entre instalarse en el campo o en una gran ciudad. Para un ingeniero agrónomo, nada como las grandes extensiones con sembradíos, silos, galpones, establos… Para una socióloga que trabaja en estadísticas, una computadora en cualquier sitio bastaba.

Había sucedido tanto en tan poco tiempo que, ya aclaradas las verdaderas identidades y los verdaderos propósitos del señor Green padre y el señor Green hijo, y ubicados Delfina y Gastón en la nueva realidad, la realidad de Majo y Javier estaba en sala de espera. Espera a la que los sabores nobles del café y el resto de los alimentos, sumados a la charla amistosa, le quitaban intensidad dramática. Pero lo que bullía dentro de los amantes era una bomba con detonador. Y sabían que el reloj ya estaba por decretar la explosión.

—No quiero compartirte —dijo Javier, apoyando la tostada a punto de ser mordida en el plato—. Y no quiero esperar.

—Estoy casada —dijo Majo, llevándose la mano a la frente como quien toma la temperatura a un enfermo.

—Existe el divorcio.

—¿Qué va a ser de Delfina? —preguntó, preguntándoselo a ella misma.

—Esa chica es muy perceptiva y madura, habrá notado desde hace tiempo que… —le costaba decirlo hasta que le tomó la mano a Majo— que sus padres no se aman y, por lo que pude apreciar, tampoco se soportan.

Una tenue vacilación la llevó a beber unos sorbos de café para que él no le exigiese una respuesta.

Como si leyera en Majo, él le dijo que no era su intención presionarla pero que no podría regresar a sus actividades en el campo sin la certeza de que ella le iba a poner fin a su matrimonio.

—Si después de diecisiete años de fidelidad huí de mi casa para venir a acostarme con vos es porque… —Majo unió las palmas como quien reza y tragó unas lágrimas.

—Decilo, Majo. —Javier se puso de pie, la tomó tiernamente de las axilas y la incitó a levantarse de la silla.

Fue Majo la que se abrazó a él y, en esa pose que la devolvía al regazo de su propio deseo, le dijo que lo amaba y que esa misma noche iba a hablar con Ricardo.

La besó y le agradeció que fuera hermosa y valiente. El transcurrir de los días, a partir de ese momento, se le haría interminable, pensaba Javier. Y se le reveló que su espíritu no era timorato sino arriesgado y virtuoso. La energía crepitaba en sus venas instigándolo a no perder a la primera mujer por la que valía la pena pelear. La unión de ellos había sido fundada sobre engaños y malentendidos y, aunque la dicha fuese un manantial de dolorosas emociones, la bebería hasta la última gota.

Majo necesitó alejarse unos centímetros para decir, la congoja en la voz:

—No puedo tener hijos, Javier. El parto de Delfina fue el primero y el último.

—Te quiero a vos —hizo una mueca pícara—, y además he reconocido a Gastón como hijo. Prometo amar a Delfina como si fuese mía.

—Sos un niño grande con una también gran voluntad de allanar obstáculos.

—¿Está mal?

—No —lo besó en la boca como si él fuera su niño. Supo que había venido avanzando a bandazos, castigándose contra muros levantados por su feminidad insatisfecha, y que aquello iba a

cambiar.

Esa charla crucial tenía lugar a las doce del mediodía en un hotel de la avenida Alvear, mientras Rebeca Ávila, ex de Ganz, y Kurt Ganz (en su mente, ex de Guillermina) estaban saliendo de una sucursal de Café Martínez.

Kurt, gratificado por el sándwich de salmón y conmocionado por la noche en casa de Queca, dijo, como si lo hubiesen coronado los dioses del Walhalla:

—Cuando encendí el celular, encontré un mensaje de Majo. Me pedía disculpas por el comportamiento de Richard y al final escribió: “Te quiero, papá”.

—Algo le está pasando a esa chica. Salvo a Delfina, no le sale de la boca una palabra cariñosa.

Majo, a las doce y treinta, se subía a un taxi con la idea de compartir la nueva que pujaba en su cuerpo como una criatura por nacer. La acribillarían a preguntas, ¿cómo evitarlo?

Descartó a su madre. Ayer sonaba rara en el teléfono, tal vez estuviese acompañada e intentaba disimularlo. Y su padre, embrollado con Guillermina, no era oreja dispuesta a atender otros embrollos.

Se alegró de escuchar el hola de Susana.

“Tía, tengo tanto para contarte.” Y de ahí Majo no paró de hablar. Era como si alguien estuviese alivianando su atormentada conciencia al aceptar, apoyar y defender la decisión de ponerle fin a su matrimonio con Ricardo Antunes.

Al llegar al antiguo edificio de avenida Córdoba, en el que vivía su abuela desde mucho antes de que ella naciese, Majo tuvo que cortar la comunicación con Susana. Había autorizado a Susana que le contara todo a su amiga Queca y la preparase para la separación y el divorcio de su única hija. Hija que había martirizado al padre y a la madre con el estigma de “padres egoístas”.

El ascensor de rejas plegadizas, el lento ascenso y un flojo olor a ropa húmeda y cera para pisos de madera la hicieron pensar en enmohecidos altillos, en roperos centenarios, y en la paradoja de

recurrir a su “Iaia” para ventilar oscuros vericuetos en los que había evitado entrar hasta que Javier Green le abrió su cuarto trescientos seis, en el tercer piso de un hotel con reminiscencias palaciegas que exhalaba lujosa laxitud sensual.

Apenas salió del ascensor, previo al toque del timbre con rastros de limpiametales bordeándolo, se prometió a sí misma seguir las instrucciones que le había dado su anterior psicóloga cuando decidió hablarle a Delfina sobre sexo: “No explicar demasiado y responder las preguntas sin olvidar la edad de la chica”. Su Iaia era demasiado grande como para detallarle intimidades de su vida con Ricardo, y menos las de su reciente revelación sexual y amorosa con un hombre que fingió ser padre de quien en realidad era hermano, imperfecta copia moderna de folletín decimonónico cuyo anacronismo quizá no espantaría a una viajera onírica del siglo XIX.

Nerina la hizo pasar con gesto preocupado y en voz baja dijo que doña Herminia se había levantado felizmente en un horario más temprano que el habitual, casi como el de antes de ponerse rebelde, y había desayunado todo lo que le sirvió. Pero a las once, cosa que nunca había hecho, le avisó que se iba a acostar un rato a descansar y que almorzaría cuando se despertase porque ya no iba a hacerles caso a los horarios.

—¿A usted le parece que nos haga ese desprecio? ¿Y los medicamentos? ¿Y la tisana para el buen descanso? Si hace noche por la mañana, ¿cómo sabremos cuándo almorzar y cuándo cenar? ¿Y la merienda? Si merendamos al caer la tarde, se nos desbarajusta la cocina. Pensar que solíamos ser tan organizadas…

A Majo que su abuela no estuviera disponible le quebró el ánimo y pensó en irse, pero se figuró deambulando por su departamento sin las presencias de Delfina y Ricardo como si todavía fuera aquella nena muerta de susto en el tren fantasma. Entonces le propuso a Nerina que la tisana se la sirviese a ella en el rincón predilecto de la abuela.

—Tomo mi té de hierbas, hago un par de llamadas y te prometo que después yo misma despertaré a la abuela.

—¿Y si se nos enoja?

—Si se enoja, se enojaría conmigo, Nerina. No te preocupes.

—¿Con usted? Dios nos proteja si llegara a suceder —se santiguó—, es su nieta más amada.

Majo contemplaba libros, fotografías de familia, adornos y carpetas bordadas o tejidas al crochet, preguntándose qué sería capaz de leer en su cara la infalible voz del oráculo. Su abuela, desde que ella recordara, le leía el pensamiento. A veces, para anticiparse a sus deseos. Otras, para frenarle una travesura o prevenirla de un peligro. Vio la computadora y le costó asociar ese aparato con la parsimonia del ambiente que frenaba cualquier intención de desestabilizar el tiempo sin prisa de pianos con mantilla, espesos cortinados y tapices en punto cruz. Junto a un portarretratos con la foto del doctor Carlos Ávila, un angosto florero de cristal de base rectangular con un crisantemo blanco. En el nuevo departamento de su madre, Majo había visto uno idéntico pero con una rosa roja que renovaba semanalmente; quizás el florero gemelo era obsequio de su abuela que, en su lenguaje singular, habrá intentado decir que ambas estaban solas.

—Su tisana, niña María José —anunció Nerina con tono ya menos compungido—. Le agregué una cascarita de limón como le gusta a doña Herminia, ustedes se parecen tanto…

—Gracias, Nerina. Da por seguro que en media hora despertaré a la abuela. Si hoy almuerza más tarde, será para reponer fuerzas. El cuerpo es sabio.

—Eso último me dice doña Herminia cuando no quiere acompañarme a la caminata cortita que nos recomendó el doctor de los huesos.

—Se me debe de haber pegado de ella la muletilla “El cuerpo es sabio”, Nerina.

—¡Y cómo no! Si usted andaba pegada a su falda. ¿Se acuerda de cuando la llamaba “mi pollita”?

—No.

—Es que era muy pequeña. Seguía a su abuela a todas partes cuando íbamos al campo.

—Del campo me acuerdo bien. Y del gallinero. Y de la higuera…

—¿Vio que se acuerda? Si allí éramos felices.

Herminia se había ido a acostar a esa inhabitual hora de la mañana para recuperar una historia nocturna que había quedado incompleta por el impertinente estrépito en el departamento de

arriba, segundos previos a que el reloj de péndulo diera sus siete amigables sonidos. Los vecinos de toda la vida, gente de silenciosa amabilidad, muertos o mudados, no estaban más; al efecto era lo mismo y la fastidiaba esa deserción. Con dificultad se incorporó para ir al baño y encendió el velador, no fuera a tropezarse contra sus propias pantuflas como ya le había sucedido. Y, como si el oído atento de Nerina la hubiese escuchado, la tuvo de sopetón en el dormitorio preguntándole si prefería desayunar en bata o vestirse enseguida.

En bata, le había respondido, con la idea firme de volver al cuarto lo antes posible. Pero habían estado tan crocantes las tostadas que no se sació hasta la cuarta, y tan buenos los cuentos de *Los amores difíciles* que, cuando se acordó, ya daban las once. Y no era cuestión de culpar a Italo Calvino por su retraso sino a los ruidos de los que estaban de mudanza. A ella sólo la muerte sería capaz de mudarla.

Se metió en la cama con la convicción de que, a pesar de mantener las persianas bajas, las ventanas cerradas y corrida la desteñida sobrecortina de cretona, Segunda Josefa no aparecería. Pero enseguida comenzó a oír el tenue ir y venir de la silla hamaca y sonrió plácidamente con el cric-cric adormecedor. El murmullo de las voces de ultratumba le resultaba familiar y cariñoso, así provinieran de seres virtuosos o pecadores. Esas ingrávidas voces llegaban desde el fondo de la historia, y hacia ellas iba Herminia con curiosa avidez de mortal en tránsito que se empeña en traducir el lenguaje de un universo paralelo habitado por difuntos que gustan vestir carnadura y traje acorde con la época en que nacieron, crecieron y murieron. Para Herminia, Segunda Josefa y Pepita Sagra, las montañas, las selvas, los océanos, el amanecer y el ocaso no eran sólo eso. Porque las criaturas que se nutren del sueño de la tierra para después nutrirla demuestran que lo viejo también es nuevo y que sólo hay que saber leer las señales. Herminia no había acudido a brujas o adivinas, como muchas otras al enviudar, aunque en su infancia había escuchado hablar de filtros amorosos y de lectura de naipes y de bolas de cristal y de pinchazos maléficos en fotos y muñecos y de mensajes en sedimentos de café y hojas de té. Y no ignoraba que ciertas miradas causan mal de ojo y que las cartas astrales y los números cabalísticos son un enigma a descifrar,

igual que las líneas de las manos, y que no sólo los santos poseen un aura y que gemas y colores también comunican algo que escapa al raciocinio. Pero que de sus escapes profanos no se enterara su amiga, devenida en “madre superiora”, pues una cosa no quita la otra. En su pueblo de infancia convivían médico, curandera, cura y monja. Y aunque no recordara pases de magia ni hechizos ni conjuros, lo sobrenatural transitaba por el sangrante corazón de la memoria. Y a pesar del crujido de su armazón de huesos próximo a quebrarse, se prosternaba ante los sones eternos de ancestros que, quizá con dedos ahusados y agarrotados como los de ella, rellenaron almohadones con plumas y almidonaron sábanas y manteles de hilo y tejieron escarpines y pañoletas para dejar testimonio manual en la descendencia.

A pesar de ventanas y balcones que antaño la asomaban a una cercana ciudad —distantes en cuanto los años convierten lo próximo en distante y lo distante en próximo—, Herminia imagina, delira, sueña. ¿Acaso la existencia debe separar lo real de lo irreal? ¿Por qué no mezclarlos? Y quizá por esa mezcolanza de la mente, encapotada y triste, Pepita Sagra deambula por los jardines del convento hasta que una monja de rostro fruncido la hace entrar con reproches pues, si ella enfermase y muriese, el coronel Morgado acusaría a las autoridades del convento de no haber cuidado a su esposa puesta a resguardo de las tentaciones en el santo silencio de los claustros. Pero a Pepita Sagra no la doblegan barrotes ni amenazas; la epopeya de cruzar los Andes con la hija de Mariano Necochea al solo efecto de calmar la añoranza del padre por su hija no es la única prueba de su coraje. Esa misma noche, cuando el inviolable edificio de piedra y rejas duerma, al igual que las siervas del Señor, ella, vestida sin miriñaque ni adorno ni calzado que entorpezca el rescate de quien señorea en su cuerpo y en su alma, se trepará al alto hueco y por él se deslizará hacia los brazos de su Mariano. Una escala y una soga, decía el mensaje que le había hecho llegar su amante a través de un soldado disfrazado de mercachifle y de una pálida novicia obligada a tomar los hábitos por su progenitor. En la ardiente espera, un tamborileo de candombe percute en las sienes de Pepita Sagra. Todas las fiestas del cuerpo se parecen, piensa, al figurarse guitarras, revuelo de faldas, abanicos, taconeos españoles y el meneo de negros y mulatos

al ritmo sanguíneo y hondo del tamboril. El frío enciende los impacientes leños de la hembra en celo. Así la condenasen al potro inquisidor, lo preferiría. Someterla a mancuernas y torniquetes era tan inhumano como obligarla a dominar sus impulsos pasionales con rezos y penitencias. Un arrebato de ira la lleva a alzar de nuevo su vista al trozo de cielo estrellado, demasiado claro para fugas exitosas. ¿Habría un sitio para ocultar la cabalgadura? Era experta amazona, pero no tanto como para galopar en las sombras enmarañadas de un paisaje desconocido: ¿dónde el río, dónde el bosque, dónde el pantano? Entonces su esperanza imagina al osado jinete subiéndola a su caballo. ¿Qué otra cosa, si no, es la libertad? Y que no le vengan con sermones ñoños las damas que, entre costura y costura, maquinan en simultáneo infidelidades y castigos para después ofrecer pecadillos de poca monta en el confesionario. Esas expertas en tirar la primera piedra suelen anhelar los escarpados senderos de la pasión mientras se entregan con desgano al esposo impuesto por voluntad paterna. Pero por qué desquitar sus temores en ellas, también víctimas de la impostura, y no en el coronel Morgado, muy jefe de las tropas realistas pero cobarde en la verdad, pues la ha mandado a encerrar como si su matrimonio no hubiese sido soledad y encierro. Tan distinto su Mariano, que, a riesgo del grado militar y del escándalo que llegaría a oídos de sus hermanas y de la joven que él había desposado por poder, va a trepar la pared del convento para rescatarla. Son tantos los pensamientos que la rondan que podría tejer con ellos una prenda como la de Penélope esperando a Ulises. Repetir un hecho no sólo significa su multiplicación. Hoy, el convento; mañana, embarcarla rumbo a España; pasado, repudiarla delante de sus familiares y amigos, y en el futuro, sin juventud ni belleza, apartarla como trasto viejo. Se siente como si hubiese intentado doblar un pesado edredón, moviendo sin cesar los brazos, y sin embargo continúa clavada en su atalaya. Los ojos, catalejos de marino, otean el oleaje de estrellas en un cielo que también es agua. El océano la ha traído a un río que parece mar, y ha aprendido en sus orillas que nada es lo que aparenta. Ella, por amar al general que batalla junto al célebre San Martín, no traiciona a su patria ni a su rey. Y que murmuren, señalen, abucheen hasta hartarse, que a ella le basta con su amor. Pepita Sagra, vigía en lo alto, no ha podido ver lo que

sucede al pie del muro. Pero enseguida oye la feroz voz de alerta. Y un retumbe de cascos y bufidos de caballos la hacen trastabillar. Es su Mariano el que grita de dolor y furia: ha sido entregado y burlado por orden del jefe realista. El frustrado rescate sería calificado de rapto por el coronel Morgado, incapaz de analizar que nadie rapta a una mujer que se entrega de buen grado. Cuando el general Mariano Necochea, sudoroso y tenaz, ascendía el muro fue ensartado por la punta de bayoneta enemiga. Aferrada a la abertura de su celda, Pepita reza. Un bucle castaño le roza la mejilla, y basta ese contacto leve para imaginar que es caricia de su amado rogándole paciencia. Ya volverían a sorberse, a saborearse, a tocarse y reconocerse en el banquete del amor. El camastro de su celda no sería eterno y la herida tampoco, y apenas se diese la ocasión, bajo la luz inmutable del sur del continente, en coche tapizado en roja seda, irían a cualquier sitio que ofreciese lecho y agua limpios. Y si la prisa impidiese el traslado, donde estuviesen, pasto, arena, colina, hondonada, establo, montaña de heno o piedra, harían el amor. Cobijados en el caparazón del sexo, ella le palparía las cicatrices y no habría bayoneta ni granada ni fusil ni espada que pudiesen dañarlo.

Herminia, que había leído a Bashevis Singer, recordó que en la vida suceden cosas tan fantásticas que ningún poder imaginativo podría haberlas inventado, y entonces por qué no iba a estar balanceándose el doctor Carlos Ávila en vez de Segunda Josefa en la silla hamaca. De tieso guardapolvo blanco y blanda sonrisa, él le anunciaba a su mujer que era hora de levantarse.

26

"Ningún pájaro se eleva demasiado alto, si vuela con sus propias alas."

WILLIAM BLAKE, *El matrimonio del cielo y el infierno*

Majo dormía boca arriba en el sillón de la abuela: pies en el taburete, cabellera desordenada, boca entreabierta, quejido placentero, rastro de saliva en un extremo de los labios.

La despertaron el beso leve en la frente y el olor dulzón a colonia. Se movió inquieta, ¿cuánto habría dormido?

Ojos vivaces, hundidos en la flojera de los párpados, la contemplaban como madre a su recién nacida.

—Abuela —dijo Majo con voz somnolienta. Se enderezó ahogando un bostezo, apoyó los pies en el piso, se estiró y pidió disculpas.

—De qué debería disculparte, mi querida.

—Yo era la encargada de despertarte —miró su reloj de muñeca y se asombró de que hubiese transcurrido menos de una hora desde su llegada al departamento, que aún olía a puchero.

—Nerina me contó que bebiste su tisana y al rato estabas cabeceando. ¿A qué se debe la visita?

Majo abandonó el sillón e hizo sentar a la abuela como si ésta fuera de cristal. Ella se acomodó en el taburete como cuando se disponía, de nena, a escuchar un cuento.

—¿Tiene que haber un motivo para visitarte? —preguntó, cohibida.

—No. Pero sueles anunciarte previamente o llegas después de tu horario de trabajo o algún fin de semana.

—No fui a trabajar, Iaia.

—Ah —golpeteó su mentón con el índice—. Y traes cara de niña traviesa. ¿Qué vienes a contarme, mi querida?

—Que estoy enamorada.

—Tienes un amante, ¿verdad? ¿Desde cuándo? La última vez que estuvimos juntas tu mirada era más melancólica que lo

habitual.

—Desde ayer —Majo lanzó el aire contenido en sus pulmones como si quisiera vaciarse de la gozosa angustia que la transformaba—. Pero amante con pretensión de convertirse en marido, dice que no me quiere compartir.

—Entonces vienes de ahí. Se te nota —Herminia estaba alterada, pero se impuso no transmitírselo a su nieta, inusualmente serena.

—Estuve en su hotel a las seis de la mañana y de ahí vengo.

—Te escucho, mi querida, y es como estar haciendo zapping frente al televisor. Se encuentran, se miran, flechazo, y a la cama.

—Existen los flechazos, a pesar de que mi disponibilidad hacia esas historias era nula. Las consideraba tontas, ingenuas y para gente poco pensante.

—Nunca digas de esta agua no he de beber, decía tu bisabuela.

—Tenía razón.

—Claro que sí. Espero que no pienses divorciarte para casarte con el padre de Gastón, ¿verdad? —Tras la pregunta se le cayeron las comisuras y se movió como si no encontrara una posición para hablar del tema.

—¿Por?

—¡Porque es el novio de tu hija! Y, por lo tanto, ellos son medio hermanos y tú serías… —comenzó a respirar con dificultad…

—Abuela, ¿estás bien? —La tomó de las manos—. Peor sería que Javier Green fuera el padre de Gastón. ¿Te traigo agua?

—No. —Largó aire por la nariz. Inspiró. Exhaló. Las mejillas de finas líneas cuadriculares fueron recobrando color—. ¿Eso existe en la actualidad? Parece un relato de Segunda Josefa. En qué lío te has metido.

—Pasaron veintiún años desde que el viejo Green le rogó a Javier, único hijo varón, que reconociese al bebé de Soledad Sánchez, una muchacha a la que el viejo Green amaba sin freno y a la que seguiría viendo hasta que la atropellaron. Cuando supo que Soledad estaba muerta, el viejo Green envió a Javier para que ayudase a su hermano menor en el trámite mortuorio y en otros asuntos. El viejo le había abierto una cuenta en el banco a Gastón. Mucho dinero, parece.

—Me alegro por el pobrecito de Gastón. Por lo menos tendrá asegurada su carrera universitaria. ¿Y Delfinita lo sabe?

—Todos lo saben.

—Muy bonito —boca severa, dedo en el mentón—. Y yo, como siempre, el último orejón del tarro.

—Fue anoche, abuela, no te enojes conmigo.

—No es contigo mi enojo sino con la vida que, a estas alturas, trae situaciones complejas a mi vieja cabeza.

—Tu cabeza funciona mejor que la mía. —Majo, ya de pie, pasó la palma sobre los finos cabellos de su abuela como si la peinase y le contó por qué habían almorzado solos Javier y ella después del entierro. La atracción de uno por el otro, la confesión de él y la decisión mutua de que ella adelantase a todos las verdaderas relaciones familiares de y con los Green.

—Una sarta de complicadas sorpresas. ¿Cómo reaccionó tu madre?

—Bien. Igual que papá. Ellos se habían encargado de distraer a los chicos después de la ceremonia en el Memorial. Comieron y fueron al cine los cuatro. Parece loco, ¿no? Cayeron en casa al atardecer. El que se comportó como un imbécil fue Richard. —Sin ahorrar epítetos, Majo detalló el modo en que su futuro ex marido había echado del departamento a sus suegros, la posterior reacción de Gastón, que por fin se fue a su casa, y la madura decisión de Delfi y de Gastón de no verse ni comunicarse por un tiempo.

—Si no estoy confundida, en caso de unirte al hermano de Gastón, en un futuro que yo no veré, tu hija podría ser tu cuñada. —Herminia se tapó la boca para frenar otras palabras y enseguida se consoló y consoló a Majo, diciéndole que Delfina era una adolescente y que Gastón, con dinero en el bolsillo, se buscaría mujeres acordes a su edad y a su nueva situación. Herminia se secó una lágrima impertinente.

—No llores, abuela. Me hacés sentir culpable.

—No estoy llorando. Me pasa lo que a tu padre, tengo el lagrimal tapado. Además, tu abuelo se me presentó esta mañana en la silla hamaca. Enseguida imaginé que algo estaba sucediendo en nuestra familia. Él no es de aparecerse sin ton ni son. Menos desde que Josefa Segunda me arrastra a las aventuras de Pepita y Mariano y a mí se me da por soñar sueños ajenos. No es delito que el ánima de una se transforme en hombre, mujer o niño. Al lado de Pepita y el general Necochea, mi querida Majo, tu amor por el Green joven

es común y corriente.

Majo no pudo evitar una sonrisa con el comentario final de la abuela. Y aunque primero pensó en abortar la pregunta, terminó haciéndola:

—¿Tu comentario debe tranquilizarme o preocuparme?

—¿Cuál? ¿El de la aparición de tu difunto abuelo o el de Mariano Necochea herido y apresado cuando iba a rescatar a su amada Pepita, encerrada en un convento?

—El del amor común y corriente que estoy viviendo, abuela.

—Ah. Debe tranquilizarte, porque los amores comunes y corrientes terminan felices y comiendo perdices. A los héroes el amor les cuesta un Perú. ¿Te conté que mi Mariano llegó a ser mariscal del Perú? —Herminia, suspicaz, se rectificó—: Dije mi Mariano porque así habla Pepita Sagra. —Detuvo su comentario para preguntar—: ¿Me dijiste que el señor Green es tu amante con todas las letras?

—Sí. Lo dije.

—Entonces puedo afirmar que el doctor Carlos Ávila, mi marido y tu abuelo, ha sido mi único hombre con todas las letras.

Como otra aparición, Nerina se presentó ante ellas para informarles que el puchero estaba servido.

—Hace dos horas desayuné con huevos revueltos, medialunas, tostadas…

—Por lo menos bébete un tazón de caldo —ordenó la abuela. Y, para no disgustarla, Majo la ayudó a levantarse y ambas marcharon detrás de Nerina.

Después de una hora de charla y rica comida, doña Herminia estaba dispuesta a hacer lo que fuera por la felicidad de su nieta predilecta. Los otros nietos vivían en Canadá y ese alejamiento había aumentado la devoción de Herminia por la única hija de Rebeca. La lengua aligerada por el vasito de tinto —para digerir el puchero, según ella— hizo que le anticipara a Majo:

—En cuanto nos quedemos solas, voy a contarte un secreto que mantuve oculto durante sesenta años.

—¿Por qué tanto tiempo y recién ahora?

—En uno de los libros de Paul Auster leí que el presente no es menos oscuro que el pasado y que su misterio es igual a cualquier cosa que nos reserva el futuro… Decía algo más que no recuerdo.

Hoy me enteré del secreto que guardó tu señor Green por veintiún años y que el padre de él tal vez atesoró por más tiempo. Así que mi silencio de seis décadas los supera.

Después de que Majo la ayudó a levantarse de la silla y tuvo que maniobrar una estructura que parecía desmoronarse al ponerse de pie, Herminia le dijo que no le molestaba estar viva pero que a su cuerpo sí le molestaba.

Herminia untó con mostaza la carne del puchero y le comentó a su nieta el manjar que se estaba perdiendo.

Majo sostenía el tazón con ambas manos y bebía, rememorando el banquete del amor en la habitación trescientos seis del tercer piso. A pesar de haberse duchado en el hotel, mientras tragaba el caldo en el que reinaba el aroma a eneldo, albahaca, puerros, su memoria le devolvía todos los sabores y olores tatuados en el cuerpo.

Después del regio almuerzo, reconciliada con los escasos gustos que aún podía darle el paladar, gracias a las buenas artes culinarias de Nerina, doña Herminia se dejó conducir hasta su sillón de respaldo alto y apoyabrazos, y rogó a Majo que tuviera paciencia y no la interrumpiese, que si la había elegido para contarle su secreto más secreto era porque confiaba en ella y porque su anhelo era que lo difundiera en la familia, tal como había actuado con el de los Green.

—Acerca una silla, así te miro de frente —pidió—. Y cierra la puerta. Nerina se escandaliza si dos jóvenes se dan un piquito en la calle, imagínate si se enterara de lo tuyo y de lo mío.

Majo, agotada, sentía como si gotas de agua hirviente cayesen sobre su cabeza, pero estaba tan entregada a la proximidad del relato que se dispuso a callar aunque el corazón le latiera en las sienes.

Herminia hizo un gesto abarcador y creó una atmósfera ansiosa mientras afirmaba que el jardín del Edén se hallaba dentro de cada persona y que, entrenándose en la práctica de la soledad, se llegaba a un túnel que desembocaba en el intransferible paraíso interior. Pero, si se sociabilizaba en exceso, el jardín íntimo se enmarañaba, y ni el machete del alma podía abrirse un camino hacia él, pues yendo y viniendo por el mundo de afuera se acarreaban objetos prescindibles y calambres en los pies. Recordó una antigua película

de Carné en la que había un arlequín que, a pesar de haber sufrido mucho, conservaba una hermosa sonrisa gracias a sus sueños felices. Y que a ella, en la florida vejez, le había sido otorgado el don de soñar sin freno. En honor a esa libertad, iba a abrir la jaula de lo guardado.

—Permiso. Ya que estás dando un rodeo introductorio, necesito preguntarte algo.

—Pero que sea la última pregunta —exigió Herminia con admonitorio tono, copiado de su amiga monja.

—¿Soñar con muertos es bueno o malo?

—Es una buena señal. Los muertos te prolongan la vida.

—Un alivio.

—Y ahora permíteme contarte una historia que se desarrolló en este departamento, días previos al nacimiento de tu madre. —Se ladeó apenas hacia el costado izquierdo, como si el otro le doliese, y parpadeó—. Corre un poco la cortina, mi querida, la claridad me enceguece. Como estaba diciéndote, tu abuelo y yo estábamos sentados en nuestros respectivos tronos cuando él me dijo, un poco avergonzado, que ansiaba un varón, ya que teníamos una niña bella y sana. Me preocupé porque no estaba en mí decidir el sexo. Fue entonces que comenzamos a elegir nombres. En caso de que fuera varón estaba decidido que se llamaría Carlos Raúl. Recuerdo que en el tocadiscos sonaba "Una pequeña serenata nocturna" y que tu abuelo se había servido un coñac. Yo estaba tejiendo al crochet una mantilla de espuma destinada a la criatura por nacer, y era tan grato aquel momento que pensé: si llega a ser nena, le concederé a él la elección del nombre. Se lo dije, y él me lo agradeció. Era muy cariñoso y de verba florida tu abuelo. La noche previa al parto no pude dormir. Las contracciones se hicieron continuas y, cuando llegó el momento, le pedí que pusiera en el bolso, preparado desde hacía un mes, el libro que estaba en mi mesita de luz. Él miró la tapa con atención, pero creo que no hizo ningún comentario. En cuatro pujos nació tu madre, un parto fácil para la que sería una personita difícil. Ya sé, Majo —dijo, leyendo la expresión de su nieta—, también una adulta difícil. Si a Carlos lo decepcionó tener una segunda niña, no lo demostró; un caballero, tu abuelo. El inevitable momento llegó. Había que inscribirla y aún no tenía nombre. Veo la escena: tu abuelo mira el libro que yo estaba

leyendo y dice: “Se llamará Rebeca”. Pero Rebeca era una mujer mala, protesté. “Para nosotros será la heroína.” Debilitada por las emociones y con un dejo de culpa por no haber complacido su deseo de tener un varón, dije: entonces respetemos la costumbre de mi familia de llamar Segunda a la hija nacida en ese orden. Y así fue que tu madre fue inscripta en el registro civil como Rebeca Segunda.

Majo, como había prometido no interrumpir, dejó su silla, se acercó a la abuela y le hizo un gesto inquisidor.

Herminia sonrió y le recriminó la impaciencia.

—Ésa ha sido la historia oficial que perduró sesenta años. Falta entrar en la verdadera —dijo. Y se apenó por que le hubiesen cortado la ilación. A su edad, ganar la sortija para dar una nueva vuelta en la calesita ya no produce alegría. Y vaciló unos segundos antes de retomar el hilo de la narración que, desangelada por la distancia temporal, de pronto se le antojó carente de importancia. Pero se acordó de Segunda Josefa, que atravesaba el río de la muerte para ofrecerle una reparación a su existencia sin matices, y continuó su narración contemplando un pasado que no le correspondía como si fuese propio.

Los judíos oriundos de España llamaban Sefarad a la que consideraban su patria.

De Sefarad huyeron los Ávila, ancestros de tu abuelo, que no aceptaron renegar de su religión y convertirse en cristianos nuevos o marranos, como se les decía despectivamente por aquel entonces. Por boca de tu abuelo supe que a varios de sus antepasados los quemaron en plazas públicas por orden de la Inquisición y que los desventurados que se veían obligados a huir se iban con lo puesto porque la corona les había confiscado todos sus bienes. El padre de tu abuelo no deseaba repetir un destino de expulsiones, confiscaciones y muerte. Entonces escogió a una hija de italianos que profesaban la religión católica. De ese modo cortó con la ley judía que afirma que quien nace de vientre judío es judío. Mi pobre Carlos, una madrugada de esas en que la paternidad te impide pegar un ojo, esperó a que terminara de amamantar a tu madre y comenzó a hablarme como si estuviese poseído por la *neshamá* de su abuela; después él me explicó que así se dice alma en hebreo, lengua que tu abuelo había aprendido en los libros de rezos de su

abuelo, un judío observante llamado Saúl. Y en los instantes de penurias, ¿quién no los tiene?, tu abuelo rezaba para sí mismo las plegarias aprendidas de Saúl, cuya memoria veneraba en silencio. Pero si hubo una persona fundamental en la infancia y adolescencia de Carlos Ávila fue su abuela, y esa abuela, mujer a la que, según el abuelo, se parece tu madre, se llamaba Rebeca. —Herminia se frotó los ojos como si le picaran—. El título de la novela de Daphne du Maurier fue el detonante, me confesó. Y se sujetó a él para proponerme un nombre y, en simultáneo, homenajear a quien lo había alimentado, vestido, educado y amado.

Majo, muda, fue hacia la ventana, separó los paños del cortinado y por esa hendija miró la calle: una claridad hiriente, veloz, le lastimó los ojos. La apenó no haber conocido a su abuelo Carlos y se dijo que María José, nombre que remitía a los padres de Jesús, aunque nunca se había detenido a pensarlo, era también un nombre hebreo. Destelló un rayo de sol en la ventanilla de un ómnibus. Y tuvo una ilusión óptica que la remitió a otra ilusión: la lejanía. Imposible clausurar las ventanas del cerebro… por algún resquicio se terminaban filtrando los muertos. Pensó en los genes de la memoria y se le reveló que en su sangre convivían seres de diferentes orígenes y religiones, y que las certezas eran un signo de ignorancia y fanatismo. También se le reveló que, excluyendo su amor por Javier Green, su matrimonio tenía fecha de vencimiento y que esa fecha había llegado.

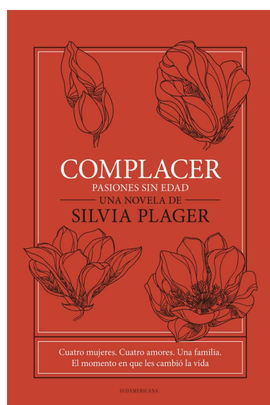
Majo corrió la cortina y pensó en el telón que se corre al finalizar la función. Cuando se volvió para ir hacia su abuela, sintió su mirada intensa interrogándola.

—¿He hecho mal en contártelo?

—Al contrario.

Majo se acuclilló y apoyó la cabeza en el regazo de su Iaia. De la dulce acidez de esas manos surgieron imágenes que, como fotografías de antiguos álbumes, desfilaron por el flexible túnel de su infancia, colmándola de espacios ideales en los que olía a verdor, a establo, a estanque, y a una luz purificada por la fantasía libertaria de sus pequeños pies descalzos sobre la hierba. Aquel cosquilleo gozoso en sus plantas desnudas estaba comenzando a regresar. Y se le reveló, en ese preciso instante, que su conciencia se había liberado de una desconocida carga suplementaria. Porque, si

no se sabe de dónde se viene, tampoco se sabe hacia dónde ir.



Abuela, madre, hija y nieta. Cuatro historias que entrelazan el amor, los vínculos, la identidad, y que desenmascaran los secretos más íntimos en sus caminos personales. Mujeres que buscan complacer a los demás, pero también luchan por aprender a complacerse a sí mismas, por encontrar su rumbo, velado por las imposiciones sociales y los miedos. Y tras los misterios y los desafíos propios de las edades de las protagonistas, afloran las pasiones. Aquellas que acercan a cada mujer a su destino. Silvia Plager enhebra con maestría cuatro momentos de las vidas de estas mujeres, entregándonos una novela atrapante y deliciosa.



SILVIA PLAGER

Nació en Buenos Aires. Entre sus obras de ficción se cuentan *Amigas*, *Prohibido despertar*, *Boca de tormenta*, *A las escondidas*, *Alguien está mirando*, *Mujeres pudorosas*, *La baronesa de Fiuggi*, *El cuarto violeta*, *Boleros que matan*, *La rabina* y *Las mujeres ocultas de El Greco*. También publicó un libro de ensayos, *Nosotras y la edad*, e incursionó en el humor con *Al mal sexo buena cara* y *Como papas para varenikes*. Obtuvo, entre otros, los premios Corregidor - Diario El Día de La Plata, Tercer Premio Municipal, Faja de Honor de la SADE, y resultó finalista del Concurso Planeta 2005. Fue distinguida como "Mujer destacada en el Ámbito Nacional" por la Honorable Cámara de Diputados de la Nación (1994) y con la Medalla al Mérito por la Comisión Permanente de Homenaje a la Mujer Bonaerense (2002). Colabora con diarios y revistas, y coordina talleres literarios. Varios de sus textos han sido incluidos en antologías publicadas en la Argentina y en el extranjero.

Plager, Silvia
Complacer / Silvia Plager. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sudamericana, 2016.
(Narrativa)
Libro digital, EPUB.

Archivo Digital: descarga y online.
ISBN 978-950-07-5700-3

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: octubre de 2016

Humberto I 555, Buenos Aires
www.megustaleer.com.ar

ISBN 978-950-07-5700-3

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin Random House Grupo Editorial

Índice